

La Vida te da Sorpresas



JOSEFINA FERNÁNDEZ

La vida te da sorpresas

Sorpresas te da la vida...

A veces crees que has vivido todo, otras que te falta mucho por vivir, a veces te lamentas por tu mala suerte, otras te sientes afortunado/a, a veces te preguntas que por qué a ti, otras agradeces a la vida por todo lo que te ha dado, a veces te cruzas con la persona equivocada, otras encuentras al mejor compañero/a de viaje, a veces tomas la peor decisión, otras eliges la más acertada, a veces te arrepientes de hacer algo, otras te alegras de haberlo intentado..., sea cual sea el sentimiento que tengas en este momento, lo más importante es que ¡lo has vivido!; experiencias buenas, malas o regulares, ¡todas te han enseñado algo!.

Para mí, la vida es un gran viaje, y cada trayecto, un continuo aprendizaje; Conoces personas, algunas se quedan para siempre, otras se quedan un tiempo, otras se van, pero cada una de ellas, te dejan una huella diferente, cada una de ellas tiene una historia, y cada una de ellas te sorprende a su manera. Lo importante es ¡no perder esa capacidad de sorprendernos!

Rumbo hacia ti

Celia no había pegado ojo en toda la noche. Por fin había llegado el día.

Estaba ilusionada por regresar a ese lugar. Un lugar en el que vivió y sintió intensamente, en el que dejó a grandes amigos, en el que pasó tantos momentos felices con su familia; un lugar que la llenó de ilusión y fantasía, un lugar en el que tuvo la mejor infancia que podría haber deseado. Añoraba aquel viejo olmo, que en silencio cobijaba y daba sombra a dos niñas inquietas, entusiasmadas por descubrir el mundo, por mantener despiertos todos sus sentidos, al conectar con la naturaleza, por caminar descalzas en un suelo de madera que crujía a su paso, dando vida y alegría a esa casa, en la que se escuchaban risas, música, juegos, confidencias, secretos, y mucha complicidad. Un lugar en el que parecía que no pasaba el tiempo...

Su madre, Celine, se marchó de Colmar cuando tenía veintidós años. Tras haber terminado la carrera de biología, recibió una oferta de trabajo en España. Fue una decisión difícil, ya que no quería separarse de sus padres; pero ellos, a pesar del dolor, de tener a su hija tan lejos, quisieron animarla, deseando que tuviera un buen porvenir, confiando en las posibilidades que se le ofrecían, para dedicarse a lo que ella más quería, ser bióloga,

especializándose en la investigación clínica. Su inquietud por contribuir al desarrollo de nuevos fármacos e indagar sobre las distintas enfermedades, su afán por aprender y tener nuevas experiencias, la llevarían a decidirse por aceptar esa oferta de trabajo y emprender el viaje a España.

Un año después conocería a Antonio, con el que formaría su propia familia.

Pablo la miraba con tristeza, estaba muy apegado a su hermana, y no quería que se fuera...

- Dice papá que ¿si llevas el chubasquero? – preguntó Pablo a Celia, mientras la ayudaba a doblar la ropa, que había puesto encima de la cama.

- Sí peque, ya está todo, solo me falta incluir un par de calcetines, el neceser, y el pijama, creo que no se me olvida nada más – dijo mirando hacia el armario.

Pablo tenía once años, y adoraba a Celia. Pese a su gran diferencia de edad, estaban muy unidos. Ella le había cuidado, más que como una hermana, casi como una madre, y se había ocupado de él durante mucho tiempo, tras el fallecimiento de su madre, a causa del Alzheimer.

Antonio trató de afrontar la pérdida de su mujer, con la mayor entereza que pudo. Fue un golpe muy duro para él, y le causó un gran impacto psicológico, con el que tuvo que luchar durante meses, incluso años. Día a día, miraba a sus hijos, y orgulloso de ellos, trataba de reunir todas las fuerzas que le quedaban, para sacarles adelante, y hacer que su sufrimiento fuera el menor posible. Su pequeño, de seis años, lloraba por su mamá, noche tras noche, y él se esforzaba por darle toda su atención y cariño, compensando esa gran pérdida, y tratando de minimizar la pena, que esa criatura estaba sintiendo, al darse cuenta de la ausencia de Celine. Su hija, una mujer madura y responsable, le dio un gran ejemplo de fortaleza y optimismo; sin duda, fue el gran pilar en el que se apoyó, para superar esa amarga situación.

Desde que tuvo las primeras sospechas, Antonio siempre quiso estar a la altura de las circunstancias, tratando de aprender todo lo referente al Alzheimer. Durante varios meses, se pasó horas y horas, leyendo libros sobre la enfermedad, y recopilando información por diferentes medios, sin que Celine pudiera sospechar nada. Hablaba con especialistas, y escuchaba todos

los consejos que le daban, compañeros y familiares, que habían sufrido muy de cerca, esa terrible enfermedad, tratando de sobrellevarla con la suficiente paciencia y comprensión. Solo pensaba en sus hijos y se desvivía por darles la mayor orientación y ayuda posible, para hacerles entender lo que estaba sucediendo con su madre.

Pablo era muy pequeño, y apenas se daba cuenta de nada, pero Celia sí era muy consciente de la situación. Ver como su madre, en tan poco tiempo, cambiaba su manera de actuar, vagaba por la casa distraída, estaba irascible, ya apenas gastaba bromas, apenas se reía, y no podía seguir compartiendo secretos con ella como siempre, la rompía el corazón...

Durante el último año, en el que Celine estuvo en un centro especializado de Alzheimer, Celia tuvo que vivir la evolución de esa enfermedad, que tan deprisa transformaba a su madre, en una mujer con la mirada perdida y ausente de todo lo que ocurría alrededor.

Cada vez que la iba a visitar, llegaba con el corazón en un puño, sin saber cómo se encontraría ese día, y qué progresos tan rápidos la estaban transformando en otra persona. Volvía con la tristeza de siempre, y aunque aún Celine la reconocía, sentía que se la estaba yendo lo más grande de su vida, esa persona que lo era todo para ella, y que esa maldita enfermedad del olvido, la estaba convirtiendo en una extraña sin recuerdos, sin pasado, sin presente y en poco tiempo, sin futuro...

Aquella tarde, paseaban por el jardín, agarradas de la mano, mientras Celia la contaba con entusiasmo, todo lo que había hecho durante ese día, tratando de distraer la atención de su madre, ajena a que su mirada, se centraba únicamente en una rosa blanca, que destacaba del resto de rosas que brotaban del rosal. Celine se paró frente a la rosa, y se acercó a olerla. Cerró los ojos, y suspiró profundamente; una bonita sonrisa iluminó su cara, mientras pronunciaba con voz nostálgica y en tono muy bajito, el nombre de Armand.

Celia la observaba atentamente, y ante la sorpresa de oírla pronunciar ese nombre, la miró con extrañeza, pero a la vez feliz, al verla de nuevo sonreír. Hacía semanas que no veía ese gesto en la cara de su madre. En ese momento, y muy entusiasmada, pensó que Celine había tenido un momento de lucidez, y estaba recordando algo muy agradable para ella.

Sorprendida y mostrando su alegría, quiso preguntarle sobre el nombre que había pronunciado, pero Celine la tocó los labios, hizo una señal de silencio, la acarició la mejilla, y con lágrimas en los ojos, la dijo muy emocionada, “perdóname hija, perdóname”.

- ¿Por qué me dices eso mamá, de qué te tengo que perdonar?, ¿quién es Armand?

- Él te lo explicará todo - Shsh – volvió a cerrarle los labios a su hija con ternura.

Celine se mantuvo fijamente mirando el rosal, durante unos segundos y el sonido de un pájaro que cantaba sin cesar, la devolvió de nuevo a su estado de ausencia, en el que ya estaba muy inmersa. Celia siguió paseando con su madre, con un sentimiento encontrado, tratando de entender qué es lo que le había querido decir.

Madre e hija, siempre, habían tenido mucha confianza, y no tenían secretos la una con la otra. Celine siempre había alardeado de su buena memoria, y se pasaba horas y horas en el sofá, contándole a su hija, sus anécdotas del colegio, recuerdos de su feliz infancia con sus abuelos, le hablaba sobre la estrecha relación que tenía con su hermana Sylvie, a la que adoraba, y también sobre sus amores de adolescencia; Celia sentía mucha curiosidad por la historia de aquel chico tímido del que se enamoró perdidamente, y con el que mantuvo una preciosa historia de amor durante un tiempo. Celine se quedaba en silencio cuando le nombraba, y suspiraba después con nostalgia, tratando de evitar seguir hablando de esa persona. Celia siempre intentaba indagar más profundamente en los recuerdos de su madre, y la interesaba mucho conocer los detalles de esa bonita relación, pero su madre disimulaba y terminaba diciendo, <<no tengo más que contarte, ya ni me acuerdo hija, hace tanto tiempo de eso....>>. Pero Celia intuía que no decía la verdad, y que ese chico había dejado una huella imborrable en la vida de su madre.

Es algo que durante años, e incluso tras fallecer Celine, la seguía provocando una enorme curiosidad y sentía deseos de conocer la historia real de aquel joven, al que había amado tanto su madre, del que desconocía hasta su nombre, y no tenía ninguna otra información, salvo que sus padres eran los

dueños de una de las panaderías más importantes de Colmar, que habían heredado de padres a hijos, continuando con el negocio familiar.

Pero en esa tarde de paseo, algo había sucedido; intuyó que su madre la quiso dar un mensaje, y por primera vez dudó de si conocía perfectamente el pasado de Celine, y si había dejado guardado un secreto oculto en su memoria, que tal vez, jamás tuvo el valor de contar. La entristeció pensar que su enfermedad estaba a punto de arrebatárselo.

Todo transcurría muy deprisa, y no fue capaz de visitarla con la misma frecuencia, en los últimos dos meses. No era tan fuerte como para soportar que no la reconociera y ver cómo iban disminuyendo sus capacidades físicas, tanto de habla, como de movilidad; apenas comía y ya no se podía levantar.

Aquella tarde de frío invierno, recibió la llamada que nunca la hubiera gustado recibir.

Colgó el teléfono con la mano temblorosa, y sintió una punzada muy grande en el corazón, mientras trataba de avanzar por el carril derecho, de esa concurrida carretera, angustiada por llegar a tiempo al hospital. En medio de aquel monumental atasco, maldecía a todos los coches que apenas avanzaban medio metro en el carril, y que la impedían estar al lado de su madre.

Cuando llegó al hospital, y vio el rostro de su padre, no la hizo falta preguntar nada... Se abrazaron en silencio, sintiendo ambos, el palpitar acelerado de sus corazones, y un desgarrador llanto que no pudieron contener en ese momento. Celia sintió un inmenso vacío, sintió impotencia, rabia, y mucha pena. Lloró desconsolada, lamentando no haberse podido despedir de ella y no haber llegado a tiempo para darla el último abrazo en vida.

A pesar del gran dolor que sentía, respiró profundamente, se sentó en el sofá, y sacó del bolso un sobre. Con los ojos empañados en lágrimas, abrió el sobre, y sacó la carta que ella la había escrito a su madre, un año y medio antes, cuando todavía Celine, era consciente de todo. Celia quería expresar en esa carta todo lo que sentía por ella, al intuir que la enfermedad ya estaba presente, antes de que sus recuerdos se fueran para siempre. Quiso recordar aquel momento tan especial, y sobre todo la sonrisa y la emoción de su madre.

Mamá, te lo digo todos los días, pero ahora te lo quiero escribir para que lo guardes con llave en tu corazón. Eres la mujer más maravillosa de

este mundo. Para mí eres el espejo en el que, muy orgullosa, me miro todos los días. Gracias por darme la vida, gracias por estar ahí siempre, a nuestro lado; gracias por tu bondad, por tu generosidad, gracias por tu cariño, por tus besos, por esos abrazos que tanto me han consolado en mis peores momentos. Me has enseñado a ser mejor persona, y gracias a ti, yo también podré inculcar esos valores a las personas que quiero. Si alguna vez no me recuerdas, sentiré pena, pero no sufriré mamá, porque yo siempre te recordaré a ti y ya tengo tu amor incondicional en mí, ese jamás, se podrá ir con tu memoria. Te quiero muchísimo.

Celine, terminó de leer la carta con lágrimas en los ojos, y se abrazó a su hija, sintiendo como su corazón latía con fuerza, cargado de tanto amor. Consciente de sus despistes, cada vez más frecuentes, se esforzaba por disimular ante su hija, que ella ya no era dueña de su razón. Sufría en silencio, y sentía un dolor tremendo al ver a su hija y a su marido, con la mirada triste, sabiendo que para ellos podría llegar a ser una carga. Pablo era muy pequeño, pero miraba a su madre como si supiera que la pasaba algo; no sabía lo que era, pero el día que su mamá le preguntó tres veces en pocos minutos, si se había tomado la leche, se la quedó mirando muy extrañado y con su inocencia la dijo: << mami, qué te he dicho que sí, no me lo preguntes tantas veces, ¿es que estás sorda o qué?>>.

Aunque en casa todo aparentaba normalidad, poco a poco, Celine fue dejando de saber que ya no era la misma persona...

Antonio llegó de trabajar más temprano de lo habitual. Sabía que su hija se marchaba de viaje al día siguiente, y necesitaba estar con ella. Celia era su gran pilar. La fortaleza interior de su hija, su pasión por la vida, su optimismo, sus ganas de descubrir mundo, aprender y vivir al máximo cada momento, le ayudaron a salir de esa inmensa tristeza en la que se había perdido.

- Cariño, ¿a qué hora sale el vuelo mañana? – preguntó él.
- A las nueve, y llego a Lyon a las once menos cuarto. Me recogen en el aeropuerto y me trasladan al hotel, hasta el día siguiente, que ya comienza el viaje en tren.

Antonio cogió la guía de Suiza que tenía encima de la mesilla, y la empezó

a hojear muy interesado. Las fotos le hicieron poner cara de asombro y le hizo gestos de aprobación a su hija.

- Tiene muy buena pinta, ¿te vas a alojar en cada una de las ciudades por las que pasarás, o solo os dejarán un tiempo para visitarlas y luego continuareis el recorrido?

- En la mayoría de los sitios sí pasamos noche, pero algunas otras paradas, solo son de visita corta. ¡Estoy como loca por montarme en ese tren! – exclamó Celia con mucho entusiasmo.

Antonio sonrió a su hija, la abrazó muy fuerte y salió de la habitación.

Sergio y Silvia, no se podían creer aún que su amiga, se hubiera lanzado tan decidida a ese viaje en solitario, pero sabían lo que significaba para ella; estaban seguros de que le aportaría muchas cosas buenas y sobre todo muchas respuestas... Aunque era la primera vez que viajaba sola, confiaban en sus habilidades sociales, en su gran magnetismo y en su desparpajo natural, así que estaban convencidos, que lo disfrutaría muchísimo; Esther y Vero también esperaban como locas, que comenzara el viaje y les fuera narrando todo lo que la iba sucediendo.

Los cinco, habían creado un nuevo grupo de whatsapp, y lo llamaron: “Súbete al tren”. Celia, muy ilusionada, les había prometido, que día a día les contaría con todo detalle, todo lo que iba viendo y les mantendría muy bien informados.

A las seis de la mañana, sonó el despertador. Celia abrió los ojos, miró la hora, y desperezándose se incorporó en la cama. Cogió el pasaporte que tenía en la mesilla, dio un golpecito sonoro y sonriendo, muy ilusionada se dijo a sí misma en voz alta – ¡Querida Celia, aquí comienza tu aventura!

Cogió el móvil, y grabó su primer mensaje de audio al grupo.

- ¡Buenos días chicos!, aquí la viajera comienza su andadura. No sé si es la resaca de ayer, pero he amanecido con un horrible dolor de cabeza..., pero bueno, nada que una buena ducha refrescante, y un buen chocolate con churros, no pueda solucionar. Creo que no se me olvida nada, y he mirado ya ochenta veces si llevo guardado el pasaporte; madre mía, si parece que tengo un toc compulsivo, estoy de los nervios, y deseando oír el sonido de las ruedas de mi maleta. ¡Au revoir mes amis!.

Muack.

Celia llegó al aeropuerto acompañada por su padre y por su hermano Pablo. Muy emocionada, se despidió de ellos, antes de pasar el control de pasaporte. Cuando se giró y vio a los dos mirándola fijamente, y sin moverse, clavados en el mismo sitio donde minutos antes se habían abrazado, sintió un pellizco en el corazón y la añoranza de separarse de ellos la hizo derramar alguna lágrima, antes de llegar a la puerta de embarque.

El vuelo a Lyon salió con media hora de retraso, y eran las once y media cuando el operador del viaje, la estaba esperando en la terminal de llegadas del aeropuerto de Lyon, con un cartel en la mano, en el que aparecía su nombre. “Celia Díaz”.

- Bonjour mademoiselle – la saludó dedicándole una gran sonrisa.

- Bonjour, comment ça va? – contestó Celia, en un perfecto francés.

Su trabajo, en una consultoría internacional, la requería un nivel alto de inglés, y el francés lo dominaba a la perfección. Su madre y su abuela materna eran francesas, y desde bien pequeña, ya lo entendía y lo hablaba. Su abuela Sophie, vivía en un precioso pueblo de la Alsacia, y ella había pasado muchos veranos con ella; las unía un vínculo muy especial. Celia soñaba con volver a ese sitio, al que no había regresado desde los diecisiete años. Estaba deseando volver a ver a su abuela, a la que adoraba, y no veía el momento de reencontrarse con su viejo olmo, en el que se cobijaba cuando era niña, y con el que tantos secretos había compartido. Se lamentaba de haber perdido el contacto con Yvonne y Pierre, sus íntimos amigos, de los que estaba deseando tener noticias, y también añoraba a sus primos Philippe y Gabrielle. Sabía que Philippe seguía viviendo allí, y la pequeña Gabrielle estaba estudiando relaciones internacionales en Estados Unidos.

Llegó al hotel, y como era temprano, antes de ir a comer, decidió dar una vuelta por la ciudad. El día no acompañaba demasiado, hacía frío y llovía a cántaros, pero se puso unos botines que había metido en la maleta, ya a última hora, por si las moscas..., sacó el chubasquero azul turquesa, se colgó la mochila a los hombros, y salió de la habitación, con ganas de descubrir esa

ciudad.

Durante el trayecto hacia el hotel, había estado buscando información sobre Lyon, y había escrito en un cuaderno, varios de los sitios que le parecieron más interesantes para conocer, entre ellos, el barrio de la Croix Rousse, distrito patrimonio de la Humanidad de la UNESCO, la basílica de Notre Dame de la Fourvière, la catedral de St.Jean, el parque de la Tête d'or, y le apetecía dejarse llevar, caminando por los rincones misteriosos de las Traboules.

La lluvia la dio un poco de tregua, cuando llegó al parque de la Tête d'or, y pudo admirar los bonitos jardines y el precioso lago artificial. La gustó ver la cantidad de rosales, con cientos de rosas diferentes, que se extendían por los caminos, dándole mucho colorido al parque. Mientras caminaba relajadamente, la llamó mucho la atención encontrarse un zoológico dentro.

Se sentó en un banco, y sacó un bocadillo de la mochila, que saboreó y disfrutó con mucho apetito, observando ensimismada los movimientos de dos jirafas que jugaban con su cría, ofreciendo un espectáculo de lo más entretenido.

Eran las seis de la tarde, cuando entraba por la puerta del hotel. Subió a su habitación, y vio una nota debajo de la puerta.

- Bienvenida a Lyon. Horario de recogida, día veinte de mayo, a las siete de la mañana, en recepción. Firmado Luis Esteban.

Celia guardó la nota, y colgó el chubasquero, encima de una silla para dejarlo secar.

Se quitó los botines, se sentó en la cama, y se acordó que aún no había informado a sus amigos de cómo había ido su primer día. Dobló la almohada, la apoyó en el cabecero de la cama, se puso muy cómoda y pulsó el botón de audio en el móvil.

¡Bonjour mes amis!, ya estoy en Lyon. Llegué esta mañana, con un poco de retraso. Hace un día de perros, muy gris y llueve a cántaros, pero igualmente he salido a pasear y a conocer un poquito la ciudad. He visto varias iglesias, entre ellas la basílica de la Fourvière que me ha encantado, y el barrio Croix Rousse. Ahora entiendo porque no hay

gimnasios en esta zona..., hoy me he sentido muy Rocky Balboa. Eso sí, mis piernas lucen espléndidas y noto mucho más duro el culo; el extra de escaleras que he tenido que subir, que no parecían llegar a su fin... al menos ha merecido la pena, por las vistas panorámicas que había allá en lo alto. Voy a descansar un poco y a coger fuerzas, que mañana a las siete, me recogen para empezar el viaje en tren. Muack.

Buscando a Lola

La caminata por la ciudad la había dejado sedienta. Abrió la mochila para coger su botella de agua, pero estaba vacía. Resopló porque se había olvidado de comprar un par de botellas, antes de subir a la habitación. Ya había comprobado antes, que no había mini bar en la habitación y no tenía por costumbre beber agua del grifo cuando viajaba, a pesar de que le habían avisado que el agua de Lyon era buena.

Se puso los botines y bajó a la máquina expendedora, que había visto cerca del mostrador de recepción. Al llegar, vio como un señor mayor trataba de introducir varias monedas en la máquina, y esta se las rechazaba.

Celia escuchó que era español, al oírle quejarse una y otra vez, al ver que no funcionaba. Entonces se acercó al señor, y se dispuso a ayudarlo.

- Es posible que las monedas que usted está introduciendo no las acepte la máquina, déjeme ayudarlo – dijo Celia.

Ella metió un euro y le preguntó que bebida quería sacar.

- Quiero agua hija, muchas gracias, es que necesito tomarme mis medicinas y no me atrevo a tomar agua del grifo fuera de mi casa – dijo el señor muy educado.

- Sí, no se preocupe, a mí me pasa igual. Tome, esta para usted y ahora saco yo la mía – dijo ella con mucha iniciativa, dándole la botella de agua al anciano.

- Por favor, coge las monedas, por todas las molestias. – dijo él

con agradecimiento.

- Ni hablar, no se las voy a coger. Le invito, no hay problema.

El anciano la miró con ojos de asombro y muy agradecido.

- ¿También vas a hacer el viaje en tren por Suiza y la Alsacia? – preguntó el señor.

- Sí, ¿usted también? – le preguntó ella muy sorprendida.

- Sí, siempre quise volver a este sitio al que me unen muchos recuerdos de juventud.

- ¡Vaya!, qué bonito. ¿Usted vivió en Suiza cuando era joven? – preguntó Celia.

- Sí, emigré a Suiza cuando tenía veintidós años, en busca de un futuro mejor para mí y para mi familia. En España no había trabajo y aquí se necesitaba mucha mano de obra.

- Supongo que les costaría bastante tomar esa decisión...

- Sí, mucho. Me acababa de casar, y mi mujer estaba embarazada de mi primer hijo, Fernando. Para ella supuso un sacrificio tremendo tener que dejar todo, y venirse conmigo, tan lejos de su familia, a un país tan frío y tan distinto al nuestro. Los primeros meses fueron muy duros para Rosario, la costó bastante adaptarse a este sitio. Solo veíamos nieve y nieve, y echábamos mucho de menos las horas de luz de España, y la comida. Rosario se pasaba las horas mirando a la ventana, y soñando con ver el sol. Pero tuvimos que hacer de tripas corazón, y no tuvimos otra opción, si queríamos seguir unidos.

- ¿Y cuánto tiempo estuvo allí?

- Doce años. Fernando era ya un hombrecito y hablaba perfectamente el alemán y el francés. Su madre y yo apenas le entendíamos cuando estaba con sus amigos; nosotros en casa, siempre le hablábamos en español. Luego llegó Daniela, que se lleva cuatro años con Fernando, y el pequeño Manuel, que nació tres años después que su hermana. Todos aprendieron muy bien los dos idiomas, aunque los dos pequeños se olvidaron muy rápido, al llegar a España.

- ¿Y su señora, también ha venido con usted a hacer este viaje? – preguntó Celia, con bastante curiosidad.

- No, Rosario falleció hace un año – dijo el señor con la voz quebrada.

- Vaya, lo siento mucho – dijo Celia compungida.

- Mis hijos no me querían dejar venir solo. Mi hija Daniela insistió hasta el último día en venir conmigo, pero les pedí que me dejaran venir solo, porque no sabía si podía ser el último viaje de mi vida, y lo quería hacer así, a mi manera, como diría Frank Sinatra. Me encuentro bien de salud, aunque sí tengo algún achaque que otro. Necesitaba revivir estos recuerdos yo solo, y tratar de encontrar...

El señor hizo una pausa, que Celia enseguida percibió y la hizo activar todos sus sentidos, muy pendiente de las siguientes palabras, que el anciano estaba a punto de pronunciar. Pero se quedó callado y miró hacia el suelo, con gesto de tristeza y desolación.

Celia con mucha intriga, trató de abordar el tema, sin demasiado éxito.

- ¿Decía usted que trataba de encontrar..., a alguien?

Pero él se quedó callado y le hizo un gesto moviendo la cabeza de izquierda a derecha, tratando de acabar con esa conversación, que sin duda, le estaba emocionando.

Celia se encontraba muy a gusto charlando con ese señor, y la historia le parecía muy interesante. Le veía un hombre humilde, educado y le gustaba como se expresaba, denotando cierta nostalgia.

Segundos después, y con decisión, sacó de su cartera, una foto muy antigua, en blanco y negro, con el rostro de una mujer morena guapísima.

- ¿Es su mujer, Rosario?

- No, es mi Lola – contestó él.

Celia se encontraba confusa en ese momento, y trató de atar los cabos a esa historia, que si antes le parecía interesante, ahora la estaba empezando a resultar fascinante.

- Lola fue el gran amor de mi vida – comenzó a relatar el señor.

Nos conocimos desde que éramos chicos, vivíamos en el mismo pueblo. Éramos compañeros en el colegio, un colegio en el que solo había diez niños. Todas las tardes las pasábamos en la plaza jugando y riendo, con la libertad de unos niños que vivían felices, sin ningún otro problema que el de disfrutar del tiempo y de la vida. Nuestros padres se dedicaban a las labores del campo, y tratábamos de ayudar en todo lo que podíamos para sacar a adelante a nuestras familias.

Éramos pobres, pero honrados, y teníamos lo necesario para vivir, aunque no nos sobrara demasiado... Mi madre bordaba vestidos y con eso ganaba unas perrillas, para poder comprarnos ropa y zapatos, a mis cinco hermanos y a mí.

Lola y yo pasábamos muchas horas juntos, y según fuimos creciendo, seguimos compartiendo la misma pandilla de amigos. Recuerdo nuestros primeros bailes, y esos ojos negros que tanto me embaucaron. Lola era guapa, elegante y todos los vestidos se los hacía ella misma. Cosía de día y de noche sin parar, y todo lo que ganaba se lo entregaba a su padre.

Nos quisimos con locura, y un veinticinco de mayo, víspera de su cumpleaños, le pedí la mano de su hija, a Don Ginés del Valle, un terrateniente, dueño de una de las fincas más grandes del pueblo; hombre recto y disciplinado, que me dio su consentimiento, aunque me pidió que

fuéramos más despacio, y que no nos casáramos, hasta que yo no encontrara trabajo estable.

A los pocos meses, comencé a trabajar en una finca, con un mayoral, amigo de la familia, y en cuanto ya fui teniendo unos ahorrillos, hablé con Lola y con su padre, y planeamos celebrar la boda, al año siguiente. Pero, un acontecimiento inesperado dio un giro a nuestra relación. Su padre había vendido varias tierras a mi padre, y mi padre no le pudo pagar. Estábamos pasando un mal momento en casa, y apenas teníamos un trozo de pan que echarnos a la boca. Don Ginés no tuvo ninguna compasión, y cegado por la ambición del dinero, me prohibió volver a ver a su hija, hasta que mi padre no le pudiera saldar la deuda. Mi padre, dolido y avergonzado por esa decisión, le rogó en varias ocasiones que por favor le diera tiempo, para pagárselo, pero que no le hiciera eso a su hijo. Pero Don Ginés hizo caso omiso, y siguió sin permitirme ver a Lola.

Durante varios meses, Lola y yo nos veíamos a escondidas, sin que nadie pudiera saberlo. Hasta que un día, dejé de verla y me enteré una semana después, que su padre la había mandado a casa de su tía en Sevilla, para alejarla de mí.

Traté de buscarla, y mi primo Juan, me llevó varias veces a Sevilla, pero no la pude encontrar.

Me sentía muy triste, y la extrañaba día a día. Apenas salía de casa, y aunque mis amigos trataban de animarme para que saliera al baile, yo seguía sin ganas de nada y ahogado en la pena. Mis padres estaban muy preocupados por mí, y hasta llegué a pensar en.... – hizo una pausa – llegué a pensar en dejar de vivir. Se me rompió el corazón en pedazos, el día que dejé de ver esos preciosos ojos negros, mirándome desde su ventana. No había nada que me aliviara ese dolor por no verla, y no tener noticias de ella.

Al cabo de unos meses, comencé a salir un poco más, y traté de distraerme con mis amigos. De vez en cuando íbamos al baile, o al cine de verano, y me empecé a relacionar con algunas muchachas del pueblo, que parecían tener mucho interés en mí.

Rosario comenzó a visitarme con frecuencia, con la excusa de traer

encargos a mi madre, ya que sus padres tenían un negocio familiar en el pueblo. A mí me pareció una mujer buena, respetuosa, inteligente y muy trabajadora, y enseguida comenzamos a tratarnos.

Nos casamos dos años después y al poco tiempo nos fuimos a vivir a Suiza. Rosario ya estaba embarazada de mi hijo Fernando. Las primeras semanas fueron muy difíciles, y nos costó meses, adaptarnos a ese nuevo país. Todo era muy diferente a España, el clima, el idioma, la gente. Echábamos mucho de menos a nuestras familias, y Rosario se quedaba horas y horas, pegada a la ventana, con lágrimas en los ojos, anhelando a los suyos. A mí me rompía el alma verla así, y hacía todo lo posible por animarla, tratando de organizar encuentros con otras familias españolas, para que ella se sintiera como en casa – prosiguió el señor.

A los seis meses de estar en Ginebra, fuimos a una fiesta que organizaba un matrimonio de españoles, en un local, en el que nos solíamos reunir todos los meses, para sentir el calor de los nuestros y contagiarnos de la alegría y la comida de nuestra tierra.

Rosario y yo llegamos los últimos, y nos encontramos con más de treinta personas riendo y bailando en el local. Entre todas las risas, pude distinguir claramente, esa risa que tanto me había hecho sentir durante años, y que era inolvidable, la risa de mi Lola.

Muy sorprendido y nervioso, miré hacia el fondo, y la vi del brazo de un señor alto y con barba, que la miraba con orgullo, mientras el caballero de la otra pareja que compartía mesa con ellos, contaba anécdotas divertidas, que le hacían reír a carcajadas, devolviéndome recuerdos tan bonitos de nuestra juventud.

Lola giró la cabeza y al verme allí, se quedó blanca. Enseguida el gesto sonriente de su rostro, se tornó por el de un gesto serio y tímido, que la hizo observarme con mucha atención.

Durante mucho rato, estuvimos muy pendientes el uno del otro, y en mi caso, traté de buscar la forma para acercarme a ella y saludarla, aunque Lola no parecía tener el mismo interés que yo, y me evitaba en todo momento.

Pero el destino quiso cruzarnos en la salida. Rosario se había

quedado hablando con una amiga, y su marido, seguía al pie del compañero de la guitarra. Ella me miró muy fijamente y comencé a sentir que todo el cuerpo me temblaba. La noté muy nerviosa, y bajaba continuamente la cabeza. Estaba tan bonita, que no tuve piropos suficientes, para poder expresarle lo feliz que me hizo sentir, volver a verla.

Comenzó a hablarme, con cierto temor, y volviendo varias veces su cabeza, buscando los ojos de su marido. La noté incómoda, y hablaba muy deprisa, tratando de contarme muchas cosas en el menor tiempo posible. Me contó que llevaba solo seis meses en Suiza, y que posiblemente se quedaría un tiempo largo.

No pude evitar decirle, lo mucho que la echaba de menos, y las veces que había tratado de buscarla en Sevilla. Ella se sorprendió al oírme decir esto; ni su familia ni sus amigos, nunca la dijeron nada. Tampoco le habían entregado mis cartas. Más de cincuenta cartas que la escribí, durante todo ese tiempo, en el que mis deseos por saber de ella, se convirtieron en un sinvivir y una gran pena, cada vez más profunda, al no recibir noticias tuyas.

Lola se sorprendió al escucharlo y vi como sus ojos se llenaron de lágrimas de emoción. Me tocó la cara con ternura. Cuando sentí su mano acariciarme, creí estar en el paraíso. La suavidad de su piel y ese olor a maderas de oriente, tan familiar para mí, me hizo sentirme el hombre más afortunado de la faz de la tierra. Su olor, su tacto, su mirada, todo me hizo remover en mi interior, tantos y tantos sentimientos puros y sinceros.

Celia se había quedado obnubilada con la historia, y apenas reparó en la hora. Eran las diez de la noche, pero estaba tan interesada en el relato, que lo único que le apetecía, es que le siguiera contando más capítulos de esa bonita historia de amor. No se podía ir a la cama, sin conocer el desenlace de la historia.

Manuel prosiguió...

A los dos días, yo estaba trabajando en la obra como capataz, y al hacer un pequeño descanso, vi llegar a mi compañero Mariano, con un

sobre en la mano. En él aparecía mi nombre y apellidos, pero el nombre del remitente estaba en blanco.

Abrí el sobre con bastante incertidumbre, y empecé a leer su carta. En ella me decía lo mucho que me había querido durante todos esos años, y lo mucho que sentía que la vida nos hubiera separado, por circunstancias familiares, ajenas a nosotros y a nuestros sentimientos. Me contaba que llevaba casada dos años con un hombre bueno y cariñoso, y que le había sido muy duro vivir allí, tan lejos de los suyos. Esperaba de corazón que yo fuera feliz, y me deseaba todo lo mejor en la vida.

Sentí un deseo inmenso por volver a verla.

Sé que fui un loco, pero a través de la misma persona que me había dado la nota, organicé un encuentro con ella en un parque muy bonito. A los tres días, ella apareció allí.

Lola estaba radiante, con un vestido azul marino, un abrigo blanco que ella misma se había hecho, y un gorro azul con mucho estilo. Nos quedamos frente a frente, mirándonos en silencio, y tratando de contener tantas emociones que ambos sentíamos en ese momento. Paseamos tranquilos, con paso lento, sin pensar en el tiempo ni en nadie más. No paramos de contarnos cosas, y recordar tantas anécdotas que habíamos compartido desde pequeños. Hablamos de nuestro noviazgo, de nuestro primer beso bajo la luz de esa inmensa luna llena, de nuestros sentimientos aún tan vivos... y logramos despertar aquella magia que un día, en contra de nuestra voluntad, se nos arrebató.

A partir de ese día, fueron muchos los encuentros a escondidas que tuvimos, y la ilusión de abrazarnos y besarnos día a día, era lo que nos mantenía vivos en ese país. Añorábamos nuestras raíces y el calor de nuestra familia, y aunque ambos estábamos compartiendo nuestra vida con otra persona, la fuerza de nuestro amor, puro y sincero, nos hacía sentirnos menos culpables, y nos impulsaba a recuperar el tiempo perdido.

El señor hizo una pausa, y miró a Celia. Había hablado tanto durante las últimas horas, que se le había secado la garganta, y comenzó a toser de forma muy persistente.

- Creo que te estoy aburriendo con esta historia – dijo él mirando a

Celia.

- No, claro que no, me está encantando escucharle.

- Por hoy ya ha sido suficiente, debemos descansar – dijo él con voz cansada.

Celia se quedó un poco desconcertada con la pausa, pero enseguida comprendió que él ya necesitaba un merecido descanso.

- Me alegro mucho de haberle conocido – dijo ella mirando al señor como se levantaba del sofá y se dirigía hacia el ascensor.

- Igualmente reina, me llamo Manuel Pérez, espero verte mañana en el tren.

- ¡Claro que sí!, que descanse Manuel, yo soy Celia.

- Mucho gusto hija, descansa tú también. Hasta mañana – se despidió Manuel.

Celia subió a la habitación, como si acabara de ver una película en el cine, y se hubiera salido antes de que acabara. Estaba haciendo sus propias cábalas sobre el desenlace, y deseaba que llegara el día siguiente, para coincidir con él en el tren y poder continuar escuchando ese relato tan interesante.

Cogió el móvil y grabó su crónica del día a su grupo “Súbete al tren”.

Buenas noches, hoy he disfrutado de una tarde muy especial, he conocido a un hombre encantador, Manuel, que me ha contado una bonita historia de su juventud, y estoy intrigadísima por conocer el desenlace final. Uf, ahora es cuando empiezo a notar unas agujetas horribles en las piernas y no sé si me acordaré de las escaleras de Lyon, el resto de la

semana... espero que no. Chao chicos, me voy a la cama. Un beso.

Eran las seis de la mañana, y Celia atisbaba un rayito de luz que se colaba por el espacio de la cortina.

Había dormido como un tronco, pero su cara cambió de semblante, cuando las agujetas la recordaron la subida de las escaleras del día anterior, haciendo acto de presencia, al flexionar las rodillas para incorporarse al borde de la cama.

Tras vestirse, revisó su maleta, y comprobó que lo tenía todo guardado. Esa noche ya no dormiría allí, sino en Ginebra.

Bajó a desayunar y al cruzar el pasillo hacia la cafetería, se encontró a un chico con aspecto muy juvenil y muy alegre, hablando en francés con la chica de recepción. Era Luis Esteban, el guía que les acompañaría en el viaje durante los siete días restantes. Se quedó mirando a Celia, y la saludó con una sonrisa.

Terminó de tomarse el desayuno, miró el reloj y vio que aún quedaban quince minutos para las siete; se quedó sentada en un sofá, observando el trasiego de huéspedes que entraban y salían del comedor, mientras se miraba la pulsera que le había regalado su hermano Pablo. Les echaba de menos y la entró cierta morriña. Tuvo el impulso de marcar el móvil de su padre, pero se dio cuenta de que era muy temprano y no quiso asustarles.

A las siete en punto, se acercó a recepción y vio a Luis hablando con una mujer rubia, de complexión fuerte, que le hacía algunas preguntas, señalando el mapa que llevaba en la mano. A su lado, aguardaba un chico joven, de aspecto muy distraído, que miraba inquieto hacia el ascensor, como si estuviera esperando ver bajar a alguien.

En ese instante, una joven con el pelo rosa y cara sonriente, salía del ascensor, con una maleta pequeña, también de color rosa, y saludaba muy efusiva a todas las personas que estaban en recepción. Cruzándose con ella, aparecía un chico moreno, corpulento, de unos cuarenta años, con ropa bastante juvenil, y la mirada puesta en su móvil, sin dejar de teclear.

Al mismo tiempo, se acercaba un matrimonio de mediana edad, que sin apenas, dirigirse las miradas, el uno al otro, saludaban al resto, con un tímido

“buenos días”.

Una madre y su hija vinieron siguiendo los pasos al matrimonio, y con un saludo muy entusiasta, se quedaron esperando las instrucciones del guía.

Manuel bajó a los pocos minutos, y con un gesto muy cariñoso, saludó a todos los presentes y se acercó a Celia, mientras Luis hacía recuento de las personas que formaban el grupo.

- Buenos días, soy Luis, y seré vuestro guía durante estos días, en los que haremos un recorrido en tren, y tendréis la oportunidad de conocer lugares preciosos. Hemos tenido mucha suerte con el tiempo, y excepto el día de ayer, se prevé que la temperatura será aproximadamente de entre quince y dieciocho grados en los próximos días, y lucirá el sol la mayor parte del tiempo.

- Bien, pues ya estamos todos, así que podemos subirnos al autobús. Por favor, recordad no dejaros nada aquí, ya que no volvemos a este hotel – dijo Luis mirando a todo el grupo.

Celia estaba entusiasmada y deseosa de llegar al tren.

Al cabo de media hora, llegaron a la estación de Lyon, y el guía les explicó con detenimiento, qué asientos debían ocupar cada uno de ellos, los cuales, ya habían sido asignados con anterioridad. Todo el grupo estaría en el mismo vagón, el número siete.

El tren era muy moderno, y se veía reluciente. Al subir el último escalón del tren, Celia respiró fuertemente y soltó el aire con muchas ganas, mostrando su aprobación por lo espacioso y limpio que era. Los asientos se veían confortables, y muy anchos. Dejó la maleta en el amplio compartimento que había en la entrada, a pocos metros de su asiento.

Manuel entró justo detrás de ella, y miró el número del asiento, con la esperanza de que le hubiera tocada al lado de la joven, que con tanto interés le había escuchado el día anterior. Pero no hubo suerte y se sentó dos filas más atrás.

Justamente delante de Celia, se sentó el matrimonio. La mujer la sonrió, mientras se quitaba la chaqueta, y el marido la saludó de forma cordial. Entre

ellos apenas se hablaron, y daba la sensación de estar enfadados.

Celia esperó a que todos ocuparan su lugar, y una vez que el guía les adelantó el recorrido que harían ese primer día, ella miró hacia Manuel y comprobó que no había nadie sentado a su lado.

El tren comenzó a moverse, y todos se miraron con complicidad al sentir el vaivén.

Sin esperar ni un minuto más, Celia se levantó de su sitio, y se dirigió hacia el asiento libre, que estaba al lado de Manuel.

- ¿Qué tal reina, qué sorpresa, cómo estás? – exclamó Manuel con cariño.

- Muy bien, y ¿usted qué tal descansó ayer?

- Bueno, los viejos ya no dormimos como antes, con pocas horas nos conformamos – respondió Manuel con sinceridad.

- Estoy deseando que me siga contando la historia de ayer, me quedé muy intrigada – dijo Celia como si fuera una niña esperando el cuento de su padre.

Manuel sonrió a carcajadas, y le tocó la cabeza con ternura.

- Gracias a Dios conservo buena memoria, y todos los días trato de leer el periódico, o algún libro, para tener siempre el cerebro entretenido, es importante hacerlo a nuestras edades, para que no se nos vaya la pinza...

Celia rio a carcajadas en esta ocasión. Le pareció una expresión muy actual y la divirtió escucharlo en boca de alguien con esa edad.

Manuel se quedó fijamente mirando hacia la ventana, y continuó la historia.

- Lola y yo tuvimos muchos encuentros a escondidas, y a pesar del sentimiento de culpabilidad que ambos teníamos, cada

minuto que pasábamos juntos, era como estar rozando el cielo.

- A los tres meses, recibí una nueva carta de ella, a través de mi amigo. En la carta me decía que en una semana, regresaban a España, ya que a su marido le había salido un trabajo importante en Madrid. Fue un jarro de agua fría para mí, que ya me había acostumbrado a tener cerca a la mujer que amaba. Pero a pesar del dolor que supuso aceptar que me la arrebataban nuevamente, confié que nuestro amor era mucho más fuerte que la distancia, y nuestros corazones siempre estarían unidos.

- Nunca más la volví a ver – hizo una pausa Manuel, mientras se quitaba una lágrima con el pañuelo de tela, bordado con sus iniciales.

Celia cambió el gesto, y sintió una gran emoción al llegar a este punto del relato y ver tan vulnerable a ese anciano, que la había conquistado el corazón desde el primer minuto, y por el que estaba sintiendo un cariño muy especial.

- Al cabo de los años, Rosario y yo regresamos a España. Mi primo Leonardo me ofreció un trabajo en una fábrica en Barcelona, y allí permanecí hasta que me jubilé, hace ya veinte años. Durante mucho tiempo, traté de conseguir las señas de Lola, para escribirla unas líneas, pero nadie me supo decir donde estaba. Hasta que hace tres meses, abrí el buzón, y entre tanta publicidad, se me cayó de las manos un sobre, que cogí del suelo con mucho esfuerzo. Mis ojos no me alcanzaban a distinguir bien las letras, pero enseguida pude reconocer esa letra, que aun temblorosa, conservaba la belleza de su escritura, tan legible y clara. Me puse las gafas, y leí con claridad mi nombre y apellidos; le di la vuelta muy nervioso, con ansias de encontrarme en el remitente, el nombre que tanto deseaba leer, y cuando vi Lola Durán, sentí una punzada en el corazón.

Manuel hizo una pausa, y abrió su pequeño bolso de mano. Sacó un sobre blanco doblado y se lo entregó a Celia, con los ojos llorosos.

Celia estaba nerviosa y muy emocionada, y sintió que Manuel le estaba

dejando ver algo tan íntimo y personal, de la que ella no creía ser merecedora; pero su gesto de aprobación, la impulsó a seguir adelante y a sacar la carta que contenía el sobre.

La leyó en silencio, pero no fue capaz de terminar de leer la carta. Era una carta manuscrita con una redacción exquisita, una letra perfecta y una delicadeza en cada palabra, que reflejaba el amor puro y desmedido de una mujer hacia un hombre, a su gran amor, como repetía casi en todas las líneas.

La emoción la embriagó de tal forma, que sus lágrimas empañaron sus ojos, y no fue capaz de continuar. Hubiera deseado conocer a esa mujer en ese mismo instante y tener la oportunidad de unirles para siempre. Era el amor más real y verdadero, que jamás había podido imaginar que existiera. Lola nunca le había olvidado, y tras quedarse viuda, y al conocer que Manuel también lo estaba, le rogaba a Dios que sucediera un milagro, para que pudieran volver a reencontrarse, antes de terminar sus días.

Lola le contaba en la carta, que después de varios años, había regresado a Suiza, y vivía con su hijo mayor y su familia, en Ginebra. Sus otros dos hijos también vivían allí, y tenía cinco nietos. Ya no tenía intención de volver a España, su vida estaba allí, y el tiempo que le quedara, quería pasarlo junto a los suyos.

Manuel sintió muy sincera la emoción de Celia, y como un abuelo cariñoso y complaciente, la abrazó con ternura, tratando de consolarla.

- Qué bonito Manuel, qué historia más auténtica, no tengo palabras – dijo Celia muy afectada.

- ¿Y alguna vez Rosario supo de este amor? – preguntó Celia muy directa.

- Sí, antes de fallecer, fue ella la que me confesó que lo sabía desde hacía muchos años.

- Rosario fue una gran compañera de vida, una mujer buena,

complaciente, una esposa ejemplar y una excelente madre. Por ella sentí mucho cariño, respeto y admiración, pero nunca pude amarla como amé a Lola – prosiguió Manuel.

- Aún así, cuando falleció, sentí un vacío muy grande, todo se desmoronó en mi vida. No tenía ilusión por nada, a pesar del cariño de mis hijos, que se desvivían por atenderme, y del cuidado y la atención que recibía de mis nietos mayores, día a día. Para mí, ya poco tenía sentido.

- Al recibir esta carta, mi corazón volvió a revivir, y decidí aprovechar el poco tiempo de vida que me queda, al lado de mi Lola. Esta es mi verdad, y aunque sé que mis hijos no lo entenderán, no voy a dejar escapar de nuevo el tren. Un día la prometí que envejecería junto a ella, y soy un hombre de palabra. Quiero compartir los días que me quedan con mi otra mitad, y anhelo con ansía encontrarme con ella, después de tantos años. Ella no lo sabe, es una sorpresa, y espero darle el mejor regalo de cumpleaños que merece.

Celia lo comprendió todo en ese momento. Entendió cuál era el verdadero motivo de su viaje, y la gran ilusión que tenía por llegar a Ginebra. Se acercó a él y con mucho cariño le besó en la cara, acariciando su mano, deseándole mucha suerte en su encuentro con Lola, y dándole las gracias por haberle regalado esa preciosa historia y por haberse cruzado en su camino.

- Es usted una persona entrañable, y muy especial Manuel, merece ser muy feliz – dijo Celia muy emocionada.

El cartel luminoso del vagón se encendió, y apareció en él el nombre de Ginebra; ya estaban entrando en la estación.

Luis se levantó de su asiento, y se dirigió a todos.

- Esta es nuestra primera parada. Hoy pasaremos el día en Ginebra, y nos alojaremos en un hotel muy próximo a la estación. A las doce y media realizaremos una visita panorámica por la ciudad,

luego comeremos y os dejaremos la tarde libre.

Manuel sonrió a Celia, y le dijo en voz baja.

- Yo me apeo en esta parada. Disfruta mucho de este viaje reina. Eres una bonita persona, por dentro y por fuera, y tendrás mucha suerte en la vida – dijo Manuel muy cariñoso.

Se abrazaron fuertemente, y Celia le ayudó a bajarse del tren, con lágrimas en los ojos.

- Cuídese mucho Manuel, y que sea muy, muy feliz con su Lola.

Celia le miró con tristeza, mientras se alejaba con paso lento por el andén.

Al principio no entendía bien, por qué Manuel había hecho ese viaje, tan solo para una estación. Sin duda, le hubiera compensado mejor ir directamente en avión hasta Ginebra, era lo más lógico. Pero después de reflexionar, llegó a la conclusión de que nada pasa por casualidad. Hay personas que se cruzan en tu camino para enseñarte algo, y Manuel era una de esas personas. En el tren de la vida, hay pasajeros que suben y se quedan para siempre, hay otros que se bajan muy pronto, y otros que te acompañan en pocos trayectos, pero en poco tiempo, te regalan sabiduría y te recargan de buena energía.

Se sentía muy afortunada por haberle conocido y por llevarse un gran aprendizaje; el amor verdadero existe, pero no tienes que buscarlo, él te busca a ti.

Enseguida se centró en el grupo y siguió los pasos del guía, quien les llevaba de camino hacia el hotel. Luis les acompañó a la recepción, y les entregó sus llaves. Celia miró su número de habitación y vio que era justo la correlativa a la de la chica del pelo rosa. Ambas se sonrieron mutuamente y cogieron juntas el ascensor, cruzando las primeras palabras, hasta que llegaron a la tercera planta; después de abrir las habitaciones, se despidieron.

Celia no pudo aguantar ni un minuto, para hacer la crónica del día y grabar su audio.

Acabo de llegar a Ginebra. Estoy entusiasmada, he visto paisajes

preciosos, aunque la verdad, he estado más entretenida escuchando a mi amigo Manuel, un abuelo que me hubiera gustado adoptar para siempre. Un ser entrañable que me ha cautivado con su preciosa historia con Lola. Ay chicos... ¡qué bonito es el amor!. Estoy tan impregnada de romanticismo, que voy a ir lanzando señales a cupido, a ver si me hace un poquito de caso; os dejo, que vamos a hacer la visita panorámica de la ciudad. Seguro que Silvia ya está diciendo que no digo nada del chocolate..., que síii que no se me ha olvidado, que ya te compro chocolatinas de vacas moradas. Por cierto, son marrones las que he visto por aquí... Muack.

Después de grabar el mensaje a sus amigos, también aprovechó para llamar a su padre y a su hermano. Pablo no la dejaba meter baza, del bombardeo de preguntas seguidas que le hacía. Celia sonrió al colgar el teléfono y sintió un poco de nostalgia; les echaba de menos.

El autobús estaba parado frente a la puerta del hotel, y Luis miraba el reloj, con cierta preocupación, llevaban un poco de retraso, y aún faltaban varias personas por llegar. Echaba en falta al matrimonio, y a la chica del pelo rosa. Celia ya había subido, y se sentó en la tercera fila, en el asiento de la ventanilla. Justamente delante de ella, estaban sentadas la madre y su hija, que conversaban muy animadas, sobre el programa de la visita panorámica a Ginebra. Celia ni lo había cogido, prefería que todo la sorprendiera. No tenía por costumbre leer cosas sobre los sitios que iba a visitar, ya que era un circuito programado y estaba de lo más relajada, solo quería dejarse llevar y sorprenderse con lo que se iba encontrando por el camino.

A los pocos minutos, subieron los más rezagados y Luis cogió el micrófono para saludar al grupo y darles la bienvenida a esa cosmopolita ciudad. Se habían unido dos grupos diferentes, uno el que viajaba en tren, y otro grupo que hacía un tour diferente; pero al coincidir en horarios, el conductor creyó oportuno unir a los dos grupos en un solo autobús. Los dos guías no pusieron ningún inconveniente y así completaban toda la ocupación.

La chica del pelo rosa, fue la última en subir, y encontró el único hueco que quedaba en el autobús, que era justamente el que estaba al lado de Celia. La regaló una bonita sonrisa al sentarse, y un saludo muy efusivo. Celia la respondió de la misma manera. Desde ese momento, surgió una buena

conexión entre ellas.

- ¿Tú si eres de mi grupo, verdad? – preguntó la chica con entusiasmo.

- Sí, somos chicas de Luis – contestó Celia con tono de humor.

- ¿Es la primera vez que viajas a Suiza?

- Sí, tenía muchísimas ganas de hacer este viaje – respondió Celia.

- ¿Y tú?

- Yo, también. Es un país que tenía mucha ilusión por conocer, y me habían hablado maravillas de los paisajes.

- Perdona, que ni nos hemos presentado..., me llamo Celia.

- Yo Idoia, ¡encantada! – dijo muy eufórica, mientras la saludaba con dos besos.

En ese momento, el chico con aspecto despistado, que estaba sentado dos filas más adelante, se giró hacia ellas, y las miró muy sonriente.

Luis volvió a coger el micrófono y comenzó a explicarles todo lo que iban a ver en el recorrido.

- Si miráis hacia la derecha, veréis el Parc de bastions, donde observaréis a personas que juegan al ajedrez con unas enormes piezas, que seguro no habíais visto antes. Es muy peculiar. En este parque está el conocido muro de los reformadores, adosado a una de las viejas murallas que fueron construidas para defender la ciudad, en el siglo XVI. El monumento tiene una altura de cinco metros, y es

una pared de piedra grabada con bajorrelieves. Luego lo podremos contemplar dando un paseo por el parque.

Celia observaba muy atenta todo lo que comentaba Luis, y le hacía señales a Idoia para que mirase por la ventanilla, y viera jugar al ajedrez gigante, a dos señores, que parecían estar muy concentrados, ambos de pie, mirando las piezas, a ver quién conseguía el jaque mate.

El autobús continuó su recorrido, y giró hacia una calle muy larga, donde se divisaba de lejos, el lago Lemán. Todos se incorporaron de sus asientos, expectantes de encontrarse muy de cerca, el famoso Jet d'eau, el símbolo de la ciudad, un chorro de agua de ciento cuarenta metros, al que todos miraron con asombro, al comprobar la fuerza y la velocidad con la que salía el agua.

- Para vuestra curiosidad, puede lanzar quinientos litros de agua por segundo, a una velocidad de doscientos kilómetros por hora – apuntó Luis.

Si miramos ahora hacia la izquierda, nos encontraremos con el precioso reloj de flores, un homenaje a la tradicional industria relojera de Suiza. Este reloj cambia de imagen cuatro veces al año, dependiendo de la estación. Está formado por más de seis mil flores, de una gran diversidad de colores. A modo de curiosidad, os diré que este reloj está configurado a través a un satélite electrónico que ajusta la hora; su segundero es el más grande del mundo, mide dos metros y medio.

Idoia soltó un “guau” muy sonoro, y de nuevo, el chico que parecía prestarle más atención a ella, que al guía, se dio la vuelta y sonrió.

Continuaron el recorrido pasando por el palacio de las naciones, donde pudieron ver la Sede de la ONU. Celia se quedó embobada viendo la espectacular escultura de la silla con tres patas, en la plaza de las naciones. Más tarde, entraron a visitar la catedral de San-Pierre, el barrio de Les Grottes, y dieron un paseo por el casco histórico de Ginebra.

Regresaron al hotel, cerca de las ocho de la tarde. Idoia y Celia no pararon de charlar durante toda la excursión, y se despidieron con mucha complicidad, mientras abrían las puertas de sus habitaciones, una al lado de la otra.

Celia se quitó las zapatillas de deporte, se metió en la ducha, y se quedó tan relajada en la cama, que cerró los ojos y suspiró, recordando todo lo bueno que la estaba aportando ese viaje. Apenas tenía hambre, después de la súper merienda que se tomaron en una cafetería, antes de subir al autobús, de regreso al hotel.

Sacó el móvil de la mochila, y después de revisar las tropecientas fotos que había hecho de todo, se puso a eliminar muchas de ellas, y se quedó con la mitad. Hubo una que le encantó; un selfie, que se hizo con Idoia en el reloj de las flores. En ese momento se lamentó de no haberse hecho ninguna fotografía con Manuel; le apenó no tener ningún recuerdo de ese hombre tan entrañable.

Segundo día. Vuelvo de la visita guiada por Ginebra, me ha gustado, es una ciudad muy cosmopolita. Sergio, ¡he visto un reloj que te volvería loco!, pero tenía muchos ceros, y no me daba con lo suelto que llevaba (soltó una carcajada). He estado paseando por el Lago Lemán, cerca del embarcadero, por el que pasó Sissi, y me he acordado mucho de ti, Vero, sé lo que adoras a ese personaje histórico; cuando el guía nos ha contado la trágica historia, se me han puesto los pelos de punta. Idoia me recuerda mucho a ti, tiene las mismas pecas en la cara, si no fuera por el pelo rosa, diría que es tu clon. Hemos congeniado muy bien, es una chica donostiarra majísima; la verdad es que el grupo es variopinto y Luis, el guía, lo lleva todo muy organizado, ¡ya parece más suizo que español!, nos lleva a rajatabla con los horarios. Corto y cambio por hoy. Os quiero. Un beso.

Soltando lastres

A la mañana siguiente, después del desayuno, se reunieron todos en el hall del hotel, mientras Luis, recogía todas las maletas y las subía al autobús que les llevaría a la estación de tren de Ginebra, rumbo al siguiente destino, Lucerna.

Idoia y Celia subieron las últimas al vagón, esta vez era el número ocho. Miraron los asientos y se alegraron al ver que estaban juntas. Luis las guiñó un ojo, muy cómplice; se había encargado de cambiar el asiento de Celia, al chico moreno de barba, al percibir que ambas habían conectado, e intuyó que les gustaría ir juntas en ese trayecto.

Luis trataba de cambiar las posiciones, entre los distintos destinos, siempre y cuando no fueran parejas, para dar la oportunidad de que se relacionaran mejor entre ellos y se integraran todos en el grupo.

Celia observó que Idoia no paraba de mirar el móvil, y notó que su semblante había cambiado en los últimos diez minutos. La notaba nerviosa y tensa, y parecía estar preocupada por algo ajeno al viaje; sentía mucha curiosidad y a pesar de no tener apenas confianza con ella, no dudó en preguntarla directamente.

- Te noto preocupada, ¿ha pasado algo?

- Bueno..., es una historia un poco larga, un lastre que estoy tratando de quitarme, y que me resta energía, algo que ya estoy tardando demasiado en soltar – contestó Idoia, muy segura de sí misma.

En ese momento, apareció Luis muy sonriente, y saludó a todos, haciendo su recuento habitual.

- ¿Qué tal, cómo estáis, con ganas de ver paisajes de ensueño? – dijo con entusiasmo.

Hoy haremos una visita guiada por Lucerna, y dejaremos la tarde libre, para que podías aprovechar a recorrer la ciudad, merece la pena. A partir de mañana, ya nos adentraremos en los Alpes, y disfrutaremos de unos paisajes de montaña espectaculares. Aunque parece estar muy nublado, las previsiones indican que hoy no va a llover; acabo de ver la temperatura en Lucerna; cuando lleguemos, estará despejado, con una temperatura ideal, de diecisiete grados.

Celia se había quedado ensimismada escuchando a Luis, y ya soñaba con ver esas montañas tan impresionantes. Llevaba años soñando con viajar a Suiza, y estaba encantada de haberse decidido a hacerlo en tren.

Idoia se quedó pensativa, mirando hacia la ventanilla, con un gesto serio. Algo la estaba distrayendo su atención, y le estaba restando la ilusión de ese viaje, que para ella, había significado un reto muy importante, a nivel personal. Apretó sus labios, cogió aire, y exhaló con fuerza. Se sintió más

relajada, y regresó de sus pensamientos, al sentir de nuevo el vaivén del tren.

Celia, prefirió quedarse en silencio, y esperó a que ella se decidiera a hablar.

- ¡¿Sabes que este es el primer viaje que hago en mi vida?! – exclamó Idoia.

- ¿Te refieres al primer viaje, sola?

- Es la primera vez que viajo. Nunca he salido de San Sebastián, no había montado antes en tren, y bueno en avión tampoco... - dijo frunciendo el ceño y moviendo la cabeza- por cierto, lo pasé fatal el otro día. Ya estoy temiendo la vuelta...

- ¡No te preocupes!, entiendo que la primera vez, el avión impone un poco, pero te das cuenta de que no pasa nada, es un medio muy seguro. Los miedos nos los ponemos nosotros con prejuicios tontos y hay que aprender a relajarse más – dijo Celia tratando de animarla.

- Sí, tienes razón, los miedos son nuestro peor enemigo, pero ojalá hubiera un botón que se pudiera pulsar en el momento del miedo y se quitaran, ¡así de golpe! – dijo Idoia con cierto desánimo.

Celia estaba tan extrañada de que fuera su primer viaje, que aún no había salido de su asombro. Esa chica tenía aspecto de tener su misma edad, y parecía muy extrovertida. La costaba creer que no hubiera viajado antes, ya que aparentaba tener espíritu aventurero.

- Perdona que te lo pregunte así, pero... – hizo una breve pausa- ¿cómo una chica como tú, tan risueña y tan moderna, no ha viajado nunca?, es que se me hace tan raro... – preguntó Celia con atrevimiento.

- He tenido una vida complicada, y ahora es cuando me he encontrado segura y con fuerzas para hacer cosas que siempre he querido hacer. Sabes que en la vida, hay personas que nacen con estrella y otras que nacen estrelladas, pues yo soy de ese segundo grupo. Tengo veinticinco años, y siento que ahora es cuando estoy empezando a vivir.

Celia se quedó sorprendida por sus palabras, prestando toda su atención en el tono con el que se expresaba; le había despertado mucho interés y percibió que Idoia se sentía cómoda con ella para seguir abriendo su corazón, ante una desconocida, que la escuchaba atentamente, y sin interrumpirla.

- Llevo muchos años con psicólogos y la verdad es que gracias a la ayuda que me han dado, he podido recomponer todos los pedacitos de autoestima que se me han ido cayendo durante el camino. Desgraciadamente en el siglo veintiuno, los cánones de belleza, nos siguen imponiendo que debemos ser esclavos de tener que ser y lucir perfectos, se lleva más que nunca el postureo, y los guapos y las guapas son los que triunfan y tienen oportunidades en esta vida.

- Tardé muchos años en darme cuenta, que eso no era ser perfecto, perfecto es ser cada uno como es y no tratar de ser otra persona.

- La naturaleza o los genes, mejor dicho, - sonrió irónicamente-, no me dotaron de un buen físico. Siempre fui muy rellenita, y enseguida me etiquetaron; "la gorda" para mis compañeros de clase... - bajó los ojos hacia el suelo, hizo una pausa y prosiguió- ; eso unido a las gafas que me pusieron con doce años, y a los brackets, que también tuve que llevar durante más de dos años, hicieron que fuera un objetivo fácil de burla en el colegio. Bueno, en realidad, éramos dos objetivos fáciles; Jorgito, mi compañero, que también tuvo que aguantar, continuas humillaciones, solo por cometer el gran delito de tener unos pocos kilos de más... El pobre, era tan

bueno, que muchas veces, me defendía y se enfrentaba a ellos, recibiendo más insultos y algún que otro golpe.

- Ir a clase para mí se convirtió en una tortura. Cada día era una incertidumbre, llegaba con miedo al colegio, no sabía cuál sería la siguiente broma, que se les había ocurrido a mis dos compañeros de atrás, para hacer la gracia del día a mi costa. Me sentaba asustada, y no me atrevía ni a girarme. Estaba tensa y esperaba con miedo el momento que se repetía día tras día, ese fuerte tirón de pelo, que me hacía darme con la cabeza en la silla, sintiendo las risas malvadas de esos dos niños con malicia, que se divertían con mi sufrimiento. Alberto e Isaac, aún recuerdo perfectamente sus nombres... - enfatizó Idoia.

- Unos días me manchaban la silla, otros me dejaban notas escritas en mi mesa, con dibujos e insultos..., otros me llenaban de pegamento las patas de la silla - Idoia hizo una pausa y comenzó a emocionarse.

- Mis padres lo pasaron muy mal; todos los días me veían llegar a casa llorando, y yo era incapaz de decirles nada, estaba muy asustada. Me metía en mi cuarto, me ponía música y quería olvidarme del mundo. Empecé a flojear en las notas, y ya no me concentraba como antes. Era imposible quitarme de la cabeza lo que pasaba día a día, siempre había algo por lo que llorar.

- El día que llegué a casa con piedras y barro en la mochila, mezcladas con trozos quemados de mis libros de lengua y matemáticas, sentí una impotencia muy grande; ya no me quedaban más lágrimas en los ojos, se me había congelado todo el cuerpo. Ni siquiera ese día tuve ganas de encerrarme en mi cuarto, solo quería cerrar los ojos, y crearme que aquello estaba siendo una terrible pesadilla, de la que muy pronto despertaría..., pero al abrirlos de nuevo, volví a la cruda realidad, nada más ver la cara de angustia de

mi madre, que en silencio, abría la mochila y me acariciaba sollozando.

- Mi madre no pudo aguantar más, estaba desesperada al verme entrar así. Me abrazó, me dijo cuanto me quería, y cogió las llaves del coche para dirigirse al colegio. Entró indignada, sufriendo por ver a una hija que ya había dejado de ser esa niña dulce y cariñosa, para convertirse en una extraña que vagaba por la casa con apatía y tristeza, como si el resto del mundo no existiera. No lo podía permitir más.

- Con paso firme y haciendo sonar bien sus tacones, se dirigió a la oficina del director. Habló durante una hora con él, y le pidió responsabilidades. No iba a consentir más acoso hacia su hija, y movería Roma con Santiago, llegaría hasta donde tuviera que llegar, para que eso no volviera a suceder, ni a su hija, ni a ninguna otra persona. No iba a permitir que la dignidad de su hija se pusiera en juego para divertimento de personas inmaduras con maldad, que solo disfrutaban, haciendo daño a los demás, sin recibir ninguna llamada de atención ni ningún otro castigo.

- Yo sentí mucho miedo al día siguiente, no sabía que represalias podría recibir, tras el paso de mi madre por allí. Incluso la dije que no me encontraba bien, para evitar ir ese día a clase. Mi madre, como buena madre, no se creyó para nada esa mentira, y me miró muy seria, intuyendo el miedo que asomaba en mi cara; trató de relajarme con un tierno masaje en la espalda y me pidió que me vistiera, mientras me preparaba el desayuno. Aún recuerdo una a una, las palabras que me dijo esa mañana, mientras me terminaba la única tostada, que el estómago encogido, me permitió comer:

“Idoia, mi vida, recuerda esto y recuérdalo siempre, eres guapa por fuera y mucho más por dentro, no permitas

que nadie te pise y te haga inferior a ellos, demuestra que eres más fuerte de lo que crees, y ve con la cabeza bien alta, tienes unos grandes valores, y puedes sentirte muy orgullosa de ellos. Nadie, jamás, podrá cambiar lo que tú eres, un ser único y especial, que vale muchísimo. Sé fuerte y no sientas miedo nunca más, el miedo no te permitirá avanzar, y tú tienes muchas metas que conseguir, cree en ti mi vida, y todo cambiará, sé que puedes hacerlo cariño”.

- Las palabras tan oportunas de mi madre, me llegaron a lo más profundo del corazón. Fueron una gran inyección de autoestima.

- Una vez leí una frase que me encantó, la escribió John Grinder: <<Unas cuantas palabras bien escogidas y dichas en el momento oportuno, pueden transformar la vida de una persona >>. Sin duda, aquellas palabras con tanto amor que me dedicó mi madre, me llegaron en el momento en el que más lo necesitaba, y me calaron muy hondo.

Celia no podía dejar de mirarla. La entereza con la que la contaba ese episodio tan delicado de su vida, la hizo ponerse en su lugar, y compartir con ella esa rabia y esa impotencia, que esa chica con carácter jovial, la estaba relatando, de una forma tan sincera.

- Recuerdo que ese día, cuando llegué a clase, todas las miradas estaban puestas en mí. Escuché risas, cuchicheos, sentí algún objeto volador sobre mi cabeza, y vi un mensaje “gorda chivata”, escrito a rotulador en mi mesa, que trataba de desestabilizarme, pero en ese momento, no lo consiguió. Recordé la frase de mi madre y de repente es como si una fuerza sobrehumana me invadiera y se metiera dentro de mí. Eso, que nunca sabré que fue, me hizo darme cuenta de que algo había cambiado en mi interior y mi comportamiento ya no estaba siendo el mismo.

- Por primera vez, me enfrenté a ellos con la cabeza bien alta, y sin agacharla como siempre hacía. Me di la vuelta y con una mirada desafiante, miré a los dos compañeros, lancé un grito de basta ya, di un golpe muy fuerte en mi mesa, y de repente se hizo un silencio.

- Algo cambió a partir de entonces.

- A partir de ese día, noté cierto cambio en el comportamiento de mis compañeros, y aunque algunos, no me dirigían la palabra, ni eran más amables conmigo, tampoco me trataban de la misma manera. Aunque de vez en cuando, seguía escuchando cuchicheos y algún insulto por lo bajo, ya no volví a sentirme igual de humillada nunca más, y llegaba a casa con otra actitud.

- Aun así, mis padres, muy preocupados por mí, consideraron que me vendría bien la ayuda de un profesional, y me llevaron a visitar a una psicóloga, la doctora Vázquez. Más que una doctora, la considero una amiga. Fue alguien que me trató durante años y me ayudó muchísimo. Aún conservamos una buena amistad.

Idoia tosió de repente, y se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo hablando. Se estaba sincerando con una extraña, pero a la vez, parecía conocer a Celia de toda la vida, y se sentía muy a gusto con ella.

Justo en ese momento, Luis se levantó y se acercó hacia Idoia con un caramelo en la mano.

- Gracias, estoy fatal de la garganta y no paro de hablar como una cotorra – dijo Idoia con tono divertido.

- Me alegro de verdad, que pudieras superar todo aquello, es algo que te debe haber marcado mucho – dijo Celia muy comprensiva.

- Sí, claro que te marca, y aunque no lo creas, te afecta en todas tus relaciones. Es muy importante quererse a uno mismo, y no somos conscientes de que si no nos queremos, el resto tampoco lo hará. Hace tiempo no entendía esa frase, pero ahora créeme que sí, no me canso de repetírmela, día tras día - contestó Idoia con seguridad.

- Durante años, tuve muy poca vida social. Mis dos únicas amigas se fueron alejando de mí, con el tiempo; las pocas veces que salí con ellas, me hicieron sentir el patito feo del grupo, notaba como se separaban de mí cuando ligaban, como si no me conocieran de nada; era como si quisieran evitar que los chicos huyeran, al ver que tenían una amiga gorda, con cuatro tallas más que ellas, que parecía desentonar en el grupo.

- Me encerré en casa, y me dediqué a estudiar, en lugar de divertirme como cualquier chica de mi edad. Se me pasaron los años, sin salir, sin conocer chicos, sin relacionarme con casi nadie y no te imaginas cómo me arrepiento de eso. Siento que perdí mi juventud, aunque pude sacar la carrera con una excelencia, y me siento muy orgullosa de ello. Ahora trabajo en lo que me gusta, soy abogada, aunque por mi aspecto no lo parece, ¿verdad?

- Pues no, ¡no lo habría imaginado! – contestó Celia sonriendo.

- Y ese lastre que decías que querías soltar, supongo que tiene nombre de hombre, ¿me equivoco?

- No te equivocas, sí, Mario se llama el lastre. Alguien que es como el perro del hortelano, ni come ni deja comer. Lo dejamos hace

un año, pero sigue insistiendo, no se cansa... No ha sido capaz de aceptar que lo nuestro se acabó, que no me merece. Aun piensa que sigo siendo la misma chica ingenua y enamorada, que se dejaba llevar a su conveniencia, y que aguantaba sus desplantes y sus mentiras.

- ¿Te desenamoraste de él? - preguntó Celia.

- Sí, hace mucho tiempo. Cuando salí de la universidad, ya me sentía con más confianza, más segura de mi misma. Seguía con mis terapias, una vez al mes, y me encontraba muy reforzada. En la consulta de Eva, mi psicóloga, conocí a Mario. Él es su hermano.

- Cuando nos conocimos, yo había adelgazado casi quince kilos, y había cambiado completamente de estilo de ropa. Me había vuelto más juvenil, y no tan clásica como siempre había sido. Me sentía más guapa. Además, llevaba ya tres años con lentillas, y me gustaba maquillarme los ojos, mucho más que antes.

- Mario fue muy diferente al comienzo de la relación, y poco a poco fui descubriendo su verdadera cara. Al principio era muy cariñoso, me trataba bien, buscaba cualquier rato para pasarlo conmigo, tenía muchos detalles..., pero eso le duró muy poco tiempo.

- Luego ya apareció el verdadero Mario. Una persona egoísta y soberbia, que solo pensaba en sus intereses y se olvidaba por completo de los míos. A veces, cuando discutíamos, me gritaba, y es algo que desde el primer día, tuve claro que jamás volvería a permitir de ninguna persona, las faltas de respeto. Era muy celoso, y cuando bebía un poco, se volvía un poco agresivo; siempre estaba dispuesto a pelear con alguien, cualquier chico que simplemente me mirara, o que me preguntara cualquier cosa, recibía de su parte una mirada desafiante y un gesto de amenaza. En más de una ocasión

llegó a pelearse con chicos, que solo se habían acercado a mí para saludarme, sin más. Esas situaciones me hacían sentir muy incómoda.

- Después hubo varios episodios más, donde me ridiculizaba delante de sus amigos e incluso de su familia, para ganarse su minuto de gloria. Aquello fue el detonante que me hizo tomar la decisión de romper esa relación tóxica, que no me estaba aportando nada.

- Se sorprendió cuando le dije que no quería continuar con la relación. Le di una buena lista de razones y argumentos que había estado reteniendo en mi memoria; se quedó boquiabierto y me pidió perdón, llorando, como un niño pequeño. Pero ya era tarde, muy tarde. Yo ahora me quiero lo suficiente, para saber que merezco algo mejor, como diría mi padre, no quiero medios días, habiendo días enteros.

Celia, la hizo un gesto de aprobación con la cabeza, y la felicitó por ser tan segura y valiente. La veía como una heroína que se había rebelado contra la sociedad más intolerante, y ese color de pelo fuera el estandarte que la recordaría día a día su lema: “porque yo lo valgo”.

- Es curioso cómo sin darnos cuenta, nos volvemos sumisas a los intereses de tu pareja, y al sentirnos inferiores, y no tener una buena autoestima, nos vemos obligadas a ser otra persona que no somos. Nos vestimos de una manera distinta, para gustarle a él, nos maquillamos más, para gustarle a él, nos esforzamos por ser perfectas, para que él se sienta orgulloso, bla bla bla..., y cuando despiertas un día, descubres tu verdadera valía, y ves que la persona que tienes delante, no te respeta, no te valora, no te admira, no te responde como tú te mereces, no se ha enamorado de ti, sino de una mujer de fantasía, y además no te suma, sino que te resta; lo ves claro, y lo dejas ir, ese lastre ya no lo quieres en tu vida.

- Pues sí, lo importante es poder darte cuenta a tiempo, y no

sufrir demasiado – intervino Celia.

- ¡Claro, pero eso es más fácil cuando te quieres más!, esa es la clave. Es como si de repente se te cayera la venda de los ojos, y todo es de otro color diferente a cómo lo estabas viendo.

- Este viaje para mí era importante, quise demostrarme a mí misma, que puedo superar la barrera de los miedos, esa que sin querer, te pones gratuitamente, pero por la que tienes que pagar un gran peaje. He vuelto a recuperar la ilusión por las cosas, y quería darme la oportunidad de cerrar una etapa e iniciar otra nueva que me llene de nuevos propósitos, y experiencias que me aporten luz a mi vida, y no esa oscuridad en la que ya no quiero estar.

- Me encanta escucharte, cuánta razón tienes Idoia, qué bueno que nos demos cuenta y seamos capaces de reaccionar hacia otro rumbo – contestó Celia sintiéndose algo identificada.

La pantalla anunciaba que ya estaban llegando a Lucerna, y ambas se miraron con un gesto de complicidad.

Luis se levantó, y les pidió que recogieran todas las pertenencias, bajaran del tren y se quedaran todos juntos en el hall de la salida de la estación, mientras contactaba con el conductor del autobús, que les recogería para comenzar la visita panorámica por Lucerna.

Al igual que el día anterior, realizarían una visita guiada por la ciudad, y dejaría la tarde libre para que pudieran pasear y hacer algunas compras si querían.

Celia continuaba muy unida a Idoia, y en el autobús se sentaron juntas. La mujer rubia, que también viajaba sola, hizo varios intentos de intervenir en sus conversaciones, tratando de llamar su atención y con ganas de compartir un rato de charla. Se la veía algo tímida, y apenas se relacionaba con nadie, solo con el guía, al que no paraba de preguntarle cosas sobre Suiza.

- ¡Qué paisaje tan bonito hemos visto en este recorrido!, ¿es

precioso todo, verdad? – preguntó en alto la mujer, que estaba sentada detrás de ellas.

- Sí, la verdad que sí, y ¡aún nos queda ver lo más espectacular, ya estoy deseando! – contestó Celia con entusiasmo.

Luis cogió el micrófono, y saludando de nuevo al grupo, les comenzó a hablar sobre los sitios por los que estaban pasando.

- Lucerna para mí, es una de las ciudades más bonitas de Suiza. Tiene un encanto especial.

Si miráis hacia la izquierda, veréis el precioso puente de la capilla, el Kapellbrücke. Es un puente de madera, se dice que el más antiguo de Europa. Este puente conectaba la ciudad vieja con la nueva, separadas por el río Reuss. Cuando lo crucéis, fijaos en el techo, y en las pinturas que representan la historia de Lucerna. Desde aquí ya se puede apreciar que está adornado de flores por todo alrededor, que le da una belleza asombrosa.

Al fondo vemos la Torre del agua, con forma octogonal, el otro símbolo de la ciudad, construido con piedra y techo de madera. Lucerna es una pequeña ciudad en la que merece la pena perderse, y descubrir esos rincones tan peculiares.

Terminaron de hacer la visita guiada, y Luis les dio varias indicaciones para poder llegar al hotel, que estaba bastante céntrico. Algunas personas se quedaron en el autobús y prefirieron continuar hacia el hotel, pero Celia e Idoia decidieron bajarse y pasear libremente por ese precioso lugar.

- ¿Os importa que me vaya con vosotras? – preguntó la mujer rubia.

- ¡Para nada, claro que sí! – contestaron a la vez Celia e Idoia.

- Por cierto, me llamo Charo.

- Ella es Idoia y yo Celia, ¡encantada! – contestó Celia, mientras la daba dos besos.

Estaban deseando cruzar el puente. Aunque les costó un poco cruzarlo, por la cantidad de gente que había. Igualmente, pudieron disfrutar de una maravillosa vista desde dentro, de las pinturas en el techo y de la decoración de flores que daban ese toque tan especial al puente.

Charo comenzaba a sentirse más cómoda y relajada, y congenió bastante bien con sus dos compañeras de viaje. A pesar de la diferencia de edad, se sentía muy joven y con vitalidad, para seguir las el ritmo, y disfrutar de cada rincón por el que pasaban; ese viaje la había rejuvenecido aún mucho más.

En un momento muy distendido, mientras se hacían selfies y charlaban de los hombres del grupo, Charo las confesó que se sentía muy atraída por el moreno de la barba, que la parecía un hombre muy misterioso y bastante sexy. Aún no había intercambiado ni una palabra con él, salvo el “buenos días” de rigor, de todas las mañanas.

Después de pasear por la ciudad, llegaron al hotel cerca de las diez de la noche.

Celia estaba cansada, y al tumbarse en la cama, se le fueron cerrando los ojos, pero de repente se incorporó, al recordar que se había olvidado de grabar su audio diario.

Tercer día. Buenas noches chicos. ¿Me echabais de menos, verdad? Hoy he estado en Lucerna, una pequeña ciudad con un encanto especial, nos la hemos recorrido enterita. Silvi, te encantaría haber pasado por ese puente lleno de flores, ¡a ti con lo que te gustan los puentes de madera!. Mi nueva más mejor amiga, Idoia, cada día me sorprende más, es una luchadora, me transmite muy buen rollo, tiene energía a raudales; es una mujer con un pasado duro, pero del que ha sabido muy bien resurgir como el ave Fénix. ¡Qué viva la autoestima, y a quererse mucho más!. Mañana subo a las montañas, que he quedado con Heidi y Pedro, ya os voy contando. Un beso.

A la mañana siguiente, Luis llegó tan puntual como siempre. Hizo su recuento matutino, y echó en falta a Jorge, el chico con cara de bueno y despistado, que no paraba de lanzar miraditas a Idoia, durante todo el viaje. Se extrañó al no verle, ya que hasta ahora, siempre había sido el más formal, y solía ser el primero que aguardaba con su maleta, a que llegara el resto.

Pidió al recepcionista que marcara el número de su habitación.

Efectivamente, el muchacho se había dormido, y no le había sonado la alarma del móvil. A los diez minutos, apareció bajando las escaleras con rapidez, maleta en mano, y con gesto avergonzado, por provocar el retraso del grupo.

- Jorge, ¡cambia de móvil o cómprate un buen reloj suizo, esos nunca fallan! – exclamó Luis con tono divertido.

- Lo siento, lo siento mucho, perdonad – dijo con mucha timidez.

- No te preocupes, eso nos puede pasar a cualquiera – intervino Idoia, mirándole con cierto coqueteo, y recibiendo la sonrisa de Jorge.

Celia, que era muy observadora, percibió algo ahí; algo que le hizo intuir, que el amor estaba en el aire, como decía la canción.

- El caso, es que la cara de ese chico me suena muchísimo, no sé, me da que le he visto antes – dijo Idoia a Celia, mientras miraba a Jorge y se apoyaba pensativa en la maleta.

Charo que se había leído el programa, de pe a pa, las comentó sobre la excursión que tenían prevista hacer ese día.

- ¡No, por favor, no me cuentes nada Charo!, me gusta más que todo me sorprenda en el mismo momento – exclamó Celia.

- Vale, vale, entonces se lo contaré al oído a Idoia solamente – dijo sonriendo Charo.

Llegaron a la estación, donde cogieron el tren cremallera, que les llevaría a las cimas del Monte Pilatus, una de las cumbres más altas de Suiza. Luis les había hablado durante el trayecto hasta allí, que se trataba del tren más empinado del mundo, y que las personas que sufrieran de vértigo, o tuvieran miedo a las alturas, se pensarán bien si hacerlo o no, aunque él sin duda, lo recomendaba cien por cien. No se podían perder las vistas tan espectaculares de los Alpes suizos.

Celia estaba ansiosa por subirse a ese tren, y quedarse con la boca abierta, contemplando esa maravilla de la naturaleza.

El recorrido fue impresionante, y ninguna de las tres, tenía palabras suficientes para describir tanta belleza. Había una mezcla de sensaciones en el vagón, adrenalina, miedo, excitación, silencio; pero todos coincidían en lo mismo, aquello era un espectáculo y eran afortunados por poder disfrutarlo.

Idoia no paraba de hacer fotos, mirando de un lado a otro, a cuál más bonito y majestuoso, y agarrándose a cada asiento, al notar que la inclinación, la podía hacer llegar rodando hacia abajo. Las montañas se acercaban lentamente mientras el sonido de los flashes y las cámaras, hacían eco en las alturas.

Charo observaba como el chico de la barba, se quedaba pensativo frente al cristal, como si estuviera inmerso en un sueño profundo, del que no quisiera despertar. Se sentó a su lado, pero no quiso romper ese silencio. Simplemente, se mantuvo callada y con los ojos muy abiertos, contempló al igual que él, la maravillosa escena.

La madre y la hija, muy compenetradas, se intercambiaban los móviles, mientras se hacían fotos juntas en el tren, contemplando las montañas desde el punto más alto, que jamás habrían imaginado estar. Marta, sintió miedo, cuando comenzaron a ascender, y prefirió quedarse quieta en su asiento, con la mirada fija en las vías que impulsaban el tren hacia la cima. Sofía, su madre, por el contrario, se divertía con las pendientes de vértigo, disfrutando de las nieves perpetuas en lo alto de las montañas, el color verde de los valles, la luz del sol que entraba radiante por las ventanas y unas pocas nubes que dibujaban el cielo, haciendo más maravillosas las vistas.

Aun, asombrados por la belleza espectacular del paisaje, llegaron a la cima, accediendo a una gran terraza exterior, con varias tiendas de souvenirs,

y cafetería. El grupo, cada vez más unido, intercambiaba sus impresiones, en un ambiente muy distendido y cercano entre ellos.

Idoia y Jorge se cruzaron en una de las tiendas, y comenzaron a entablar una larga conversación, que duró hasta que subieron de nuevo al tren, con destino a Zurich, que era la próxima parada del recorrido.

- Me suena mucho tu cara, ¿de dónde eres? – preguntó Idoia muy directa.

- Soy de Vitoria, pero he vivido mucho tiempo en San Sebastián.

- ¡Ves, sabía yo que tu cara me era familiar! Yo también vivo en San Sebastián – dijo ella muy sorprendida.

Jorge empezó a poner una sonrisa muy pícara y quiso seguirle la corriente, sin desenmascarar nada de su fortuito encuentro...

- Pues lo mismo, nos hemos visto por Donosti, ya sabes que en esa ciudad, nos conocemos casi todos - dijo Jorge muy distendido y sonriendo.

- Uy, ¿y esa sonrisa? Pero... ¿por qué te ríes, tú me conoces a mí de algo y yo no te estoy reconociendo, es eso? ¡Venga, va!, que me tienes muy despistada.

- Nada, nada, te toca pensar un poco más, no te lo voy a poner tan fácil – contestó Jorge.

- ¡Ah, ya sé..., eres el hermano de Coro, ¿a qué sí?! – preguntó Celia convencida.

- No, frío, frío, mi hermana se llamaba Noelia, pero

desgraciadamente ya no está con nosotros...

Jorge se quedó en silencio y miró hacia otro lado, tratando de que la pena por el recuerdo de su hermana, no le robara protagonismo al momento que estaba viviendo con Idoia.

Idoia se dio cuenta enseguida de su reacción, y quiso darle la importancia que merecía.

- Perdóname, no sabía que había fallecido, lo siento mucho. ¿Cuánto tiempo hace de ello?

- Hace tres años. Tuvo un accidente de tráfico. Iba con unos amigos, y el conductor, que conducía ebrio, se chocó contra la mediana. Paradojas del destino, el conductor era su novio, y estaban a punto de casarse. Él salió ileso del coche, los amigos sí sufrieron alguna lesión, aunque pronto se recuperaron, pero mi hermana no tuvo la misma suerte – contestó Jorge con impotencia.

- Lo siento muchísimo, imagino que debió ser un gran palo para ti y para tu familia.

- Lo fue, fue un palo enorme, mi hermana tenía solo veintitrés años, era deportista de élite, y tenía mucha ilusión por perseguir sus sueños. Pero alguien, que desde luego demostró no quererla demasiado, quiso truncar su futuro, en un segundo.

Jorge se emocionó, pero quiso volver de nuevo a la conversación con Idoia.

- Pero bueno, no quiero tristezas, y menos aún, amargarte el día.

- Para nada, te agradezco que hayas compartido conmigo algo así, y me alegra oírte hablar con esa aceptación y calma. La vida sigue y hay que ser fuerte para superar esos duros golpes – dijo Idoia muy comprensiva.

- Así es, pero como bien dices, hay que tirar para adelante y aprovechar cada minuto que estamos aquí. La vida cambia en un segundo, y no nos damos cuenta. Lo decimos cientos de veces, y lo oímos decir a los que tenemos alrededor, pero de verdad, que no somos conscientes de lo vulnerables que somos. Hay que aprovechar cada momento como si fuera el último.

- Es verdad, estoy contigo. Nos damos cuenta, solo cuando pasa alguna desgracia que nos toca de cerca, solo ahí pensamos en ello, pero luego se nos olvida – opinó Idoia.

Idoia se quedó mirándole, con los ojos muy abiertos y con la mano en la boca, tratando de averiguar de qué conocía a ese chico, que estaba resultando ser, un inquietante misterio por resolver.

- Y bueno, a lo que íbamos..., entonces ¿ya sabes quién soy o todavía tienes dudas? – preguntó Jorge rompiendo ese momento amargo.

- ¡Anda va!, que ya se me están quemando las neuronas de tanto pensar, por favor, dime de qué te conozco, no se me ocurre nada más. ¿Trabajas por el barrio de Gros?

- No, trabajo cerca de la playa de Ondarreta. Veo que no estás muy fina... – dijo Jorge riéndose a carcajadas.

- Joo, en serio va, dime de qué me conoces tú, que ya me estoy poniendo nerviosa...

- Tanto he cambiado, ¿que ni me recuerdas? – preguntó Jorge.

- ¡Y dale otra vez, que no, que no caigo!, lo siento...- le miró con ojos de niña buena y un poco avergonzada. Me suena mucho tu cara, pero no te ubico.

- Soy el que te daba bocadillo en el recreo, el que te dejaba copiar mis dictados, el que te borraba cosas feas de tu mesa, el que te hacía reír cuando llorabas, el que te esperaba en la puerta y te acompañaba a la verja, el que te escribía poesías y te las guardaba en tu cartera, el que sufría contigo los insultos y las risas de aquellos miserables, que no nos dejaban tranquilos, solo porque éramos un

poco diferentes...- dijo Jorge en tono algo más serio.

Idoia se quedó perpleja al escucharle. Enmudeció en ese momento, y las lágrimas comenzaron a recorrer su rostro.

Comenzó a visualizar, perfectamente, la cara redondita de ese niño tan bueno, que quince años atrás, la tendía su hombro para llorar y estaba siempre a su lado. No podía dar crédito que ese chico, que estaba frente a ella, tan guapo y tan seguro de sí mismo, era su compañero Jorgito, por el que tanto cariño había sentido.

- ¡Me has dejado sin palabras! estás tan cambiado..., siento mucho no haberte reconocido.

- No pasa nada, es normal, ya han pasado casi quince años. Tú sin embargo, sigues conservando la misma expresión de los ojos. Estás muy cambiada, y el pelo rosa te sienta muy bien, pero conservas aun la esencia de aquella niña, que tanto me encandiló.

Idoia se puso muy nerviosa, y no sabía bien si todo eso era una broma, y luego le iban a traer las flores al grito de “Inocente, Inocente”, o en realidad ese hombre, la había perseguido hasta allí, como un loco enamorado, con la ilusión de un niño. Aunque eso último lo veía muy de culebrón y quería bajar a la realidad.

- ¿Y ahora no me irás a decir, que este encuentro no ha sido fruto de la casualidad? – preguntó ella con asombro.

- Pues, quien sabe, puede que sí o puede que no – Jorge rio a carcajadas.

- ¡Venga ya!, te estás quedando conmigo, ¿no?

- No, en serio, ya había hecho la reserva de este viaje, hace un mes o así, y el viernes pasado, me encontré con mi ex compañero Iñaki, amigo de tu prima Iratxe, y al preguntarle por ti, me dijo que

todo te iba muy bien, que trabajabas como abogada, y me comentó que ibas a hacer un viaje a Suiza. No sabía si sería el mismo circuito que el mío, pero me hizo ilusión pensar que pudiéramos coincidir. La verdad es que ha sido casualidad que hayamos coincidido, ¡he tenido mucha suerte por lo que veo! – exclamó con entusiasmo.

- ¡Joder, me tienes alucinada! ¿Y tú te dedicas a la videncia o lees el futuro? – dijo Idoia riéndose.

- Qué va, no tengo esos poderes, tengo un trabajo más aburrido..., lo único que veo son números y algoritmos, soy programador informático.

- ¿Y por qué no me has dicho nada hasta hoy?

- Porque tenía la ilusión de que me reconocieras – contestó Jorge con humildad.

- Vaya..., ahora me siento peor todavía, está claro que ser observadora no es mi fuerte... Es cierto que me sonaba mucho tu cara, si eso te vale un poco.... – dijo Idoia con cara de buena.

- Nada, nada, no lo has arreglado, pero no te preocupes, no es un drama. La cosa es que me alegro de haber coincidido contigo, y sobre todo, me gusta verte tan segura de ti misma y tan guapa – exclamó Jorge demostrando dejar atrás su timidez.

Idoia sintió un calor que le subía por todo el cuerpo, y sin mirarse, sabía que las chapetas, las tenía rojas como un tomate.

- Gracias, yo también me alegro muchísimo de volver a verte, y me hace ilusión que hayamos coincidido en este viaje – dijo Idoia, aun sin poder cerrar la boca, y coqueteando con el pelo, provocando

la sonrisa de Jorge.

Celia observó a su nueva amiga, muy ensimismada con el muchacho, y no quiso interrumpirles, así que, muy sonriente, se dirigió a su asiento, y Charo decidió acompañarla en ese trayecto. Ambas conectaron bastante, y habían descubierto tener muchas aficiones en común, como el baile, el cine y la lectura.

Tropezando con la misma piedra

Eran las tres y media de la tarde, cuando el tren partió hacia Zurich.

- Qué bonito todo, qué sensación más agradable, ¡hacía tiempo que no disfrutaba tanto! – dijo Charo ilusionada, pero a la vez con cierta amargura.

- ¿Hacía tiempo que no viajabas? – preguntó Celia con curiosidad.

- Sí, bastante... contestó Charo con desazón.

Celia se quedó sorprendida, le costaba creer que una mujer como ella, que aparentaba ser sociable, culta, y mostraba tanto entusiasmo por las cosas, no conociera más mundo. Sin duda, la pareció demasiada coincidencia porque esa parte también la había escuchado de Idoia.

- Creo que no salgo de España, desde mi luna de miel, hace ya diez años.

- Con Felipe, el destino siempre era el mismo, ir al pueblo; todos los veranos igual, de ahí no salíamos. Es verdad que durante unos años, en los que él estuvo en paro, nuestra economía no era buena, y teníamos que apretarnos el cinturón para llegar a fin de mes. Pero yo seguí trabajando sin parar, haciendo horas y horas, para que pudiéramos pagar los recibos y todos los gastos de la casa. Él sin embargo, tenía el bolsillo roto, y todo lo que yo le daba, se lo

gastaba en sus vicios...

- Cuando comenzó a trabajar de nuevo, no reparaba en lo que a mí me ilusionaba, y nunca fue un hombre de detalles. Llegaba mi cumpleaños o nuestro aniversario, y jamás me regalaba nada. A veces con mis amigas, y mi familia, tenía que mentir diciendo que me había regalado esto y lo otro, para aparentar normalidad, pero por dentro me moría de pena. Lo de viajar, por supuesto, que era algo que no estaba en su plan de vida, y siempre me contestaba lo mismo, "que para qué gastar tanto dinero, si en el pueblo se estaba mejor...".

- La casa era de sus abuelos, una casa muy antigua, con los techos de maderos, y el suelo de piedra, con grietas por todos sitios, que tampoco quiso arreglar, por no gastarse los cuartos, como él decía. Las paredes estaban que se caían a trozos, y cada vez que íbamos, me pasaba días limpiando sin parar. Cuando ya lo tenía todo ordenado y limpio, nos teníamos que volver.

- Yo empecé a doblar turnos en la fábrica, para poder ganar más y Felipe también comenzó a trabajar los fines de semana, de camarero. Durante unos años, pudimos conseguir unos ahorros, con intención de reformar la cocina y el baño de nuestra casa. También le convencí para arreglar un poco la casa del pueblo, pero antes, le pedí que nos fuéramos una semana de vacaciones a algún sitio diferente; le propuse irnos a Tenerife. Había encontrado una gran oferta y nos salía muy bien de precio; además, en ese momento, sí nos lo podíamos permitir. Pero me dijo que no, que él no veía sentido gastarse tanto dinero en aviones, y que luego allí tendríamos muchos gastos.

Charo de repente, cambió el gesto de la cara, y se puso bastante tensa.

- Me empecé a cansar de sus negativas, de su egoísmo, y una tarde me planté. Le dije que si no quería venir conmigo, que yo me iría con mi hermana a Tenerife. Ya estaba cansada de que no me

atendiera, que no me escuchara, que no me tratara como me merecía, y que no hiciera nada que pudiera hacerme feliz. Se dedicaba solo a ver la tele, el fútbol, y a tener la mesa siempre puesta; nunca me ayudaba con las tareas de casa, y solo le importaban sus vicios...

Celia se incorporó del asiento, y se quedó muy intrigada con la última frase.

- Se quedó callado y no me contestó. Esa actitud impasible, era muy habitual cuando algo no le interesaba. A la semana siguiente, mi hermana me acompañó al banco para sacar dinero y pagar la reserva del viaje a Tenerife. Mi sorpresa fue, que solo había cien euros en la cuenta, cuando días antes, teníamos cinco mil euros ahorrados. Esa fue la gota que colmó el vaso. Esa tarde le esperé en casa, echa un manojo de nervios y con bastante rabia contenida. Riéndose en mi cara, me confesó que se había gastado todo el dinero en el bingo, y que sentía mucho que no pudiera irme de viaje...

- La impotencia que sentí en ese momento, me impidió reaccionar y por fin fui consciente de una vez, que esa persona, no solo estaba arruinando mi casa, sino también mi vida. Hacía mucho tiempo que ya había dejado de desear a Felipe, y tampoco estaba enamorada de él. Tan solo me encontraba en mi zona de confort, y me daba miedo salir de allí. Llevábamos juntos muchos años, y me había acostumbrado a él, pensando que sería difícil encontrar a alguien mejor. Estuve ciega durante muchísimo tiempo, y aguantando que mi dignidad como mujer, fuera perdiendo toda su fuerza. Pero afortunadamente, en aquel momento, mis lágrimas me devolvieron la luz a los ojos, para ver con claridad, que esa relación estaba más que rota, y me di cuenta por fin, que ese no era el hombre que yo quería en mi vida. Me armé de valor, hablé con un abogado, y me divorcié a los tres meses. Felipe no me lo puso nada fácil, y me hizo sufrir hasta el último día, pero jamás me arrepentiré de esa decisión.

- Durante dos años, estuve viviendo en casa de mi hermana Clara, y pude ahorrar lo suficiente, para alquilarme una casa, que es

en la que ahora estoy viviendo.

- ¡Qué bien, cuánto me alegro que te pudieras dar cuenta de que ese hombre no era para ti! – intervino Celia con decisión.

- Sí, desde luego qué razón tiene la frase de que “no hay más ciego que el que no quiere ver”, y eso me pasaba a mí. Pero afortunadamente, siempre hay algo que definitivamente te abre los ojos. Aunque yo en el tema del amor, no he sido muy avispada que digamos. Dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, ¿pues qué razón tiene quién inventara esa frase!...– dijo Charo con media sonrisa.

- Después de superar lo de Felipe, volví a darme otra oportunidad, cuando ya pensaba que el hombre de mi vida, no estaría apuntado en la lista de Cupido. Mi hermana me presentó a un amigo suyo, Santi, y estuvimos saliendo tres meses. Todavía no sé porque lo dejé con él, cuando era el hombre más dulce y cariñoso que jamás he conocido. Todavía hoy, no comprendo que fue lo que me llevó a tomar la decisión de cortar con él. Quiero pensar que aunque yo pensara que sí, quizás aún no estaba preparada para iniciar una nueva relación, y me encontraba insegura, y con muchos miedos. Incluso desconfiaba del amor, que parecía sincero por parte de Santi, aunque llevábamos poco tiempo saliendo.

- Mi compañera del trabajo, Mónica, estaba muy obsesionada con las redes sociales, y con las páginas de encuentros. No paraba de hablarme de sus últimas citas y me insistía todos los días, que era una buena oportunidad para conocer chicos y seguir en el mercado, como ella decía. Según Mónica, tener más de treinta y cinco años, ya te limitaba para ligar y esas páginas te ayudaban de una forma cómoda, desde el sofá de tu casa, a encontrar personas con tus mismos intereses, buscar nuevas experiencias, sin comprometerte a nada.

- Jamás estuve de acuerdo con ella, y lo que decía de la edad, me parecía totalmente absurdo. ¡Madre mía, ahora que tengo cincuenta, lo que daría yo por quedarme siempre entre los treinta y los cuarenta!

- Para mí la magia de las relaciones, surge de la chispa, de lo visual, del tacto, del olor, de la conexión entre las personas; de sentir como todo fluye de forma natural, y sin forzar nada; Eso no se puede ver a través de una pantalla.

- Pese a todo, un buen día, por no escucharla más, decidí apuntarme a una de esas páginas, y quise probar. Rellené ese interminable cuestionario de preguntas, y subí una foto, en la que no estaba especialmente favorecida. A punto estuve de cambiarla por otra, en la que estaba monísima, pero habían pasado ya diez años de la foto, tenía el pelo moreno, y no era plan de engañar al personal... Posiblemente, yo sería de las pocas que pusieran un poco de verdad en esa página, ni me quité años, ni me inventé nada.

- Fue sorprendente, como en menos de una hora, había recibido más de diez mensajes. No me lo podía creer. Te diré que, me hizo más ilusión de lo que esperaba, aunque nunca se lo confesé a Mónica.

- Uno de los mensajes me llamó la atención, por su original pregunta: << ¿Te gustan más las rosas o las margaritas?>>. Sin duda, se le veía muy experimentado en el arte de la seducción y de atraer la atención; no tardé nada en contestarle. << No me gustan las flores>>. Debí de dejarle loco al muchacho, que tardó más de diez minutos en reaccionar. ¡Me encantan las flores!, pero había que ponerle el camino más difícil, a ese presunto Don Juan, conquistador de

corazones ansiosos por una cita.

- Después de casi dos horas intercambiándome mensajes con él, me di cuenta de que el tiempo se me había pasado volando, y estaba ilusionada como una jovencita quinceañera. Entre tanto, también había contestado a otros dos chicos, uno con pinta de chulo de playa, y otro con cara más angelical. Al final, me equivoqué, al prejuizar a alguien, solo por su imagen; el “chulo de playa”, resultó ser un chico encantador, muy educado, con mucha gracia y con el que tuve una conversación muy interesante. A los dos días, volví a entrar en la página, y allí estaba el de las flores, como si me estuviera esperando; al ver mi botón de conectado, me envió un mensaje inmediatamente. Fue muy directo << Me apetece verte, ¿tienes algún plan este sábado?>>. Yo siempre había sido muy desconfiada para estas cosas, pero algo me dijo que quedara con él.

- A los dos días, tuvimos nuestra primera cita, y Alberto me gustó. Era tal cual aparecía en la foto, aunque con unos cuantos kilos de más, y las canas ya asomaban por su pelo negro, pero le daban un aspecto muy interesante. Me contó que era divorciado, y tenía una hija de ocho años, que vivía con su madre. Me interesaba mucho saber cómo era la relación que tenía con su ex, y le pregunté muy abiertamente sobre todo. Me dijo que normal, que no tenían demasiado trato. Lo que más le importaba en la vida era que Paula fuera feliz, y por el bien de la niña, quería mantener una relación cordial con la madre de su hija.

- Quedamos para comer, y luego fuimos al cine. Ya nos habíamos contado tantas cosas, por el chat, que parecía que nos conocíamos de más tiempo. Hubo bastante atracción y me sentí muy a gusto con él. A partir de ese día, fuimos quedando con más frecuencia, y comenzamos a salir, más en serio, dos meses después.

- ¡Qué casualidad!, mis amigos Silvia y Sergio también se conocieron en una página de internet, y llevan ya dos años felizmente casados – intervino Celia.

- Me alegro mucho por ellos..., a veces no es oro todo lo que reluce... - dijo Charo en un tono irónico.

Celia se incorporó en el asiento, y la miró con expectación e incertidumbre. El gesto de Charo había cambiado por completo, y ya no parecía la mujer bromista, que minutos antes, la relataba con gracia, sus aventuras por la red.

- Alberto era director de operaciones de una empresa de coches. Viajaba con frecuencia, y nos solíamos ver, solo en días de diario, ya que normalmente sus viajes coincidían con fines de semana, algo que me sorprendió mucho cuando empezamos a salir, pero a lo que no di demasiada importancia; él me decía que los eventos de ese sector se celebraban en sábados o domingos, para que pudiera asistir una mayor cantidad de público, y que siempre había sido así.

- Era muy detallista conmigo, me cuidaba, y me hacía sentir especial. Poco a poco me fui enamorando de él y jamás me había sentido tan ilusionada con alguien. Lo único que no llevaba bien, es que nunca se quedaba a dormir conmigo, y se justificaba diciendo, que prefería que la relación fuera más despacio, y cada uno tuviera su espacio. Le agobiaba sentirse de nuevo atado a alguien y no estaba aún preparado para tener un mayor vínculo emocional. No me convencía, pero quise respetarle.

- Una tarde, mientras paseábamos por el retiro, le sonó el móvil, como casi todos los días, y me di cuenta que al contestar la llamada, cogió el móvil del trabajo, y no el suyo personal. Le noté algo más nervioso. Se alejó de mí con bastante disimulo, y con el tono de voz muy bajito. Me extrañó tanto esa reacción..., que evidentemente quise preguntarle, nada más colgar la llamada.

- Me dijo que era un amigo, que estaba pasando por un mal momento familiar, y que le quería escuchar atentamente, para que se pudiera desahogar bien, y no se sintiera mal, al intuir que él pudiera estar ocupado con alguien en ese momento, por eso le hablaba bajito y se separó un poco. Al preguntarle el nombre del amigo, me habló de un antiguo compañero de otro trabajo, que nunca antes me había mencionado. Simplemente, quise hacerle creer que me lo había creído, y continuamos abrazados, disfrutando de un tranquilo paseo. Ese día se me activó la primera alarma.

- Al mes siguiente, unos días antes de mi cumpleaños, reservé en un restaurante del que me habían hablado muy bien. Me hacía mucha ilusión celebrar con él una cena romántica. Quise asegurarme que ese sábado no tuviera ningún evento de trabajo y aunque me hubiera gustado que fuera sorpresa, no tuve más remedio que contárselo, para que pudiera dedicarme su primer fin de semana al completo. Al comentarle que ya había hecho la reserva, para ese sábado por la noche, no percibí demasiado entusiasmo en su cara. Le lancé una mirada persuasiva y no hicieron falta más palabras. Reaccionó muy rápido y me sonrió, besándome en los labios con gesto de aprobación. Me dijo que hablaría con su jefe, para pedirle que ese día fuera un compañero suyo a sustituirle.

- Creo recordar que era martes, y ese día me vino a buscar al trabajo. Al sentarme en el coche, vi un cuaderno rosa en el asiento, y deduje que era de su hija. Lo cogí, y al guardarlo en la guantera de la puerta lateral, se cayó un papel que había dentro del cuaderno. Era una nota con una bonita letra, pero no era letra de niña. << Cariño, recuerda decirle a papá que compre las entradas del cine, que sabes que siempre anda muy despistado>>. Me sentí un poco descolocada. Pero pensé que a lo mejor la nota era antigua, y el cuaderno también lo era. Coloqué el cuaderno en el lateral y me quedé pensativa durante unos minutos. Traté de entender que tener una relación cordial con tu ex, a lo mejor también incluía sesiones de cine

conjuntas, para el bienestar de la niña..., aunque, personalmente no me hacía demasiada gracia.

- El día de mi cumpleaños, me levanté muy ilusionada. Alberto me envió un ramo de rosas precioso, que me hizo sentir la mujer más feliz y dichosa del mundo. Fue la primera llamada del día y me encantó escuchar su felicitación acompañada de su primer “Te quiero”. Escuchar esa frase me hizo emocionarme. Jamás nadie me lo había dicho nunca, ni siquiera Felipe, y aquello me sonó a música celestial.

- Pero cuando me encontraba inmersa en un mundo Disney, de felicidad absoluta, algo me devolvió a la realidad, de un plumazo. Alberto me llamó de nuevo, media hora más tarde, para decirme que se tenía que marchar, urgentemente esa tarde, a una exposición importante de coches nuevos, en Huesca, porque su compañero Jaime, estaba con gripe y no podía asistir. Y remató diciéndome que pasaría esa noche allí, ya que el evento terminaría tarde.

Celia de repente abrió los ojos con gesto de sorpresa, y miró a Charo con complicidad, siguiendo muy atenta la continuación de la historia.

- ¡Imagínate cómo me sentí! No era posible que alguien me hubiera elevado a las estrellas y una hora después me hubiera dejado caer sin red... Estaba muy desilusionada. Durante días, soñé con la posibilidad de que esa noche, y después de nuestra cena romántica, la primera cena que habríamos tenido juntos, en seis meses, se pudiera quedar conmigo a dormir. Sería mi mayor regalo. Pero nada más lejos de la realidad.

- Cancelé la reserva, pero me animé a proponerle que me iba a Huesca con él. No me importaba no poder verle durante esas horas, mientras él trabajaba, y yo aprovecharía a dar una vuelta por la ciudad. Por la noche podíamos disfrutar juntos allí, es lo único que me importaba, estar con él. Pero la proposición no le gustó nada, por su tono de voz serio y tenso... Me pidió cien veces perdón, y me

propuso que cenáramos juntos, el lunes siguiente, a lo que yo accedí, por la ilusión de compartir ese momento especial con él, y aprovechar la ocasión de celebrar mi cumpleaños, aunque fuera, dos días más tarde.

- Cuando le colgué, busqué en internet eventos en Huesca, y no encontré nada. De hecho, llamé al lugar donde se solían celebrar ferias y congresos, y me comentaron que ese fin de semana solo había un evento de alimentación, y que nunca habían celebrado ninguna exposición de coches. En ese momento, todo se me desmoronó, y me sentí engañada y decepcionada.

- El domingo, recibí más de diez llamadas de él, pero no tuve ganas de contestarle. Quería que se diera cuenta que aún me quedaba algo de dignidad, y que no lo había hecho bien. Así se lo hice saber a través de un whatsapp. De nada me sirvió el desahogo, porque escuchar su voz al otro lado del teléfono, disculpándose y diciéndome lo mucho que me había echado de menos, me removió tanto, que volví a comportarme como una tonta enamorada, y se me pasó enseguida el enfado...

- El lunes quedamos para cenar, y salí de casa, dispuesta a abordar el tema del evento; no quería evitarlo, y él me tendría que dar una explicación muy convincente. Al verme, me abrazó muy fuerte y me besó con mucho deseo. Se comportó como siempre, muy cariñoso y haciéndome reír, como si mi enfado del día anterior, ya lo hubiera olvidado. Me repetía una y otra vez que lo sentía mucho y que le perdonara por haberme dejado plantada, el día de mi cumpleaños.

- A pesar de sentirme a gusto con él, no quise dejar pasar el tema, y en un momento muy distendido de la noche, aproveché la ocasión para preguntarle por el lugar dónde había tenido lugar el

evento. Me contestó que había sido en un concesionario, donde habitualmente no se celebraban exposiciones. Yo le creí. Alberto tenía un poder de persuasión tremendo, y una habilidad única para dar la vuelta a las cosas, además de ser muy listo y de prepararse todas las coartadas a la perfección.

- Esa noche me fijé que tenía una pulsera nueva en la mano, y me llamó especialmente la atención. Le cogí la muñeca para verla más de cerca y cuando quise acercarme a leer el mensaje que había grabado en la chapa de metal, él me quitó la mano bruscamente y con una sonrisa, disimuló abrazándome. Me quedé muy cortada, y no me esperaba esa reacción. Al rato, cuando volvió del baño, vi que ya no tenía puesta la pulsera. No quise preguntarle, quizás por miedo o quizás porque sentí que estaba protegiendo algo de su intimidad y no supe interpretarlo bien. En ese momento, no entendía nada, pero le quería y solo me apetecía sentir sus abrazos, sus besos y el calor de su cuerpo. Eso me hacía feliz.

- Me llevó a casa, y al sentarme en el coche, vi que se había dejado el móvil del trabajo en el asiento. Lo cogí y lo sujeté mientras me ponía el cinturón de seguridad. Él no se había percatado, hasta que no sonó un mensaje de whatsapp que pude alcanzar a leer, en dos segundos, que fue lo que tardó él, en quitarme el móvil de las manos. <<Te espero gordi, no tardes>>. Cuando lo leí, sentí como si la sangre no me circulara, y tuve unas ganas tremendas de llorar. Aun así, disimulé como siempre, y aguanté todo el camino, reprimiendo las ganas de liberar esa pena, que me estaba destrozando el corazón. Mi confianza en él, estaba haciendo aguas, aunque me negaba a aceptar que algo pasaba. Mi cabeza me decía una cosa, pero el corazón me decía todo lo contrario. Al llegar a casa, Alberto estaba más serio de lo habitual y apenas tardó un minuto en despedirse de mí...

- Al día siguiente, y después de no haber pegado ojo en toda

la noche, decidí hablar con él y me presenté en su oficina por la mañana. Preferí no avisarle, cansada de tantas excusas como siempre me ponía, cuando le proponía ir a verle. Trabajábamos muy cerca, y aproveché mi descanso del desayuno. Pregunté por él en recepción. Una chica muy simpática, me informó que acababa de salir hacía un minuto con su mujer y su hija.

Celia se llevó las manos a la cara y miró a Charo de nuevo, con ojos de asombro.

- Mi cara cambió de color en ese momento. Escuchar las palabras “su mujer” me hizo mucho daño, y las piernas me empezaron a flojear. Mi cara solo podía mostrar decepción, y la recepcionista me miró con gesto de creer haber metido la pata, por darme esa información. Aun así, sin querer encajar las palabras que había escuchado, y tratando de no comprometer demasiado a la chica, pregunté de nuevo, si era el mismo Alberto Gómez o podría haber otro Alberto, disimulando un poco mi cara de susto. Ella me afirmó que sí, y que no había ningún otro Alberto trabajando allí.

- Salí de allí cabizbaja y muy triste. Pensé en lo boba que había sido al dejar pasar tantas advertencias y no querer ver la realidad. En ese momento, levanté la cabeza, y vi a Alberto con su hija en brazos, dando un beso muy apasionado a una mujer morena, mientras la cogía de la cintura, cediéndola el paso, en la entrada de una cafetería, que estaba en la acera de enfrente.

- En cuestión de segundos tuve un cúmulo de sensaciones distintas, sentí ganas de llorar, tuve ganas de gritar, pensé en entrar en la cafetería, decirle lo hijo de p... que era y soltarle una bofetada, o hacer como si no pasara nada, y hablar con él, más tranquilamente, el lunes...

- Pero tenía tanta rabia contenida, que decidí resolverlo cuanto antes. Cogí aire, me llené de fuerzas, dentro del nerviosismo que sentía, y con coraje entré en la cafetería. No tenía claro cómo sería mi reacción, pero me acerqué a la barra, aparentando

tranquilidad, y evitando montar cualquier numerito. Pedí un café y miré hacia el lado contrario en el que sé que ellos estaban sentados. Sentí la mirada de Alberto clavada en mí, y de reojo, vi cómo se levantó como un resorte, y se dirigió hacia la barra. Disimuló pidiendo algo al camarero, me miró fríamente, con un gesto muy desafiante, como si no me conociera de nada. Su hija enseguida se puso a su lado, y le dijo <<papi, mamá dice que también quiere zumo>>.

- No pude aguantarme más, me giré y con lágrimas en los ojos, le solté una bofetada, que aún hoy me duele... Pagué el café y me marché. No quise darme la vuelta, no quise volver a ver esa cara, no quise saber nada de ese hombre nunca más. Bloquee su número en mi móvil y he logrado desconectarle de mi vida para siempre.

Charo comenzó a emocionarse, y se le saltaron las lágrimas.

Buf, dijo Celia con gesto de indignación, acariciando su brazo de forma cariñosa.

- Lo siento mucho, debiste pasarlo bastante mal. ¡Qué cabronazo ese Alberto! – dijo Celia impulsivamente.

- De todo esto, ¿sabes lo que más me dolió? – preguntó Charo a Celia.

- Me dolió saber que llevaba una doble vida y que no estaba divorciado. Me rompió el corazón su engaño, me entristeció que no me pidiera perdón, pero lo que más daño me hizo..., fue darme cuenta que jamás había estado enamorado de mí y solo fui un juguete para él. Meses más tarde, me enteré por casualidad, por una vecina que le conocía, que había tenido varias amantes, e incluso que tenía una hija mayor, en Huesca.

- Como te decía antes, he tropezado varias veces con la

misma piedra, y no estoy muy fina en esto de elegir pareja. Me he convertido en una mujer muy desconfiada y me cuesta abrirme de nuevo al amor. Han pasado ya tres años, y dudo mucho que me vuelva a enamorar.

- ¡No digas eso!, todas las experiencias no son iguales, ni tampoco podemos meter a todos los hombres en el mismo saco. Él no era la persona adecuada para ti, pero seguro que tendrás la oportunidad de conocer a alguien que sí lo sea. Alguien me dijo una vez, que es muy importante aprender a amar. A veces el amor fluye sin más, y cuando es de verdad, no es necesario esforzarse, todo lo que das, lo recibes igualmente. Pero cuando las cosas no son así, y comienzas a sentir que solo das y no recibes nada a cambio, salvo desilusión e infelicidad, tienes que convencerte de que hay algo que no debes estar haciendo bien, y debes cambiarlo. El verdadero amor nunca te puede hacer daño, pero no sé por qué, nos empeñamos en creer que sí y pasamos demasiadas cosas por alto, ese es el error. De todas las experiencias se aprende y por supuesto, mucho más de las malas – dijo Celia muy segura.

- Sí Celia, pero tampoco era la persona adecuada Felipe, y dos malas experiencias seguidas, te hacen ver las cosas de otra manera. No te digo que haya dejado de creer en el amor, aún sigo creyendo, pero menos de lo que creía antes...Mi corazón ahora está tan blindado, que dudo mucho que alguien pueda encontrar la llave que lo abra. Desconfío tanto de los hombres, que para abrir este candado, se necesita código de seguridad y todo – dijo Charo, en tono divertido.

- Creo que, como te decía antes, debemos aprender a amar, y hacernos a nosotras mismas, una auto reflexión de por qué elegimos a esas personas, y por qué aguantamos tantas cosas que no nos hacen sentir bien. Es posible que cuando tengas las respuestas, ninguna de ellas te guste, y te sientas mal incluso. A mí me ha pasado, y créeme

que no me fue fácil descubrir esto. Te comprendo perfectamente, porque yo también he elegido a personas que no eran adecuadas para mí, y que solo suplían ciertas carencias que tenía, y que yo misma ni siquiera sabía que tenía. Pero cuando abrí los ojos y me di cuenta, que esas carencias eran menos importantes que lo que yo merecía, supe ver que tenemos algo maravilloso y único que jamás se debe dejar pisar por nadie, que es nuestro amor propio. Cuando este se descubre, se planta delante de ti, y te dice seriamente, ¡aquí estoy yo!; es en ese momento cuando todo lo negativo y lo que te hace daño, sale despavorido y no regresa – prosiguió Celia.

- Hace pocos días, tuve una conversación con Idoia de un tema parecido, y me encantó escucharla y aprender de ella, lo importante que es tener una buena autoestima en la vida. Tenemos que aprender a amar, pero para ello, primero tenemos que amarnos a nosotros mismos.

Charo miraba a Celia con tanta expectación que no daba crédito al broche de oro que había puesto en su historia.

- Y después de esta terapia de grupo, yo que tú, contactaba con el tal Santi que mencionabas antes – dijo Celia con tono desenfadado, tratando de hacerla sonreír.

Charo sonrió y se quedó pensando en la idea tan estupenda que había tenido Celia.

- Pues mira, no descarto la idea, me encantaría saber cómo le va la vida. Santi siempre me gustó, y le he echado de menos muchas veces, pero no me he atrevido a llamarle en estos años. Me arrepiento de haber sido tan tonta...y perdí el contacto, cuando el capullo de Alberto se cruzó en mi camino... ¡A lo mejor, sigo tu consejo!

- ¡Pues claro que sí! – dijo Celia con entusiasmo.

El tren ya estaba entrando en la estación de Zurich y Luis se levantó para

avisar al grupo. Bajaron del tren, y le siguieron hacia el lugar donde ya les estaba esperando el autobús, que les llevaría a hacer un recorrido por la ciudad.

Idoia se acercó a Celia y la hizo un gesto, señalando con la cabeza a Jorge, reafirmando muy orgullosa, que estaba muy bien acompañada. Celia se alegró muchísimo de verla tan contenta e intuía que podrían hacer muy buena pareja. Apenas había cruzado un par de palabras con Jorge, pero por lo poco que le conocía, se le veía un chico transparente, simpático y humilde.

Ya en el autobús, Luis cogió el micrófono.

- Si miráis hacia la derecha, veréis la calle más comercial e importante de Zurich, La Bahnhofstrasse; está considerada, como una de las calles más caras del mundo, donde encontrareis las mejores marcas de moda, joyas y relojes. Si queréis comprar un buen regalo y sois amantes de los relojes, ¡ya sabéis!, eso sí, ¡preparad bien los bolsillos!

Hicieron un breve recorrido, alrededor del río, divisando las iglesias de Fraumünster y Grossmünster, que estaban situadas una enfrente de la otra.

Celia se quedó embobada viendo el tranvía cruzar, y no había duda que le daba un encanto muy especial al lugar.

Bajaron del autobús para seguir el recorrido a pie, ya que merecía la pena adentrarse en el casco antiguo y poder visitarlo con tranquilidad, disfrutando de la tarde libre. Dieron una vuelta por el centro, y aprovecharon a preguntar a Luis, antes de marcharse, cuál era la parada de tranvía más cercana al hotel. Celia tenía mucha ilusión por subirse en tranvía, ya que nunca lo había hecho antes. Idoia, también aprovechó para preguntarle, por una tienda de chocolates, ya que tenía varios compromisos, y no se podía ir de Suiza sin comprarlos. Luis les hizo mención de la confitería Sprüngli, que era la más antigua y famosa de Zurich.

La tarde se quedó perfecta para pasear, el cielo estaba despejado, y aunque soplaba un poco de viento, la temperatura era muy agradable. Se perdieron entre las callejuelas, y se toparon, con una pequeña iglesia, en la que lucía un impresionante reloj dorado en su fachada. Luis les había hablado de él en el autobús; era el reloj más grande de Europa; se encontraban frente a

la iglesia de St. Peterskirche.

Descubrieron la famosa bombonería, de la que les había hablado el guía. Se quedaron boquiabiertas y obnubiladas por el impresionante escaparate, que las invitaba a entrar, con la exquisita decoración, y el refinado gusto, que desprendía esa gran variedad de bombones, de todas las formas, colores y sabores. Las tres, salieron de la tienda, con regalos para sus familias y amigos, encantadas de haber probado una increíble degustación, de los más deliciosos chocolates suizos, que la dependienta, muy amablemente les había ofrecido.

Celia estaba emocionada, mientras esperaban el tranvía, que las llevaría de vuelta al hotel.

Recogieron sus maletas, que tenían guardadas en la recepción, y cada una se fue a su habitación. Se cambiaron de ropa, y quedaron a las ocho y media en el hall, para irse juntas a cenar, y dar una vuelta por el casco antiguo, disfrutando del ambiente nocturno de la ciudad.

Al regresar, y ya en la habitación, Celia grabó su audio diario.

Cuarto día. Chicos, os empiezo a echar de menos, pero solo un poco... ¡no os vengáis arriba! Esta mañana casi he rozado las nubes, jamás había visto un paisaje tan bonito. Me ha dado vértigo el tren cremallera, pero ha merecido la pena el espectáculo tan grandioso que nos ha regalado la naturaleza. Es una pena, pero no he divisado ni a Heidi ni a Pedro; creo que me han dado plantón por allá arriba. Ya hemos llegado a Zurich, me ha encantado la ciudad, y estoy conociendo a gente estupenda. Hoy me he sentado con Charo, una mujer encantadora que se enamoró de la persona equivocada, ¡esa historia me ha recordado mucho a ti Esther, creo que la hubieras podido dar una clase magistral de las tuyas. He estado a punto de recomendarle tu manual de “cómo enamorarte del bueno, después de tropezar con diez malos”. Espero que se vuelva a subir al tren y le dé la oportunidad a un antiguo amor, que me da, que la va a hacer muy feliz. En fin, creo que desde que me junté con Manuel, me he vuelto más romántica.... ¿a qué no parezco yo? Buenas noches, un beso.

Espíritu de superación

A la mañana siguiente, Celia se levantó un poco más tarde de lo habitual, y

se sintió fatal, al saber que era de las últimas en llegar a desayunar. Charo le había guardado un sitio en la mesa, en la que también estaban Jorge e Idoia, que ya se habían vuelto inseparables.

Luis les esperaba en recepción, charlando muy animadamente con el conductor del autobús que les llevaría a la estación, para iniciar el próximo trayecto hacia Estrasburgo.

Sofía y Marta miraban muy sonrientes al grupo. Al principio, todos pensaron que eran hermanas, se parecían muchísimo físicamente y ambas tenían un aspecto muy juvenil. Madre e hija se habían integrado bastante bien con el resto de viajeros. Sofía aparentaba ser una mujer extrovertida. Su pelo corto tan estiloso, el maquillaje perfecto que lucía a diario, su elegancia, y el gusto por ir siempre tan bien conjuntada, le hacían destacar en el grupo como una mujer fuerte de carácter y no parecía tenerle miedo a nada.

Celia la saludó muy cariñosamente, y se intercambiaron unas palabras antes de subir al tren.

Su hija Marta había conectado muy bien con Charo, con quien se sentó durante ese trayecto. Celia hizo un guiño muy cómplice a Idoia, quien la devolvió una bonita sonrisa mientras su nueva ilusión, le cedía el paso en el asiento.

Sofía buscó a Marta y la saludó efusivamente, siguiendo a Celia, hacia los asientos traseros del tren. Ambas se sentaron con la mirada atenta de Luis, quien les sonrió y les hizo un gesto de aprobación. Él, veía en Celia una mujer muy abierta a nuevas relaciones sociales y le satisfacía que al menos ella, sí había conseguido conectar con diferentes personas del grupo, y se la veía con mucho interés de conocer a todos o a casi todos. En definitiva, era lo que él buscaba en todo momento y le hubiera encantado que el resto, también lo hiciera.

- Ya estamos muy cerca de la Alsacia, me han dicho que sus pueblos son preciosos – dijo Sofía con curiosidad.

- Lo son, en esta época del año es muy bonito pasear por sus calles y ver tantas flores en las ventanas, es muy idílico, pero en Navidad se desviven también por decorar las casas y lo convierten en un lugar de ensueño, te envuelve de una magia muy especial. Te

recomiendo que si puedes volver alguna vez, sea en esa época del año – dijo Celia con entusiasmo.

- ¿Entonces no es la primera vez que vienes por aquí?

- Es la primera vez que hago este viaje, no conocía Suiza. Todo esto es espectacular. Pero tengo debilidad por la Alsacia. Pasé muchos veranos y Navidades, en casa de mi abuela. Ella, tras fallecer mi abuelo, se fue a vivir con mi tía Sylvie, a un pueblo cercano a Estrasburgo. Allí ha estado durante estos últimos años, pero ahora ha decidido volver a Colmar; añoraba muchísimo su hogar, su precioso jardín, sus recuerdos más entrañables, de aquel lugar que la vio nacer y crecer en el seno de una familia humilde, que la dio todo lo que necesitaba. Mis tíos no pudieron convencerla de que no se quedara sola allí. Ya tiene ochenta y cinco años, y no se encuentra físicamente muy bien, pero la está cuidando una persona de confianza de la familia, con la que mi abuela se siente muy a gusto. Ellos también la visitan todas las semanas.

- Supongo que te hará mucha ilusión volver a ese lugar – comentó Sofía con una gran sonrisa.

- ¡No te imaginas!... estoy deseando pisar esa casa que tantos recuerdos me trae y en la que he vivido una infancia muy feliz. Adoro a mi abuela, y la he echado mucho de menos durante estos años. Demasiado tiempo sin verla, me arrepiento tanto... - dijo Celia con nostalgia.

- Imagino que por circunstancias no has podido venir antes, ¿cierto? – preguntó Sofía muy intuitiva.

- Sí, así es. La relación con mis tíos no es muy buena. Nunca

perdoné a mi tía que no viniera a ver a mi madre, cuando más la necesitaba. Dos años en los que esperé con ilusión que apareciera por allí para abrazar a su hermana y darla todo su cariño. Ellas estaban muy unidas, se llevaban solo un año de diferencia, y mi madre la adoraba. Pero solo hubo varias llamadas al principio, cuando mi madre ya estaba en la residencia, y nunca más supe de ella. Mi abuela, tuvo que pasar el peor trago de su vida, sin duda, cuando vino al entierro de su hija, un momento que me destrozó el corazón tener que vivir. Desde entonces, no la he vuelto a ver. Mi tía, sin embargo, no vino ni al entierro de su hermana..., es algo muy duro e imperdonable. Sin embargo, sí lo hizo mi tío François que demostró tener más humanidad que ella. Pero bueno..., eso ya pasó, y yo tenía que haberme tragado el orgullo y haber visitado a mi abuela igualmente, ella no tenía culpa de nada – contestó Celia muy arrepentida.

- A veces nos equivocamos con nuestras acciones, pero de todo se aprende y rectificar es de sabios. Cuando la vida nos da una segunda oportunidad, ¡no hay que dudar ni un segundo en aprovecharla! – exclamó Sofía con mucho ímpetu.

- Sí, tienes razón, a veces todo es mucho más simple. Se trata de querer hacer algo y hacerlo, nada más.

- Exacto, malgastamos demasiado tiempo en tonterías y pensamientos que no van a ningún sitio, y dejamos que pase nuestro valioso tiempo, el único que ya no vuelve nunca más, sin hacer lo que más deseamos. No sabemos darle a las cosas la importancia que merecen. Eso te lo van enseñando los años... – dijo Sofía, muy reflexiva.

- Uf, perdona, que ya me estoy poniendo demasiado profunda....

- ¡No te preocupes!, opino lo mismo – dijo Celia muy sonriente.

- ¿Y te quedarás mucho tiempo con tu abuela?

- Solo una semana, luego tengo que volver a trabajar, pero me gustaría regresar en Navidades con mi hermano Pablo – contestó Celia.

- ¿Pablo es mayor que tú o más pequeño?

- Tiene once años, más que su hermana mayor, parezco su madre – sonrió Celia con nostalgia al mencionarle.

- ¿Y a tu madre, no le gustaría venir?, me dijiste que era tu abuela materna, la que vivía aquí ¿verdad? – preguntó Sofia con bastante curiosidad.

- Mi madre murió hace cinco años – contestó Celia con entereza.

- Vaya, lo siento muchísimo, perdona si te ha molestado la pregunta.

- No pasa nada, no tenías por qué saberlo.

- Por cierto, que ni me he presentado, soy Sofía, y ¿tú? – exclamó Sofía para romper ese momento incómodo.

- ¿Sofía?, me encanta ese nombre, Sophie se llama mi abuela. Yo soy Celia, encantada.

- ¡Qué casualidad, lo bueno abunda!- contestó Sofía sorprendida.

En ese momento, Sofía miró el reloj, y frunció el ceño, al darse cuenta de que charlando, se le había pasado la hora de la medicación. Abrió el bolso, y cogió una pequeña caja, de la que sacó una pequeña pastilla que se tragó, sin beber ni un sorbo de agua.

- ¡Qué ganas tengo de terminar con estas pastillas! – exclamó compartiendo su comentario con Celia y mirando de reojo a su hija Marta.

Celia no sabía muy bien si preguntar, ya que le parecía entrometerse demasiado en su intimidad, y se limitó a sonreír tímidamente, sin abordar el tema, ya que intuía, podía deberse a algún malestar o a alguna enfermedad de la que se estaba tratando.

En ese justo instante, Marta se giró y miró a Sofía, intercambiando los papeles de madre e hija y reprochando a su madre, de forma cariñosa, un comportamiento algo infantil, al verla guardar la caja en el bolso, muy deprisa.

- Mamá, seguro que ya te has tomado la pastilla, ¿verdad?

- Que sí pesada, que sí – contestó acariciando su pelo.

Celia sonrió al observar esa escena, que le había parecido divertida y a la vez entrañable. Se veía que ambas tenían una relación muy especial, y estaban muy unidas. Le llamó la atención la madurez con la que Marta cuidaba de su madre, y le despertaba mucha curiosidad, seguir charlando con Sofía. Le

parecía una mujer muy interesante y con una vida muy intensa.

- Parece ella la madre y yo la hija, ¡mira que es controladora la jodía, no se le va ni una! – dijo con tono divertido mientras miraba a Marta con complicidad.

- La verdad es que me siento muy afortunada, Marta es un ángel – prosiguió Sofía después de lanzarle un beso a su hija. Tiene dieciséis años y parece que ha vivido más que yo. Si no hubiera sido por ella... - dijo bajando el tono de voz y suspirando.

- Mi hija es una mujer madura y con una capacidad enorme para enfrentarse a situaciones complicadas, que otras chicas de su edad, posiblemente no las hubieran sabido afrontar. Decidió dejar sus estudios durante este último año para cuidarme, y aunque a mí me entristece mucho que lo hiciera, ella no se arrepiente.

- Me diagnosticaron un cáncer de mama hace año y medio, y desde entonces estoy luchando por ser otra vez la Sofía que siempre había sido. Marta es todo un ejemplo de fuerza y valentía y es el bastón en el que me he tenido que apoyar durante este tiempo. Doy gracias a Dios por haberla tenido y por no haber escuchado a aquel hombre, que no tuvo la decencia de reconocer nunca a su hija, cuando me suplicaba que no siguiera adelante con el embarazo. Solo tenía veintidós años, pero jamás me arrepentiré de esa decisión; lo tuve claro desde el momento en el que supe que iba a ser madre. Cada día que pasa me siento más afortunada y más orgullosa por tener el regalo más grande de mi vida, mi hija– reafirmó muy segura Sofía.

Celia sintió un escalofrío al escucharla con tanta entereza y naturalidad. En ese momento se acordó de su madre, y sintió una punzada en el corazón. A pesar de que habían pasado ya cinco años, el dolor por su ausencia seguía siendo el mismo, y la echaba muchísimo de menos.

- ¿Y ahora cómo te encuentras, ya estás recuperada? –

preguntó Celia con cierta prudencia.

- Sí, ya pasó lo peor, gracias. La verdad es que los primeros meses para mí, fueron muy duros. Afortunadamente siempre he gozado de muy buena salud, y excepto por unas anginas, y alguna gripe puntual, pocas veces había visitado el médico. Un día, y siguiendo el consejo de mi amiga Susi, me auto exploré el pecho, y me noté un pequeño bulto en la mama derecha. No le quise dar demasiada importancia, quizás por miedo, o quien sabe por qué, y lo dejé pasar. A los dos meses, y ya un poco más pendiente del bulto, volví a notármelo y esta vez, quizás algo sugestionada, me parecía que estaba más grande y me preocupé. Cogí hora con el ginecólogo una semana después, y me hicieron una ecografía y mamografía. En ese mismo momento, la cara del ginecólogo me confirmó mi sospecha. A los dos días me citó para recoger los resultados, y con mucha delicadeza, me confirmó que tenía un tumor.

- Aquel día lo recuerdo como el peor de mi vida. El impacto psicológico que me causó fue tremendo y para esto no te prepara nadie, es algo que aunque afrontes con serenidad y con madurez, te remueve por dentro, te cambia tus planes de vida, y te hace mirarte en el espejo del miedo. Te vuelves pequeña ante la adversidad y sientes que no es justo. ¿Por qué a ti?, te preguntas miles de veces...

- En ese momento, pensé en Marta, y la forma en la que debía darle la noticia, para que sufriera lo menos posible. Cuando se lo conté, mi hija me dio una gran lección a mí. Me miró a los ojos, y jamás podré olvidar su frase: “mamá, no pasa nada, eres una luchadora, siempre lo has sido, te lo van a quitar y vas a seguir siendo la misma mujer maravillosa que eres ahora”.

- Las palabras de mi hija me ayudaron muchísimo a recomponerme, y a tirar para adelante. En ese momento me acordé de

su padre, un cobarde que no supo afrontar su responsabilidad, y prefirió seguir con su vida y con su pareja, renunciando a su hija..., sin preocuparse ni dar señales, durante catorce años, y apareciendo en escena, hace tres, diciendo que está arrepentido y tratando de tener un acercamiento con ella. Ahora tiene su propia familia, y una hija pequeña de ocho o nueve años, y pretende que le recibamos con las manos abiertas y le demos un gran abrazo, perdonando su ausencia y su falta de responsabilidad... Yo quise muchísimo a Alberto, pero siempre supe que jamás lucharía por mí. Ha sido mi gran decepción. Afortunadamente mi hija nunca le ha echado en falta; Marta ha tenido todo lo que necesitaba, mucho amor, cariño, una vida plena y muy feliz.

Entiendo que debió ser muy complicado para ti, por un lado no querer hacer sufrir a tu hija, y por otro tener la fortaleza necesaria para hacer frente a la situación y confiar que todo iba a salir bien – intervino Celia.

- Sí, así es. Cuando eres madre, te olvidas de tu sufrimiento y solo quieres quitar a tus hijos, cualquier pena por pequeña o grande que sea. Eso siempre me lo decía mi madre y yo no lo entendí, hasta que no tuve a Marta. Mis padres también han sido un pilar muy importante en mi recuperación. Los adoro, pero los pobres no están bien de salud y apenas se han podido desplazar. Mi madre fue operada de la cadera el año pasado, y mi padre tiene muy mal la vista. He preferido contarles pocas cosas de mi tratamiento, para que no sufrieran.

- ¿Y cuánto ha durado el tratamiento, aun sigues con él? – preguntó Celia con curiosidad.

- Me operaron la primera vez, el año pasado, pero en la revisión de los tres meses, detectaron que aún había células cancerígenas, por lo que intuyeron que no se había limpiado bien la zona. Así que me comentaron varias posibilidades, entre ellas una segunda operación para quitar esas células, o bien una mastectomía

que aunque era una solución más radical, podría ser más efectiva.

- Después de un post operatorio doloroso, tras mi primera intervención, estuve varios días dándole vueltas y valorando los pros y contras de ambas alternativas. Fue muy difícil para mí tomar la decisión, pero con la ayuda y el apoyo del equipo médico, que se portó de maravilla conmigo, finalmente decidí quitarme el pecho, por el miedo y las dudas de que no se pudiera limpiar del todo la zona, y en un futuro pudiera tener mayores complicaciones. Me hicieron una cirugía reconstructiva y no quedó mal. No es igual que antes, pero puedo estar contenta con el resultado. Al principio cuando me miraba al espejo, me costaba mucho acostumbrarme. Sabes que para nosotras esta parte del cuerpo es muy importante – dijo mirando muy cómplice a Celia – y fue duro asimilar el cambio. Pero sinceramente, no me puedo quejar, creo que tuve suerte con los cirujanos plásticos e hicieron un buen trabajo.

- Lo que más me ha costado llevar es la quimio después de la reconstrucción. Cuando yo estaba convencida de que todo había pasado, mi oncóloga revisó las últimas pruebas, y vio algo que no le gustó en los ganglios, así que tuve que empezar con lo que para mí, fue el tramo más difícil. Apenas tuve dolores en el tratamiento, salvo algún malestar los primeros días. Lo más duro fue perder el pelo. Siempre había tenido el pelo largo, desde los trece años, y además con mucha cantidad y volumen. Aquello fue para mí el mayor impacto emocional que sufrí durante todo ese tiempo. Lloraba con rabia e impotencia cuando me miraba en cualquier espejo o cristal de la casa, aunque me reconfortaban los abrazos y besos de mi hija, que siempre me decía lo guapa que estaba. Marta me compró varios pañuelos muy bonitos, nada llamativos y como era verano, me dejó ponerme sus gorras preferidas, que según ella, las lucía mejor que sus amigas. La reacción de mi hija al verme sin pelo, fue maravillosa. Jamás me miró de forma diferente, al contrario, siempre me miraba de forma natural, como si nada hubiera cambiado en mi aspecto. Aceptó la situación con una madurez sorprendente. Es una

gran mujer, me siento muy orgullosa de ella.

- Pero bueno, eso ya pasó, estoy recuperada y por fin me creció el pelo. Ahora soy yo la que no se lo quiere dejar largo. He descubierto que me encanta el pelo corto, y ¡me encuentro guapísima! – exclamó Sofía con mucho entusiasmo.

¡Claro que sí!, estás estupenda, y esas mechas te dan mucha luz a la cara – contestó Celia de forma muy animada, y buscando una imagen en el móvil, que le había enviado su amiga Silvia, la noche anterior. Creía que estaba en sintonía con la historia de Sofía, y le mostró la frase:

<< Me encantan ese tipo de personas con olor a quiero, puedo y me lo merezco; con gusto a no lo sé todo, escucho y aprendo; con mirada de sí y sonrisa de gracias>>

- ¡Qué bonita Celia!, me encanta, ¿sabes quién es el autor o autora de esa frase?

- No lo sé, me encantaría saberlo. Me la envió ayer una amiga, y me parece preciosa.

- Gracias cielo, eres un encanto. A parte de guapa por fuera, se ve que lo eres más todavía por dentro. Sabes escuchar, y créeme que es muy difícil de encontrar hoy en día. Todos vamos a la carrera, y no tenemos tiempo para nada, nos invaden las nuevas tecnologías, tanto mensaje y tantas redes sociales, nos están haciendo que ya ni hablemos entre nosotros, una verdadera pena.... Es curioso como a veces te puedes encontrar más a gusto con personas desconocidas que no saben nada de ti, pero simplemente se interesan por escucharte... Este tema tan personal, no lo he compartido con mucha gente.

- No tienes por qué dárme las, me parece que eres muy

valiente, sacar adelante a tu hija tú sola, ya tiene mucho mérito, y enfrentarte con fuerza y vencer la enfermedad, muchísimo más... Aunque no te conozco apenas, me alegro muchísimo de que estés recuperada. ¡Se te ve genial! Es fundamental tener buena actitud en estas situaciones; nunca hay que perder el ánimo, y la positividad, es el cincuenta por ciento de la recuperación, ¡de eso no tengo duda! – dijo Celia con convencimiento.

- Así es Celia, yo diría que incluso es el setenta por ciento, aunque por supuesto, hay que confiar en la medicina, y dar gracias de tener unos grandes profesionales, con una gran calidad humana, que nos tratan día y a día y que nos ayudan tanto. Pero como bien dices, ser optimista en la vida, es fundamental para afrontar mejor esos reveses que te llegan de repente y nos golpean, sin esperarlos. He aprendido que todo, absolutamente todo, se puede conseguir con una actitud positiva, y con el cariño de la gente que te quiere; ese es el oxígeno que más necesitas, sobre todo en los momentos amargos.

- Ahora, trato de cuidarme mucho más que antes, he cambiado mi alimentación, y hago más ejercicio. Llevo una vida lo más sana posible, y se lo inculco igualmente a Marta. No nos damos cuenta de lo importante que es cuidarse, en todos los aspectos, tanto físicamente como emocionalmente. Hay que tratar de conseguir el equilibrio, y cerrarle la puerta al estrés, a las emociones negativas y a todo aquello que te contamina y te hace infeliz. La vida es muy corta, y cuando te da avisos como el mío, pienso que te recuerda que hay alguna lección importante que aún no has aprendido bien.

- Me siento muy afortunada, la vida me ha dado la oportunidad de volver a subirme al tren, y ahora quiero disfrutar del viaje, sin importarme el destino. Quiero vivir disfrutando y no solo vivir viviendo, como hacía hasta ahora – reflexionó Sofia, mientras miraba por la ventana, y señalaba ilusionada, los paisajes tan bonitos por los que pasaban.

Estaban tan ensimismadas hablando, que no se dieron cuenta de que el tren ya estaba aproximándose a la estación de Estrasburgo, y Luis, ya se había puesto en pie, para esperarles en la puerta y ayudarles a bajar, controlando que su grupo iba al completo.

El hombre misterioso de la barba, como Idoia y Celia le llamaban, se quedó mirando fijamente a Sofía, y de forma muy caballerosa, le bajó la maleta de mano, que tenía guardada en el compartimento superior, y se la dejó en la puerta. Marta la hizo un guiño muy cómplice a su madre, que sin querer dar más importancia al gesto, sonrió a ese hombre tan atractivo y continuó hablando con Celia, mientras bajaban del tren. Hasta ahora, al hombre misterioso no se le había visto hablar con casi nadie, excepto con Luis y con la mujer morena que viajaba con su marido.

Celia había observado, que varias veces se habían parado en algún lugar para hacer fotografías y la mujer se había acercado a él, con la excusa de que le hiciera una foto, en lugar de pedirselo a su marido, gesto que le había llamado mucho la atención.

Amando en libertad

El matrimonio, que se había sentado en los asientos que estaban justamente detrás de Sofía y Celia, se habían empapado de toda la conversación. Se levantaron en silencio, y el señor, muy agradable, cedió el paso a las mujeres para que bajaran primero. La relación de esa pareja era muy peculiar y extraña a la vez, apenas se comunicaban entre ellos, y siempre se alejaban del grupo, sin querer relacionarse, como el resto lo hacía. Por su aspecto, aparentaban tener poco más de cincuenta años. La señora iba siempre muy arreglada, olía fenomenal, llevaba la cara maquillada con un tono muy natural, y los labios pintados de color rojo pasión. Se intuía que era una mujer muy dominante, con carácter y bastante caprichosa. Tenía los ojos muy negros y una mirada muy intensa. Su marido, por el contrario, se veía un hombre reservado, sencillo, con una vestimenta más informal, muy atento, y con una educación exquisita en el trato.

Por su comportamiento, durante esos días, Celia hubiera deducido que la pareja no parecía muy feliz. Ella se mostraba como reprimida, y en cada parada, se la veía con ganas de despegarse de su marido, y evadirse un rato.

En más de una ocasión, le había visto hablando con Luis, el guía, y con el hombre misterioso, y sonreía y coqueteaba, sin parecer importarle lo que pensara su marido.

Le atraía la idea de conocerla un poco más, y quiso buscar el momento para cruzar con ella las primeras palabras.

Al bajarse del tren, Celia se acercó a ella, y sonriendo, la preguntó que la estaba pareciendo el viaje. Ella, sorprendida por el ímpetu con el que se acercó Celia, la contestó de forma efusiva, que la estaba encantando. A raíz, de ese primer acercamiento, siguieron hablando durante un rato, bajo la atenta mirada de su marido, que intervenía de vez en cuando, y se mostraba también interesado en la conversación.

Llegaron al autobús, donde les esperaba un conductor muy simpático, que les saludó en un perfecto español. Celia saludó a Charo, que venía riéndose a carcajadas por algo que le estaba contando Marta, y vio como Sofía coqueteaba muy sutilmente con el hombre misterioso, que parecía hipnotizado, mirándole sus largas y contorneadas piernas.

Jorge e Idoia seguían inseparables, y apenas se mezclaban con el grupo. Se estaban conociendo poco a poco y en sus miradas se percibía, que el acercamiento estaba yendo a pasos agigantados. Celia pudo observar como en el selfie que se hacían, en un monumento cercano al lugar donde estaba aparcado el autobús, Jorge no dudó en acercar su cara a la de ella girando de forma pícara los labios, buscando el beso esperado; la química era más que aparente. Idoia parecía algo más tímida en el contacto, pero el brillo de sus ojos la delataba, y no podía disimular que la chispa entre ellos, sin duda, había surgido.

Luis les dio la bienvenida a Estrasburgo y les avanzó detalles sobre el recorrido por la ciudad, que estaban a punto de comenzar.

- Bueno, como sabéis, ya estamos de nuevo en zona Euro, así que si os han sobrado francos suizos, los podréis cambiar en el aeropuerto, sin problema – dijo Luis acercándose el micrófono, mientras supervisaba que todos ocuparan sus asientos.

Celia se sentó justamente detrás de Luis, para observar mejor la ciudad desde el cristal delantero, y la señora no dudó en sentarse con ella. Su marido se sentó justamente en el lado derecho, y detrás de él, se sentó Sofía con el

hombre misterioso.

Luis apoyó su pierna al lado de la señora y ambos se sonrieron de una forma muy cómplice. Celia se dio cuenta enseguida de que algo se estaba perdiendo...

- Ana, por favor, pásame la botella de agua – dijo su marido.

- Sí, toma – contestó su mujer acercándole la botella.

- Mira, ¡ya sé cómo te llamas! – exclamó Celia sonriendo.

- Es verdad, perdona, si es que llevamos días viéndonos todos y aún no me he quedado con todos los nombres. Bueno, miento, el tuyo sí lo sabía, porque escuché a Charo llamarte ayer – dijo Ana con sinceridad.

- A mí me pasa igual, aunque ya conozco a casi todo el grupo, aun no sé cómo se llama tu marido ni tampoco la persona que está sentada al lado de Sofía.

- Iván, se llama Iván, y mi marido Ricardo – dijo con mucho ímpetu y lanzando una miradita, cargada de mensaje intencionado, al hombre misterioso.

Luis cogió el micrófono y comenzó a hablar, mientras el autobús ya había iniciado el recorrido.

- Estrasburgo es la capital de la región de la Alsacia. Su casco histórico fue declarado Patrimonio de la humanidad por la Unesco, en mil novecientos ochenta y ocho. Si miráis hacia la izquierda, veréis al fondo el Parlamento europeo; como sabéis en Estrasburgo se encuentra la sede, de las más importantes

instituciones europeas.

Es una ciudad con mucho encanto, y merece la pena perderse por sus calles. Haremos un breve recorrido para dejaros tiempo libre durante todo el día, y os recomiendo que vayáis a la Petite France. Veréis sus edificios construidos al nivel del agua, y sus casas con entramados de madera, que le dan un toque muy romántico a la ciudad. A la derecha, ya se contempla la majestuosa joya gótica, la Catedral de Notre Dame, con una torre campanario, de ciento cuarenta y dos metros de altura. Dentro podréis ver una gran obra del Renacimiento, su reloj astronómico, del siglo diecinueve.

Ahora nos estamos acercando a la Plaza Kébler, donde finaliza este breve tour, una plaza con mucho ambiente, ¡como podéis observar! y os animo a que descubráis cada rincón de esta bella ciudad, que como os decía, merece muchísimo la pena. Fijaos en el cartel amarillo que hay en esa calle, justamente detrás, está nuestro hotel, bastante céntrico, no tiene pérdida. Las personas que quieran ir al hotel primero, pueden acompañarme y vamos caminando, son dos minutos a pie. Y los que prefieran quedarse por aquí, ya nos vemos en la cena, que hoy está incluida en el programa. Por favor, ruego puntualidad, es a las nueve – dijo Luis mientras se despedía del grupo.

Celia se quedó en silencio, y comenzó a sentir añoranza. Solo había ido dos o tres veces a Estrasburgo con su abuela, y aunque la ciudad había cambiado, aun guardaba en su memoria muchos rincones, que seguían exactamente igual, a como ella los recordaba.

En esa ocasión, el grupo al completo se quedó en la plaza, y comenzaron a caminar juntos. Celia echó en falta a Ana, quien de repente había desaparecido, y le preguntó por ella a su marido, Ricardo. Este le dijo que quería cambiarse de zapatos, ya que le habían salido varias rozaduras, pero enseguida se uniría al grupo.

Idoia y Jorge por fin lograron separarse durante un rato, y Jorge comenzó a entablar una conversación muy animada con Iván. Ricardo a su vez, compartía con Charo las primeras impresiones de Estrasburgo, y Celia se quedó charlando con Idoia, aprovechando como habían hecho hasta ahora, para hacerse más selfies.

Caminaron durante más de dos horas, y disfrutaron de cada rincón del casco histórico. La Petite France les encantó, y se hicieron todos, la primera foto de grupo, apoyados en el puente, con un marco incomparable alrededor. Todos, excepto Ana, que no volvió a aparecer por allí.

Ricardo había llamado en varias ocasiones a su mujer, pero esta no le había cogido el teléfono. Al cabo de una hora, Ana le envió un mensaje y le dijo que estaba muy cansada y que no aguantaba el dolor de pies que tenía. Prefería echarse un rato a descansar un poco, y luego le llamaba.

- ¿Y Ana, no ha venido al final? – preguntó Celia a Ricardo.

- No, le duelen mucho los pies y ha preferido descansar un poco. Luego hablaré con ella, estoy seguro que se animará a dar un paseo, un poco más tarde.

Jorge que no podía aguantar estar separado de Idoia durante más tiempo, encontró la ocasión perfecta para dejar a Iván, en compañía de Sofía y de Marta. Ambos se miraron sonriendo, y Jorge le hizo un guiño a Iván. Solo ellos sabían que secreto escondían esas miradas pícaras y con tanta complicidad.

- Qué bonito sitio, ¿verdad? – preguntó Sofía a Iván.

- Si, la verdad es que todo lo que hemos visto ha merecido la pena. Sin duda este viaje, para mí es uno de los mejores que he hecho desde hace tiempo – contestó Iván muy convencido.

- ¿Sueles viajar con frecuencia?

- Sí, bastante, suelo hacer un viaje, una o dos veces al año – contestó Iván.

- ¿De dónde eres, que tienes ese bonito acento?, preguntó Sofía con curiosidad.

- Gracias mi niña, soy canario, de Tenerife – dijo sonriendo y clavando su mirada en los labios rojos de Sofía.

Marta se sintió un poco ignorada en la conversación, y decidió adelantarse con el resto del grupo, dando una palmadita muy cómplice, a su madre.

- Me encanta Tenerife, he estado ya tres veces en tu isla, y me encantaría volver.

- Pues mira, te invito con mucho gusto, estaría encantado de recibirte en mi casa – exclamó Iván con entusiasmo.

- Muchas gracias, te tomo la palabra – dijo Sofía con decisión, mirándole fijamente a los ojos.

- Siempre cumplo mi palabra, y más si la invitada es una mujer tan atractiva como tú.

- Gracias, me voy a poner colorada – dijo Sofía coqueteando.

- No lo creo, ya debes de estar cansada de que te lo digan los hombres.

- ¡Qué va, no te creas! , los piropos ya están en extinción, y es una pena, que ya ni siquiera te miren ni los obreros, que están con el

móvil en la mano – contestó muy divertida.

Iván rio a carcajadas, y asintió con la cabeza.

- Menos mal que yo de la vista estoy fenomenal, hay que estar muy ciego para no darse la vuelta al ver pasar a una mujer como tú.

Sofía miró hacia abajo, y comenzó a tocarse el pelo con nerviosismo. Sin duda ese hombre la provocaba una sensación extraña, y la estaba rompiendo los esquemas. Si la hubieran preguntado sobre él, días antes, diría que aparentaba ser un hombre tranquilo, reservado y poco sociable, pero sin embargo, y al contrario de sus prejuicios, se encontraba frente a un hombre con mucha labia, muy atractivo, directo, y sobre todo muy seductor.

- Gracias otra vez, pero no hace falta que sigas concursando, que ya te has ganado el primer premio de halagador del día – dijo Sofía con cierta provocación.

- Ah, ¿sí?, pues estaré pendiente en la entrega de premios, a ver qué es lo que he ganado – contestó Iván con picardía.

Ambos rieron y se miraron con mucha atracción.

- ¿Dime, estás casado, tienes pareja? – preguntó Sofía de forma impulsiva y fruto del nerviosismo.

Iván no se esperaba esa pregunta, y le pilló de sorpresa. Se quedó un poco serio, y en silencio. Algo le hizo recordar un episodio que no le agradaba demasiado. Sofía se había dado cuenta también de su reacción, y enseguida quiso romper el silencio con un tono más desenfadado.

- Perdona, que lo mismo dirás que soy un poco cotilla, y no era mi intención.

- No, no pasa nada. Simplemente no me apetece mucho hablar del tema. Pero para tu información, ni estoy casado, ni tengo novia.

- Lo siento, no quería hacerte sentir mal.

- No te preocupes, estoy bien, es solo que hay cosas que prefiero dejarlas en el pasado – contestó Iván muy sincero.

En ese momento, se unieron al grupo y continuaron paseando por la ciudad.

Llegaron a la catedral, y se quedaron impresionados por la fachada tan espectacular, por el arte que deslumbraba en su interior, y admiraron el precioso reloj astronómico. Al mediodía, Ana se unió al grupo. Se encontraba mucho más descansada, y se había cambiado de calzado. Comieron juntos en un restaurante con comida típica alsaciana, y luego aprovecharon a hacer algunas compras. Llegaron con tiempo suficiente para ducharse, y arreglarse para ir a cenar.

Eran las doce de la noche cuando Celia entraba en su habitación. Estaba agotada, más que ningún otro día. Había sido un día muy largo e intenso de caminatas, aunque se sentía afortunada por toda la gente que había conocido, y estaba muy emocionada porque ya estaba cerca del sitio que tanto anhelaba. La quedaba solo un día para volver a su rincón mágico, como ella siempre, había llamado, al desván que tenía su abuela en la planta de arriba, a dos metros de su habitación, en el que había pasado tantas horas con sus amigos, compartiendo meriendas, juegos, risas y sueños.

Con una sonrisa, se tumbó boca abajo en la cama, y apoyada en un cómodo cojín, pulsó el botón de grabación del mensaje.

Quinto día. ¿Cómo estáis? Espero que me echéis un poquito de menos, ¡más os vale!... Hoy no me sale casi la voz, de lo cansada que estoy, ¡pero por aquí, todo genial! Estamos en Estrasburgo, y ya estoy contando las horas que me quedan para llegar a Colmar. Y os preguntareis si hoy he conocido a alguien nuevo, ¿a que sí?, ¡pero qué listillos que sois!..., pues sí, he conocido a una mujer increíble, Sofía, de la que he aprendido mucho. Una mujer muy optimista, madre soltera, y con un par de ovarios, ha ganado la batalla a la enfermedad maldita, ¡sí señor, una campeona, y si la veis... es guapísima! Vamos casi tanto como yo... - y se rió a

carcajadas - Creo que tiene embobado al guaperas del grupo, Iván, el hombre misterioso, me da que aquí hay tema, no sé... pero bueno, me dejo de tonterías, y me voy a la cama, toi muerta. Aquí os mando estas fotos para que vayáis conociendo a mi nueva mini pandi. Ya podéis ir averiguando quién es quién, no os pienso dar ni una pista. Un beso, os quiero. Muack.

El despertador sonó a las siete y media de la mañana. Esta vez, Luis les había dejado dormir un poco más, ya que era el último día del viaje, y algunas personas, como Celia, habrían llegado al final del recorrido. El resto, continuarían un día más, hasta llegar a Mulhouse y desde allí, saldrían rumbo a sus diferentes destinos.

Celia tenía sentimientos encontrados; por un lado se sentía entusiasmada por llegar a Colmar, pero por otro, tenía mucha pena por dejar de ver a esas estupendas personas, con las que había compartido tantas confidencias durante estos días, y de las que había aprendido tantas cosas.

Luis estaba en el mostrador de recepción, y observaba las caras de satisfacción que irradiaban cada uno de ellos. Era algo que le hacía sentir muy bien, tanto a nivel profesional, como personal, ya que había conectado con ese grupo, más que con cualquier otro grupo, en los diez años de profesión, que llevaba como guía turístico. La buena organización, la seriedad, y la puntualidad que habían demostrado todos, le había hecho muy fácil realizar ese recorrido.

Ana entablaba una conversación muy distendida con él, mientras Charo e Iván parecían haber iniciado una conversación muy divertida, que no parecía gustarle demasiado a Sofía, que les miraba de reojo y con cierto recelo.

Ricardo se acercó a Celia y con un gesto muy cariñoso le ofreció un bombón que había comprado el día anterior, en una de las tiendas más selectas de Estrasburgo.

Celia, mientras saboreaba el delicioso bombón, observaba a su amiga Idoia, que no parecía estar tan melosa con Jorge, pero dudaba que en tan solo cinco días, pudieran estar atravesando una crisis de pareja, si apenas les había visto besarse en público, más que en dos ocasiones... Enseguida, Jorge, desarmó la teoría de posible crisis y de forma muy espontánea, abrazó a Idoia

por la cintura y la dio un beso muy pícaro en el cuello.

En ese momento, Celia sonrió al recordar que la noche anterior, había oído ruidos muy sospechosos, con ecos de deseo, desenfreno y frenesí. El cabecero de su cama se movió en varias ocasiones, y sin duda, las paredes de papel, desvelaban que en la habitación de al lado, se estaba viviendo un momento erótico festivo, con final muy feliz, por los gritos, suspiros y gemidos de los protagonistas. Celia dudaba si pudieran ser los dos tortolitos, o bien Ana y Ricardo, que estaban dando rienda a la pasión más desenfrenada.

Llegaron a la estación, cerca de las nueve de la mañana, y Ana, se ofreció directamente a sentarse junto a Celia, nada más subirse al tren.

Ricardo no puso ningún inconveniente, y le apetecía relacionarse con el resto del grupo, con el que ya les unía más confianza. Charo que parecía estar llamando la atención de Iván, para que se sentara a su lado, disimuló su cara de decepción, al ver que Iván pasaba de largo, y elegía sentarse al lado de Sofía. Ricardo, sin dudarlo ni un segundo, se sentó junto a Charo, con la que se divertía bastante, por los chascarrillos que continuamente soltaba.

Luis cerró la puerta del vagón, y sin micrófono, dirigió unas palabras de agradecimiento a todo el grupo.

Como sabéis, estamos llegando al final de este itinerario, y quería aprovechar la ocasión, para daros las gracias a todos, por la fantástica semana que me habéis hecho pasar. Sois uno de los mejores grupos que recuerdo, y sinceramente me siento afortunado por haber conocido a tan buena gente. Sé que a ella seguramente no le guste, porque parece una chica prudente, pero quisiera agradecer a Celia la buena actitud que ha demostrado desde el minuto uno, para relacionarse con todos. Para nosotros los guías, es muy importante crear un buen espíritu de grupo, y que todos os relacionéis lo máximo posible. Somos conscientes de que no es fácil, porque en estos viajes, suele ser más habitual ver parejas, o amigas y amigos que vienen juntos y que apenas se separan, ya que prefieren hacer el viaje por libre, sin relacionarse con el resto. Aunque siempre intentamos hacer que os relacionéis, no siempre lo conseguimos. Por eso, y muy sorprendido gratamente, quiero hacer esta especial mención: Celia – dijo señalándola con la mano – me lo has puesto muy fácil, gracias por tener ese interés por conocer a los demás y por compartir de una forma tan especial, este bonito viaje. Sabemos que te

bajarás en la próxima parada, y deseo que disfrutes de estos días que te quedan, en ese maravilloso lugar que tantas ganas tienes de pisar otra vez.

Celia se sintió un poco avergonzada, al sentirse el centro de atención, y se emocionó cuando, tras las palabras de agradecimiento de Luis, escuchó los aplausos de sus compañeros de viaje, en especial el de Idoia, que con los ojos un poco llorosos, aplaudía con fuerza, a grito de guapa.

- Muchísimas gracias, no sigáis que aunque no soy de lágrima fácil, de verdad vais a conseguir que termine llorando y hoy me he puesto rímel – dijo Celia con tono divertido.

- No te conozco, pero estos días sí me he dado cuenta del agrado con el que hablas a las personas, esa empatía, es una habilidad que no tiene mucha gente, justamente ayer, lo hablábamos Ricardo y yo – comentó Ana con sinceridad.

- Muchas gracias, sí, me encanta conocer gente, y reconozco que soy muy parlanchina, es verdad, debe ser hereditario, mi madre también era así – contestó Celia con nostalgia.

- Yo, sin embargo, soy bastante tímida, me cuesta mucho relacionarme. En eso Ricardo y yo somos el agua y el fuego. Él es todo lo contrario, es mucho más extrovertido, y quizás por eso llevamos treinta años juntos, nos complementamos bien.

- ¿Treinta años juntos?, ¡guau, es una barbaridad!, ¿os casasteis muy jovencitos entonces? – preguntó Celia.

- Empezamos a salir a los veintiuno, pero nos casamos a los veintisiete.

- ¿Tenéis hijos? – preguntó Celia con interés

- No, lo intentamos durante años, pero mi cuerpo no estaba en disposición – contestó Ana con resignación.

- En ese sentido, lo hemos llevado muy bien. Ricardo siempre ha sido muy comprensivo conmigo y me ha apoyado en todas mis decisiones. Durante dos años, estuvimos en tratamiento para la fecundación in vitro, pero tras cuatro intentos fallidos, desistí de continuar. Terminé agotada por la medicación, los continuos controles, las hormonas, y todo lo que se te revoluciona la cabeza y el cuerpo. Siempre quisimos formar una familia, y tener un hijo para mí era un sueño. En ese momento acepté que si el cuerpo no estaba de mi lado, no se podía forzar. Después de un tiempo, pensamos en la alternativa de la adopción. Ahora, que estamos completamente convencidos, ya hemos iniciado los trámites para poder adoptar.

- Me parece una maravillosa opción. Dar la oportunidad de dar amor a alguien que posiblemente no tenga las mismas condiciones de vida en el lugar que esté, es un gesto muy generoso y digno de admirar – intervino Celia.

- Así es, estamos muy ilusionados, pero sabemos que estos trámites van muy lentos, y son largos en el tiempo. Ya vamos teniendo una edad, y es lo que más nos preocupa...

- ¡Pero si se os ve súper bien a los dos! – exclamó Celia.

- Gracias, pero ya no somos tan jovencitos..., hemos pasado el medio siglo. A mí me gustaría poder tirarme al suelo y jugar con mi niño o niña; trato de hacer ejercicio todos los días y mantenerme en forma, para no parecer una abuela, más que una madre.

- ¿Y tú, tienes hijos? – preguntó Ana.

- No, tengo un hermano de once años, que ha sido casi como un hijo....; tener tanta diferencia de edad es lo que tiene... Pero me encantaría tenerlos en un futuro, no muy lejano. De hecho, siempre soñé con formar una familia cuando tuviera veinticinco años, y tener dos o tres niños, pero las circunstancias no son siempre como tú las deseas; de momento ya voy con dos años de retraso... – rio Celia – así que tendré que pensar en tener solo la parejita.

- ¿Tienes pareja?

- No, soy soltera y a este paso, creo que ya me voy a afiliarse al grupo de “solteras para vestir santos”, que aquí no se está nada mal – rio a carcajadas - La verdad, es que aún no he encontrado a la persona, simplemente eso. Creo que solo me he enamorado una vez, cuando tenía dieciséis años, Pierre se llamaba. Ese chico fue lo más parecido al príncipe azul que hubiera imaginado. Aunque no creo ya en príncipes de cuento. Bueno... viendo ayer la boda real británica, de Harry y Meghan, te confieso que volví a creer un poco más, ¡qué guapos estaban!... – exclamó Celia, sonriendo y con entusiasmo - Creo que el amor se encuentra, quizás donde menos te lo esperes, o incluso muchas veces es él el que te busca a ti. Eso lo aprendí de mi amigo Manuel, un hombre maravilloso que venía en nuestro grupo, y que se bajó en Ginebra para reunirse con el amor de su vida, Lola. Una historia que me enterneció de verdad.

- Sí, estoy de acuerdo contigo, pero solo en parte, creo que el amor se encuentra, pero también hay que ayudar al destino muchas veces. Las cosas surgen y lo ideal es que fluyan por sí solas, pero si tú no dieras un empujoncito, pienso que muchas historias nunca podrían suceder. Efectivamente, puedes pensar que el amor puede llamar a tu puerta un día de estos, pero si exploras detrás de esa

puerta, y sales de tu zona de confort, estarás mucho más expuesta a que te pueda encontrar y descubres un mundo de posibilidades nuevas. Quizás el hecho de no querer salir o descubrirte, solo tiene un nombre, se llama miedo – dijo Ana sonriendo con complicidad.

- ¿Qué pasó con ese chico del que te enamoraste?

- No volví a saber de él. Bueno en realidad, él me escribía, pero yo no le contestaba. No te sabría decir qué es lo que me pasó, creo que aunque me creía madura, en realidad, no lo era. Quería muchísimo a ese chico. Él era muy guapo, y tenía a muchas mujeres alrededor, quizás me faltó algo importante que es la confianza en mí misma, y también la confianza en él. Yo solo le veía los veranos y navidades, y quizás temía que durante el resto del año, él pudiera estar con otras mujeres. Nunca creí en las relaciones a distancia, y quizás es una excusa que me puse, simplemente me puse esa coraza y perdí mi gran oportunidad, a veces me arrepiento... Te diré que después de Pierre no me he vuelto a enamorar de nadie más.

- No lo sé, a veces, sí he pensado que puede ser que tenga miedo al compromiso, mis amigos me lo repiten continuamente, y al final voy a tener que creérmelo de verdad. Pero sinceramente, creo que me he vuelto cómoda y la vida que llevo me hace bien, creo que la felicidad son momentos, y trato de vivirlos intensamente, por eso no percibo que tenga falta de ningún complemento. Quizás esto pueda parecer un poco egoísta o vanidoso, pero es una forma de vivir que ni siquiera he elegido yo, es la que por circunstancias estoy viviendo, sin más, día a día hago lo que me gusta, y disfruto de los pequeños detalles, que son los que más cuentan. Aunque volviendo a lo que decías antes, me tendré que plantear en abrir más la puerta, y asomarme un poco ¡a ver qué hay por ahí!, eso sí, ¡espero que no haya mucha corriente!... – dijo Celia entusiasta, provocando la sonrisa de Ana.

- Me gusta eso que dices de los momentos, pero no estoy de acuerdo contigo en lo del complemento. Pienso que la vida está hecha para dos, y compartir cosas con alguien que te ama, y al que amas, que te admira y al que admiras, que te hace feliz y al que haces feliz, es maravilloso. Lo difícil realmente, es encontrar a esa persona, eso es verdad...dijo Ana, con total convencimiento.

- Me alegro mucho por ti, y que hayas encontrado a esa persona en Ricardo – dijo Celia con firmeza.

Ana cambió el gesto de la cara, giró la cabeza y se puso a mirar por la ventana, suspirando fuertemente y conteniendo el deseo de decir algo, que necesitaba soltar.

- Si te dijera que no es él la persona con la que comparto ese sentimiento, pero sí mi vida, ¿te lo creerías? – preguntó Ana despertando un gran interés en Celia.

- Ricardo y yo tenemos una relación muy diferente a los demás matrimonios. Nos queremos muchísimo y llevamos casi una vida juntos, nos entendemos bien. Pero a nosotros ya se nos acabó el amor. Ambos tenemos una mente muy abierta, y nos consideramos mucho más liberales que otras parejas de nuestra edad. Un día, decidimos, por mutuo acuerdo, que era el momento de probar algo diferente, y visitamos un local de intercambio de parejas. Era la primera vez que ambos sentíamos la necesidad de liberar nuestro cuerpo de la mente, y de comprobar que podíamos estar con otras personas, sin perder nuestro compromiso y nuestros valores como pareja, entre ellos el respeto y el cariño. A partir de ese día, nos dimos cuenta de que aquello era un aliciente nuevo que nos aportaba oxígeno fresco en nuestra relación, sobre todo en nuestra intimidad, que ya prácticamente estaba muerta.

Celia tenía los ojos muy abiertos y escuchaba atónita y muy sorprendida por la naturalidad que expresaba Ana, al confesar a una desconocida, algo tan íntimo.

- Desde entonces, alternamos con distintas personas, y tanto él como yo, nos respetamos muchísimo. De hecho, no tenemos ningún problema para comentarlo, aunque evitamos dar ciertos detalles.

- Pero..., y perdona que te lo pregunte así de directa, y ¿a ti no te molesta que él se acueste con otras mujeres y luego se meta contigo en la cama? – intervino Celia con asombro.

- No me molesta cariño, claro que no, es algo que hemos pactado los dos, y de lo que somos muy consecuentes ambos. Ese es el trato y es nuestra manera de vivir la relación. Somos ahora mucho más felices que antes, y nos seguimos llevando muy bien, sin ningún tipo de rencor. Yo me alegro cuando le veo contento y sé que está disfrutando, y a él le pasa lo mismo conmigo. Ninguno de los dos somos nada celosos.

- Y ¿cuándo tengáis hijos, habéis pensado en? – se quedó callada Celia, sin saber cómo terminar la frase.

- Cuando adoptemos a nuestros hijos, seguiremos haciendo lo que nos hace feliz a los dos, y sin duda, anteponiendo nuestro deber como madre y padre, marcando otras prioridades, pero creemos que este estilo de vida, no debería influir en el amor y en la educación que les daremos a nuestros hijos, en un futuro.

- Perdona, me parece muy coherente lo que dices, en serio, pero quizás soy un poco clasista y esa forma de vida tan liberal, rompe un poco mis esquemas, y por eso te preguntaba – dijo Celia, algo avergonzada.

- Es normal, las parejas liberales no vamos por ahí contándole a todo el mundo lo que hacemos, eso es bastante íntimo y

personal. Sabes que los prejuicios y las críticas hacen mucho daño en esta sociedad, y lo que rompe patrones estándares, no gusta demasiado. Pero no hacemos daño a nadie, y simplemente con esta forma de vida, somos más felices.

- ¿Alguna vez te has enamorado de alguien que has conocido o con el que hayas estado? – preguntó Celia muy intrigada.

- Sí, y sigo muy enamorada aún. Además le conoces...

Celia se giró bruscamente hacia Ana, y con las manos entrelazadas, le lanzó una mirada cómplice que con mucho asombro, la incitó a descubrir, con premura, el nombre de esa misteriosa persona.

- Es Luis – dijo Ana sonriendo.

Celia se quedó boquiabierta, y no daba crédito a lo que estaba escuchando. En ese momento, miró hacia adelante y vio a Luis sentado con Iván, charlando animadamente y sin percatarse que en ese mismo instante, era el protagonista de la conversación, y estaba siendo informada de una historia, que jamás hubiera pensado que existiera entre ellos. No podía creerlo.

Ana comenzó a reírse, al ver la cara de susto de Celia, y continuó su confesión.

- Conozco a Luis desde hace cinco años. Coincidí con él en un viaje que hice con una amiga a Marruecos. Él trabajaba por entonces en otra empresa de viajes, y organizaba tours por el desierto del Sahara. Desde que nos cruzamos por primera vez, y nos miramos a los ojos, sentí un cosquilleo en el estómago, que nunca antes había sentido con otro hombre. Cuando me cogió la mano y me ayudó a subir al jeep que nos llevaba a pasar la noche en el desierto, llámalo química, chispa, feeling, deseo, lo que quieras, pero todo eso junto, se activó en cuestión de segundos. Aquella noche dormimos juntos en la jaima, en el silencio de la noche, allí perdidos en medio de la

nada, bajo un cielo lleno de estrellas; una experiencia única y muy especial, que se la recomendaría a todo el mundo. Hicimos el amor, entregándonos a la pasión, con un deseo incontrolable, sin pensar en nada más, que en sentirnos el uno al otro.

- Mi amiga nunca me perdonará que la dejara sola en la otra jaima, con otra pareja y una familia de bereberes, a su custodia.

- No le volví a ver más hasta el año siguiente, cuando recibí un mensaje de publicidad en mi correo electrónico, que anunciaba circuitos por Europa, donde se veían varias fotografías de grupos, y en una de las fotos, vi a Luis en el centro; aquel día me dio un vuelco el corazón. No podía quitármelo de la cabeza noche y día, y su imagen se había quedado grabada a fuego en mi cabeza y en mi corazón. Se lo conté a Ricardo, y me animó a que me pusiera en contacto con la agencia de viajes y preguntara por él. Después de contactar con ellos, y asegurarme qué circuito llevaba Luis, emprendí viaje rumbo a Italia, y allí volvimos a disfrutar, como dos adolescentes, durante una semana completa, noche tras noche. Me hizo sentir muy feliz, y estuvo pendiente de mí en cada momento.

- A raíz de ese viaje, ya mantuvimos el contacto telefónico, y siempre aprovechaba a hablar con él cuando no estaba Ricardo en casa. Aunque mi marido conocía nuestra historia, algo me decía, que no le gustaba demasiado que pasara horas y horas al teléfono con Luis y fue la primera vez que le noté algo celoso.

- Después de ese viaje a Italia, volvimos a vernos seis meses después, en un circuito por Croacia, y luego en otro tour por Alemania. En ese viaje fue sincero conmigo y me dijo que tenía novia desde hacía tiempo, y estaba a punto de casarse, pero que se encontraba muy confuso porque sentía algo muy fuerte por mí, y lo estaba pasando muy mal. Me pidió tiempo para aclarar sus ideas y después de varios meses de seguir en contacto, dejó de llamarme y de escribirme, y tampoco contestaba a mis llamadas ni a mis

mensajes. Pasaron dos años, hasta que hace un par de meses me llamó, y me dijo que al final no se había casado, que me echaba muchísimo de menos, y que necesitaba verme.

- Yo no dudé ni un momento en venir a verle. Oír su voz hizo acelerar mi corazón a mil, y el cuerpo me temblaba. Le echaba tanto de menos, que no pude evitar llorar cuando colgué el teléfono. Al contárselo a Ricardo, me pidió si me podía acompañar, con la excusa de ver Suiza y la Alsacia, que eran sitios que tenía mucha ilusión por conocer. Pero en realidad, le conozco demasiado bien como para saber que no es el motivo principal, sino que quería conocer a Luis y descubrir qué hombre es el que tan feliz está haciendo a su mujer. Pienso que Ricardo no lo está llevando demasiado bien, y siento que está un poco celoso, es la primera vez que le veo tan irascible, tan serio y tan poco comunicativo conmigo.

- Uf, madre mía Ana, me estoy quedando alucinada con esta historia, de verdad, que si me pinchan ahora, ni sangro... - interrumpió Celia. Luis es un auténtico profesional, porque en ningún momento le he visto con un trato diferente contigo y eso sí, miradas he visto muchísimas, porque no te quita ojo en ningún momento, pero de ahí a pensar que estabais juntos... - dijo Celia con incredulidad.

- Sí, para él esto es su vida. Adora su trabajo, y es muy reservado y discreto con sus cosas, mucho más aún con su vida íntima – aclaró Ana.

- ¿Y cómo llevas, estar tan lejos de la persona que amas? - preguntó Celia.

- Regular, pero ya me he acostumbrado. Algún día esto se acabará, y por eso lo quiero disfrutar al máximo, mientras pueda. Mi vida está en España, con Ricardo, y así lo he elegido. Tenemos un

proyecto en común, que es formar una familia, y sinceramente es lo que más deseo en el mundo.

- ¿Pero, qué situación más complicada, ¿no?, debes sufrir en realidad por amar a alguien y no tenerle en tus planes de vida en un futuro?, perdóname, pero me cuesta entenderlo.... – dijo Celia con franqueza.

- Sé que es difícil entenderlo, es cierto, pero en esta decisión, ya he elegido Celia, elegí a Ricardo desde hace mucho tiempo, y por eso estoy con él. Me siento afortunada. Ricardo me da cariño, me da otro tipo de amor, me da estabilidad, confianza, es muy bueno conmigo y en la vida es muy difícil recibir todas esas cosas juntas de una misma persona. Todo eso lo tendré para siempre, aunque me falte la otra parte, que solo tendré de vez en cuando.

Celia se quedó en silencio, tratando de digerir esa última frase de Ana, que con tanta seguridad había pronunciado, e intentando comprender que había renunciado al verdadero amor, por una relación de cariño y comprensión. Sin duda, esa reflexión la hizo darse cuenta de que hay diferentes formas de amar, que hasta ahora no había conocido.

Luis en ese momento, se levantó como si percibiera que estaban hablando de él, y se dirigió hacia ellas, guiñando un ojo a Ana, quién le devolvió la sonrisa con mucha coquetería.

Condenado al recuerdo

Iván y Sofía se habían sentado juntos en ese trayecto, y lo hicieron de una forma muy natural, como si se conocieran de hacía más tiempo. No paraban de hablar, y entre ellos, solo se oían risas. Marta miraba de vez en cuando a su madre, y verla tanto tiempo sonreír, le hacía muy feliz.

- Siento que ayer no te contesté como merecías – dijo de repente Iván.

- No te preocupes, hay temas de los que a veces no te apetece hablar, y lo entendí perfectamente, a mí también me pasa.

- No estoy casado, y actualmente tampoco tengo novia. Desgraciadamente ella falleció hace un año – dijo Iván algo abatido.

- Cuánto lo siento, de verdad, no es necesario que hables del tema, si no quieres – interrumpió Sofía muy comprensiva.

- No, tranquila, ya está casi superado, aunque todavía recordarlo me hace daño. Llevábamos cinco años juntos, y quedaba un mes y medio para nuestra boda... - Iván cogió aire y suspiró muy lentamente, mientras miraba el paisaje, recuperando fuerzas para ser capaz de continuar.

- Siempre he sido un bala perdida, un picaflor que ha evitado el compromiso, y que no ha permitido que le robaran la independencia, para mí algo prioritario en mi vida, y que no estaba dispuesto a cambiarla por nada. No me podía quejar de la vida que llevaba, estaba muy a gusto, tenía trabajo estable, una familia maravillosa, y no me iba mal en las relaciones, afortunadamente he tenido bastantes, pero sin querer llegar a nada más con ellas. Sé que he hecho sufrir a algunas mujeres, y de eso me arrepiento mucho, fui un cobarde; no supe estar a la altura de las circunstancias cuando las veía llorar por mí y desaparecía sin más, sin dar ninguna explicación. La mayoría trataban insistentemente de hablar conmigo o de verme, para entender por qué había dejado de contestar a sus mensajes y a sus llamadas. Una vez decidía dejar la relación, evitaba tener ningún otro contacto. Pero por otro lado, no me sentía culpable porque en todo momento las decía que es lo que podían esperar de mí, y quise ir siempre, con esa verdad por delante. Aunque pocas entendieron mi comportamiento.

- Un día llegó Noelia, y me rompió todos los esquemas. Lo que parecía una aventura de dos días, se convirtió en una historia de amor de cinco años. Era la primera vez que sentí realmente lo que significaba estar enamorado.

- No me lo puso nada fácil, ella tenía otra relación y en esa ocasión me dieron de mi misma medicina. Ahí me di cuenta realmente, de cuánto se sufre en el otro lado, cuando quieres estar con alguien y esa persona no está por ti. Hice lo que jamás hubiera pensado que haría por una mujer, y luché por ella durante muchísimo tiempo. A los pocos meses, Noelia terminó su relación con ese chico, y según ella, ya sentía algo muy fuerte por mí, que fue el motivo que la impulsó a dejar la otra relación. La verdad es que me lo curré bastante y al final merecí la pena el esfuerzo. Noelia me correspondía de la misma manera, y estuvimos muy felices juntos. Nunca antes había amado a una mujer como a ella, ni creo que lo vuelva a hacer... - hizo una pausa mientras tragaba saliva.

Sofía se quedó mirándole fijamente, y vio como Iván, de forma muy sutil, giró la cara para que ella no pudiera ver que tenía los ojos cargados de lágrimas. Pero no quiso hacerle ningún comentario y prefirió respetar su momento, y dejarle que se desahogara.

- Quedaban pocas semanas para la boda, y decidimos hacer una escapada a Asturias con una pareja de amigos, que se habían casado el año anterior. El último día, y ya de regreso, Carlos nos invitó a comer, ya que era su cumpleaños, y nos paramos en un restaurante, que nos pillaba a mitad de camino. Carlos y yo estuvimos bebiendo más de la cuenta, y Noelia, que siempre era muy precavida y responsable, nos dijo que nos echáramos la siesta en el coche, antes de volver a casa. Ella y Sara, insistieron muchísimo en descansar un par de horas, e incluso Noe llegó a quitarme las llaves del coche, para conducir ella. Yo me enfadé porque me encontraba en condiciones de conducir, y le quité las llaves de nuevo. Carlos

apenas podía ni hablar de la borrachera que se había cogido con el vino, y se quedó dormido en el coche nada más arrancar. Noe me miraba muy seria y enfadada, y me seguía diciendo que le devolviera las llaves o se bajaba del coche.

- Yo, que me sentía un poco ridiculizado con todo ese numerito, la miré muy seriamente para darle la seguridad de que me encontraba bien, y podía conducir... - Iván se paró unos segundos y siguió hablando con la voz más quebrada.

- A la media hora de salir del restaurante, empecé a sentir mucha somnolencia. Abrí las ventanas, y puse música un poco alta para despejarme. Noe no dejaba de hablarme ni un momento, y cuando vio que había dado una cabezada en el volante, me gritó muy alto que parara el coche y que la dejara a ella conducir. Yo seguía sin hacerla caso, con mucho orgullo, y empeñado en que podía perfectamente llevar el volante; ya nos quedaba una hora para llegar, pero me equivoqué..., ella nunca llegó...

- Solo recuerdo un impacto fortísimo, y la cabeza de Noelia encima de mi hombro, con su cuerpo lleno de sangre. Aquello es un recuerdo, que en la vida podré superar. Reaccioné, muy desorientado, escuchando el timbre de voz muy alto, de un médico que me asistía, y de dos bomberos, que muy nerviosos, trataban de abrir la puerta derecha del copiloto. Vi a Carlos y a Bea tumbados en una camilla, dentro de la ambulancia, pero en ese momento se me aceleró el corazón, al no ver a Noelia por ningún sitio. El airbag me había salvado del impacto en la cabeza, pero no vi que hubiera saltado en el asiento de mi novia.

- El médico no paraba de preguntarme si me encontraba bien, y el policía al verme consciente, y respondiendo bien a todas las preguntas, preparaba su prueba de control de alcoholemia, que

evidentemente dio positivo.

- De repente, miré hacia atrás y vi un papel dorado en el suelo, que me hizo paralizar todo el cuerpo. Me quedé en estado de shock, y perdí el conocimiento. No me lo podré perdonar jamás en mi vida, y he estado a punto de quitarme de en medio, en varias ocasiones. Estoy en tratamiento psicológico desde entonces, y gracias a él y al apoyo de mi familia, ahora incluso puedo hablar sobre este tema.

Sofía muy emocionada, le cogió la mano, y le apretó con fuerza para tratar de darle ánimos en ese momento tan duro que estaba reviviendo.

- He pasado la condena en la cárcel, y esa experiencia no se la deseo a nadie, pero la otra condena es la peor, y esa la sufriré mientras viva – dijo Iván con mucho arrepentimiento.

Sofía no sabía qué decir para darle su apoyo y comprensión, y pensó en las palabras más oportunas que creía.

- Entiendo cómo te sientes, yo viví algo parecido con mi hija, cuando era pequeña. Por una negligencia mía, mi hija pudo perder la vida ahogada y es algo que tardé mucho tiempo en superar. Pero la vida, nos pone obstáculos en el camino, que debemos superar. Somos humanos, no perfectos, y hay que afrontarlo con dignidad y fortaleza, porque la vida sigue y ese aprendizaje nos tiene que servir para hacernos cada vez mejores personas – dijo Sofía con confianza.

- Gracias Sofía por ser tan comprensiva, pero tu hija vive, y Noelia no, yo fui el culpable de que ella no esté aquí ahora. Es algo que no se puede olvidar, por más que lo intente, es imposible. Aunque el psicólogo me ha pedido que vuelva a conducir, y supere ese trauma, no me siento con fuerzas para volver a coger un coche, y no creo que lo vuelva a hacer, no me siento preparado.

- Ahora no lo estás, pero lo estarás, ¡tienes que intentarlo!. Los traumas se tienen que superar, y si recibes la ayuda profesional necesaria, lo harás, porque con ellos auestas te será imposible avanzar. Yo también he querido tirar la toalla, yo también he querido irme de este mundo, yo también he querido que me tragase la tierra, pero la vida es una gran oportunidad y hay vivirla, pese a lo que pese, ¡hay que vivirla, es un gran regalo!, – dijo Sofía con mucho ímpetu.

Iván la miró muy sorprendido por la seguridad que transmitían sus palabras. Dedujo que también ella tenía algo importante en su vida por lo que tuvo que luchar y mucho.

- Me encanta como te expresas y con qué pasión dices las cosas, eres una mujer muy especial Sofía, gracias por tus palabras – dijo Iván muy conmovido.

- Es verdad, es que pienso que primero te tienes que perdonar a ti mismo, para poder avanzar y seguir viviendo, sin ese perdón no podrás dejar de hipotecar tu vida, a un grave error que cometiste, pero por el que has pagado tu condena, la física y la emocional. Ahora ya solo te queda, dejar de castigarte y ser esclavo de tus pensamientos negativos – concluyó Sofía con seguridad.

- ¿Te ha mandado a este viaje mi psicólogo para que me hagas seguimiento? – quiso poner un cierre divertido a la conversación, Iván.

- No, perdona, a veces no me doy cuenta del ímpetu con el que digo las cosas, y lo mismo me meto donde no me llaman – contestó Sofía sonriendo.

- Gracias, creo que te he amargado un poco este viaje, y no

era mi intención – dijo Iván un poco avergonzado.

- De eso nada, todos tenemos algo que nos ha hecho daño, y poder compartir esos sentimientos con otra persona, a veces nos ayuda mucho. A mí también me pasó el otro día con Celia, que fue un encanto al escucharme y liberé con ella muchas tensiones. Nos aferramos mucho al pasado, pero hay que aprender de él y dejarlo ir, para vivir el presente, el ahora es lo que importa.

Iván volvió a mirar a Sofía a los labios, y sintió un impulso del que se contuvo, suspirando profundamente, y que interrumpió la voz de Luis, que les informaba, su llegada a la estación de Colmar.

Sofía se estremeció al sentirle tan cerca y percibir deseo en su mirada.

Marta se paró delante de su asiento, y miró a su madre con una sonrisa muy pícaro y la guiñó un ojo. Iván se percató de todo, y sonrió sin decir nada.

El reencuentro

Celia se encontraba muy emocionada al leer el nombre de Colmar en la estación. El corazón la palpitaba a mil por hora, y se empezó a poner muy nerviosa, al sentir cada vez más cerca, el momento de poder abrazar a su abuela, que tanto ansiaba.

Luis se acercó a ella y con mucho agradecimiento le dio un abrazo muy cariñoso.

- ¡Qué disfrutes muchísimo estos días en este lugar tan maravilloso! – dijo Luis.

- Gracias por todo Luis, ha sido una experiencia inolvidable.

Idoia y Jorge bajaron del tren y se quedaron en la puerta, esperando que bajara Celia, que aún se estaba despidiendo de Iván, Sofía y Marta.

- ¿Y ahora te vienen a buscar aquí, verdad? - preguntó Sofía con interés.

- Sí, viene mi primo a recogerme, ahora le avisaré que ya estoy en la estación, y tardará poco en llegar.

- Bueno princesa, ha sido un placer conocerte, y espero que todo te vaya muy bien por aquí, y dale un beso muy grande a mi tocaya Sophie. ¡Qué sigas siendo tan maravillosa confidente! y no olvides que si alguna vez vas a Somontano de Barbastro, allí tienes tu casa. Estaremos encantadas de recibirte – dijo Sofía mientras la daba un tierno abrazo.

- Muchas gracias Sofía, os seguiré escribiendo de vez en cuando, que ya tengo todos los teléfonos grabados. Espero que sigas con la misma vitalidad y fuerza y te recuperes completamente, eres un gran ejemplo de superación, me ha encantado conocerte.

Sofía se secó una lágrima mientras la daba un beso en la mejilla muy agradecida.

Marta le dio dos besos muy sonoros, e Iván también se despidió de ella con un abrazo y un guiño de ojos.

- ¡Cuídate mucho, mi niña!

Ana y Ricardo, esperaron su turno para acercarse a Celia.

- ¡Guapísima, qué te vaya bonito por aquí, y que seas muy feliz!, eres un encanto y espero que me escribas algún día desde tu rincón mágico, y me cuentes cómo te ha ido todo – dijo Ana con entusiasmo.

- ¡Claro que sí, eso está hecho!, gracias por enseñarme tantas cosas, y espero que me avises cuando tengáis al pequeño o a la

pequeña en casa, que me encantaría ir a conocerle.

- ¡Te llamaré, no te preocupes!, buena suerte cielo – se despidió Ana.

Ricardo le dio dos besos muy cariñosos y le deseó también una feliz estancia en Colmar.

Celia bajó del tren, y vio a Idoia con lágrimas en los ojos. Jorge la ofrecía su hombro de consuelo, y la abrazaba con fuerza, mientras veía como su amiga, se acercaba a ellos, y les abandonaba en ese estupendo viaje, que ya también para ellos, estaba a punto de acabar, a falta de un solo día.

Celia no pudo contener más la emoción, y se derrumbó abrazándose a Idoia. No entendía bien por qué en tan poco tiempo había sentido tanto cariño por alguien, pero con ella, la conexión había sido perfecta desde el primer minuto y se sentía muy feliz por ver tanto brillo en sus ojos, un brillo que tenía un único responsable y estaba abrazándola en ese momento.

- Toma, quédate con esta pulsera, así te acordarás de mí y de este viaje – dijo Idoia a Celia con congoja.

- Muchas gracias, me encanta, aunque no la tuviera, créeme que ya formas parte de mi club de amigos y no podrás salir de ahí tan fácilmente – contestó Celia.

Las dos se abrazaron fuertemente y se secaron las lágrimas mutuamente.

- Qué te vaya muy bien por aquí, disfruta todo lo que puedas, y ven a hacernos una visita a Donosti, ¡estás invitada!. Es una ciudad preciosa y ya no tienes excusa para no venir – dijo Jorge con una sonrisa muy sincera.

- Por supuesto que iré, y más pronto de lo que pensáis, así que id preparando ya la ruta de pinchos, que este verano allí estaré.

- Ya tienes alojamiento para cuando quieras, te tomo la palabra y te espero para el verano, ¡no me falles! – exclamó Idoia.

Celia se quedó un poco triste, al ver al grupo alejarse fuera de la estación, y subir al autobús, que les esperaba para hacer una visita al pueblo. Puso un mensaje a su primo Philippe, y este le contestó que en diez minutos pasaría a buscarla.

Mientras tanto, aprovechó para enviar un whatsapp a sus amigos.

¡Chicos, ya estoy en Colmar!. Estoy eufórica, y me tiembla todo..., estar en esta estación me ha removido algo por dentro, y no me caben más emociones, ¡estoy overbooking!. Me ha dado pena separarme de mis compañeros de viaje, sobre todo de Idoia, estoy un poco ploff, la verdad, ¿quién me iba a decir a mí, que podía coger tanto cariño a personas que solo he conocido desde hace seis días?. Estos días he conocido más a Ana, no recuerdo si os mencioné a este matrimonio. Al principio me parecían unos aburridos ella y su marido Ricardo. Los primeros días, apenas se hablaban entre ellos ni con el grupo, y pensé que era la típica pareja que habían llegado a la monotonía y no tenían buena relación. Pero nada más lejos de la realidad, ¡vaya si han vivido mis amigos!..., sí sí, se entienden a la perfección aunque no se aman, y llevan una relación liberal, vamos lo que viene siendo una pareja moderna, que se acuesta con quien quiere, pero que se respeta y se quiere, sí señor!. Ella está enamorada de Luis, el guía del viaje, ¡sí, sí, habéis escuchado bien!, pero no quiere dejar a Ricardo porque tienen un proyecto de familia y con él tiene todo lo que necesita. ¿A qué parece un culebrón? En fin..., que he aprendido que hay diferentes formas de querer, y todas son maravillosas. Se trata simplemente de amar, el cómo no importa.

Os dejo, que ya estoy viendo llegar con paso desgarbado a mi primo Philippe, al que tengo unas ganas tremendas de abrazar. Un beso, chao.

Philippe se acercó con una gran sonrisa, mostrando un gesto muy expresivo al ver a su prima tan cambiada y tan guapa. Se fundieron en un cariñoso abrazo y se miraron durante unos segundos con las manos cogidas y muy

emocionados.

- Comme tu es belle! – exclamó Philippe

- Merci beacoup mon chérie.

- ¡Qué ganas tenía de llegar!, me alegro tanto de verte, ¿cómo está la abuela, y Gabrielle, cómo estáis todos?

- Estamos bien todos, hace mucho tiempo te esperamos – dijo Philippe en un torpe acento español.

- Ay primo, qué ya se te ha olvidado el español, y voy a tener que darte unas clases de repaso estos días – dijo Celia muy divertida.

- Oui oui, lo necesito, solo hablo español con la abuela. Ma mère algunas veces habla también para no olvidarlo mais c'est difficile – contestó Philippe mientras guardaba la maleta de su prima en el maletero.

Celia se quedó ensimismada mirando por la ventana; recordaba perfectamente ese trayecto y los recuerdos comenzaron a aparecer en su memoria. Abrió la ventana, cerró los ojos, y respiró profundamente, atrapando ese aroma tan especial, que le devolvía a su presente tantas vivencias entrañables de su pasado. Las flores teñían de color los campos y las gotas de lluvia que caían débilmente, hacían más intenso ese olor a primavera y fresca.

Su primo Philippe la miraba sonriente y aunque ya habían pasado diez años, se unía a ella en la nostalgia del momento, y trataba de recuperar también los bonitos recuerdos que compartió con ella durante su infancia, en casa de su abuela.

Durante el trayecto, Philippe le contó que estaba felizmente casado, tenía dos niños y su faceta de padre, le estaba haciendo muy feliz. También le habló de su abuela, y de lo ilusionada que estaba por volver a verla. Sophie había estado varias noches sin dormir, por la emoción de volver a reencontrarse con su nieta.

Según se acercaba el coche, Celia divisó a su abuela, sentada en una silla balancín, sonriente y mirando fijamente hacia la verja, en espera de ver aparecer el coche en cualquier momento. Al oír el ruido del motor, que se adentraba lentamente en el porche, Sophie se levantó impaciente, incorporándose con algún esfuerzo y con la ayuda de su hija, que también la acompañaba.

Celia salió despavorida del coche y se fue inmediatamente a abrazar a su abuela. El corazón le latía a mil por hora. Sus lágrimas la impedían mirarla bien y no paró de acariciar su cara y de decirla lo guapa que estaba. Su abuela no pudo contener su emoción y la besó sin parar durante un buen rato, agarrándola fuertemente de su mano y llorando de felicidad por tenerla de nuevo en su casa.

- Cariño, qué preciosa estás, eres toda una mujer. No imaginas las ganas que tenía de abrazarte – exclamó Sophie.

- Yo también abuela, me moría de ganas por estar aquí y me alegro muchísimo de haber hecho este viaje, para mí ha sido inolvidable en todos los aspectos.

Su tía Sylvie observaba la escena con el gesto muy serio, esperando el acercamiento de su sobrina. Con pocas ganas de separarse de los brazos de su abuela, Celia consideró que debía dejar el rencor a un lado, y se acercó a su tía para saludarla. Sylvie reaccionó con bastante frialdad, y Sophie se lo recriminó con la mirada.

A los pocos minutos, llegó su tío François, este con el gesto muy sonriente, y al comprobar que ya había llegado la invitada, reaccionó con un entusiasmo desmedido, abrazando a Celia con mucho cariño y exclamando en un perfecto español, lo preciosa que estaba y lo mucho que había cambiado en esos años. François daba clases de español en una escuela de Colmar, desde hacía más de diez años.

Celia se sorprendió al verle tan emocionado y la hizo sentir muy bien el recibimiento tan especial que había tenido por parte de su familia, sin que lo mermara, lo más mínimo, la fría acogida de su tía Sylvie, la cual no fue ninguna sorpresa para ella..., y el sentimiento era recíproco. Celia no pudo perdonarla que no fuera a ver a su madre durante los dos años que estuvo enferma.

Sophie había preparado una merienda especial de bienvenida, para su nieta, y sacó unos refrescos acompañados de una bandeja de galletas de mantequilla, que sabía perfectamente, que eran la debilidad de Celia.

- Buf, abuela, qué buena pinta, ¡cuánto tiempo sin probar esta delicatesen!. ¡Mondie Mondie, Ils sont délicieux!

Sophie sonreía muy orgullosa y todavía incrédula de ver a su querida nieta frente a ella.

- Abuela, te veo estupenda, no parece que pasen los años por ti, estás como te recuerdo, igual, igual – dijo Celia con orgullo y dándole un beso en la frente.

- Hay cariño mío, tú que me miras con buenos ojos, porque estoy llena de arrugas, y ya tengo tantos achaques, que no sé qué parte del cuerpo me duele más – contestó Sophie acariciando con ternura la cara de Celia y abrazándola sobre su pecho.

- Y dime cielo, cómo te trata la vida, ¿tienes algún corazón afortunado esperándote en España?

- Qué va..., solo tengo el mío, de momento, sano y muy feliz, y ahora si

cabe, ¡más todavía! – contestó guiñando el ojo a su abuela.

- ¿Sigues teniendo contacto con Pierre y con Yvonne? – intervino François.

- Con Yvonne contacté hace unos cinco años o así, a través de Facebook. Me dijo que había terminado la carrera, y que estaba a punto de casarse, pero debió de borrar su perfil, porque intenté encontrarla de nuevo y no pude. Imagino que ya tendrá hijos y todo. Y de Pierre, no sé nada, desde hace muchos años..., - hizo una pausa y miró hacia el Olmo, con mucha nostalgia.

- Celia por unos segundos regresó al pasado y visualizó a Pierre escribiendo con una pequeña navaja, la frase “Je t’aime” rodeado por la inicial de su nombre, una C muy definida y marcada, que aún se diferenciaba desde lejos, en la corteza del árbol.

En ese instante se hizo un silencio algo incómodo, y Celia percibió el cruce de miradas que entre ellos se hacían, demostrando ser todos cómplices de algo, que era evidente, estaban a punto de comentarla.

- Yvonne y Pierre se casaron hace varios años, y tienen dos niñas; viven muy cerca de aquí – dijo François con decisión y esperando muy atento la reacción de Celia tras conocer la noticia.

Celia quiso disimular su asombro con una media sonrisa, pero no pudo evitar transmitir cierta desilusión, al saber que sus dos mejores amigos, al final se habían convertido en pareja, y además ya tenían familia. Sintió una punzada en el corazón, y muchos sentimientos encontrados, que no pensó que podría llegar a tener nunca. Por un lado se alegró por ellos, ambos eran personas a las que había querido mucho, pero por otro, no podía llegar a entender bien, cómo siendo tan distintos, ambos, habían terminado enamorándose.... Yvonne tenía otros intereses en la vida, era muy ambiciosa, tenía un gran sueño por cumplir, que era irse a trabajar como modelo a Estados Unidos, y no recordaba que estuviera en sus planes, casarse y quedarse en el pueblo a vivir.

- Vaya, ¡qué calladito se lo tenía Yvonne, no me dijo nunca nada, y mira qué le pregunté por Pierre...! - exclamó Celia algo decepcionada.

François y Sophie se miraron y se dieron cuenta enseguida, por el gesto de Celia, que la noticia no le había alegrado precisamente, o al menos, no lo reflejaban sus ojos.

- Philippe regresó con una bolsa, llena de comida, y con mucha energía y vitalidad, se dispuso a preparar una barbacoa para celebrar la llegada de su prima.

- He invitado a Pierre y a Yvonne, llegarán en un rato.

Celia no podía creerlo. Acababa de llegar y ya tenía el corazón en un puño de tantas emociones juntas. No solo estaba asimilando la noticia, que segundos antes había recibido, sino que tenía que pensar en cómo sería el reencuentro con ellos un rato más tarde.

- Ven cielo, ven que te quiero enseñar una cosa – dijo Sophie mientras agarraba a su nieta de la cintura y entraban en la casa.

Sophie, sacó un álbum muy antiguo que tenía guardado en la librería del comedor, y lo abrió con mucho entusiasmo, mostrando la primera página, en la que aparecían dos fotos pegadas. En la de la izquierda se veía a Sophie con Celine, en brazos y en la otra, a Sophie con Celia. Las dos, sentadas en el mismo balancín, que aún conservaba, en un estado impecable, en el mirador del jardín. En la foto se veía el increíble parecido de madre e hija cuando eran bebés, a la edad de un año.

- Eras clavadita a tu madre, y tenías el mismo pelo que ella - Sophie hizo una pausa, y suspiró con una enorme tristeza, al recordar a su hija fallecida.

Celia sonrió muy emocionada, ya que nunca antes había visto esa foto, o al menos no la recordaba.

- La echo tanto de menos... – comenzó a emocionarse Sophie. Me arrepiento de no haber ido a ver a mi hija mucho antes. Mi hija me necesitaba y nunca estuve a su lado. Me moriré con esa pena tan grande y el Señor me tendría que haber llevado a mí antes que a ella, no es justo. Nunca se está preparado para el sufrimiento de ver fallecer a un ser querido, pero cuando es tu hija a la que estás enterrando, tu corazón y tu alma se van con ella para siempre. Es un momento tan doloroso e indescriptible, que no hay consuelo en

la vida que pueda suplir esa agonía.

- Lo sé abuela, y siento mucho todo lo que has sufrido. Quiero pedirte perdón. Es una de las razones por las que estoy aquí. Nunca debí de haber hecho caso a mi madre, y te lo tenía que haber contado en su momento, y no ya cuando estaba gravemente enferma y ni a ti te reconocía. Perdóname abuela, pero ella me hizo prometerla día a día que no te dijera nada, en sus momentos fugaces de lucidez, aun cuando todavía estaba en casa y sabía que algo grave la sucedía. Sé que no quería preocuparnos, y que era un gesto de generosidad por su parte. Sabía que estabas muy lejos y no quería verte sufrir.

Ya en la residencia, apenas se acordaba de nuestros nombres, y todo sucedió muy deprisa, ya lo sabes – Celia sacó un pañuelo de tela, bordado por su abuela, y se secó las lágrimas que ya derramaban por sus mejillas.

Ambas se abrazaron fuertemente.

François entró en la sala, y con bastante delicadeza, tratando de no romper un momento tan íntimo, entre abuela y nieta; tosió suavemente, sin hacer demasiado ruido, pasando casi desapercibido hacia la cocina, para buscar un abridor de botellas y ayudar a su hijo Philippe a descorchar un vino espumoso, originario de la región, que había comprado para la ocasión.

Sylvie entró a continuación, y subió las escaleras hacia uno de los dormitorios, sin cruzar ni una sola palabra con su madre y su sobrina.

- Venga abuela, que nos están esperando todos y no querrás que nos vean llorar – exclamó Celia mientras ayudaba a levantarse a su abuela del sofá y le quitaba una lágrima de la mejilla.

En ese momento se escucharon unos gritos y unos pasos muy sonoros, corriendo hacia la puerta. Eran dos pequeñas que irradiaban pura energía y mucha curiosidad, divirtiéndose, en búsqueda del tesoro; unas gominolas, que les había comprado su tío Philippe, como ellas le llamaban, y que este había guardado en un cajón de la cocina.

Celia escuchó la voz de Pierre, y el corazón se le paró por un momento. No hubiera pensado jamás, que esas mariposas que había sentido de adolescente, se le volverían a posar de nuevo, y comenzaban a acariciar su estómago.

Yvonne entró por la verja, pidiendo un poco de silencio a las niñas, para

que no hicieran tanto ruido. Llevaba un plato en la mano, que por el borde, insinuaba ser un dulce casero, hecho por ella misma, en honor a su amiga, a la que hacía más de diez años que no veía.

Ambas se miraron y muy emocionadas se fundieron en un gran abrazo.

- Guau, Celia, ¡tu es belle, très belle!

- Merci beaucoup Yvonne, toi aussi.

- Me alegro muchísimo verte – dijo Yvonne en un español poco fluido y oxidado.

- Sí, ha pasado demasiado tiempo..., la última vez que te vi, te fui a buscar al instituto, y ya eres madre de familia – dijo Celia con mucha nostalgia

- Sí, la vida cambia - contestó Yvonne, con una sonrisa tímida, buscando con la mirada a sus pequeñas.

En ese momento, Celia observó de reojo, que Pierre se acercaba lentamente hacia ellas. Se giró y se encontró con esa mirada que tanto le había hechizado años antes. Esos ojos que aún la miraban con intensidad y con un lenguaje especial, que no necesitaba traducción ninguna...

Se abrazó fuertemente a ella, y la acarició los hombros, fijando su mirada en los labios de Celia.

- ¿Cómo estás?, se ve que la vida te trata bien, ¿me equivoco? – preguntó en un perfecto español.

Celia empezó a sentir un repentino tembleque de piernas, y se quedó tan paralizada, que no supo ni lo que le había preguntado. Le contestó lo primero que se le pasó por la cabeza.

- Sí, mi familia bien, muchas gracias.

Pierre comenzó a reír a carcajadas.

- Bueno, empiezo a creer que no tan bien, que el oído ya lo has perdido un poco...

- Ah perdona, estaba distraída, ¿qué me habías preguntado? – dijo ella algo avergonzada.

- ¿Cómo estás, cómo te va la vida?, me alegra muchísimo verte por aquí – repitió Pierre mirando a su mujer con mucha complicidad.

- Muy bien, feliz de estar aquí. No esperaba encontrarme con vosotros y ha sido una grata sorpresa – contestó Celia, intentando ser diplomáticamente correcta, aunque honestamente, no tenía ese sentimiento.

- ¡Cómo no íbamos a venir a verte, eso seguro que sí! – intervino Yvonne, con cierta torpeza, al tratar de coordinar bien las palabras en español.

Sophie observaba la escena, sentada en su balancín, y no quitaba ojo a su nieta. Era conocedora de la bonita historia de amor que Pierre y Celia habían tenido durante años, y aun sentía mucha rabia, al pensar que el curioso destino, les quiso separar, en el momento más inoportuno. De no haber sido así, ella estaba convencida, de que hubieran seguido juntos. Pierre amaba a su nieta hasta hacer verdaderas locuras por ella.

Celia intentaba aparentar normalidad, y sonreía sin parar, una risa nerviosa que Pierre sí supo identificar bien, a pesar de los años que habían pasado.

Ella sentía haber perdido el control de la situación, y tuvo unos deseos extraños, que quiso contener. Pierre había despertado de nuevo en ella, esos instintos dormidos, que hasta ahora no habían tenido ocasión de reaparecer. Por unos segundos, visualizó una escena, y vio cómo se acercaba con ímpetu a él, se lanzaba a sus brazos, y le besaba apasionadamente, sorprendiendo a todos, sin importarle absolutamente nada ni nadie. Pero inmediatamente abrió los ojos y volvió a la realidad. Su sentido común, y su habilidad para dar la vuelta a las emociones temporales, la ayudó a mantenerse en una actitud fría y algo distante, frente a sus amigos, ahora matrimonio; algo que aún no había sido capaz de asimilar.

Yvonne acudía a la llamada de una de sus hijas, que parecía estar enfadada con su hermana, y lloraba con mucha fuerza. En ese instante, Pierre sintió deseos de acercarse a Celia, y ambos se miraron con mucha complicidad.

- Me alegro mucho de volver a verte, ha sido una gran sorpresa saber que ibas a venir. Estás preciosa, y apenas has cambiado, sigues desprendiendo la misma luz al sonreír – dijo Pierre con nostalgia.

- Uf, ¡cuántos años sin oír esa frase!, veo que aun te acuerdas... - dijo Celia muy impactada y bajando la mirada.

- Cómo no recordarla, te la decía día tras día, no se me podría olvidar jamás – contestó él mirándola fijamente a los labios.

Celia comenzó a ponerse muy nerviosa, y sentía el latido de su corazón, bombeando a mil por hora. Las manos la temblaban y no paraba de moverse de un lado a otro, intentando disimular esas sensaciones, que sabía perfectamente que Pierre estaba notando en ella.

Se miraron fijamente a los ojos y en silencio, destaparon los sentimientos más sinceros, que ambos tenían guardados, y que diez años no habían sido capaces de borrar.

- Te he echado muchísimo de menos, te escribí cientos de cartas, pero jamás me contestaste. ¿Por qué Celia, me gustaría saber por qué? Nunca entendí por qué no viniste a verme – la reprochó Pierre, rompiendo el silencio.

- Tuve miedo, no podía soportar la distancia, creí que al estar tan lejos, pronto me olvidarías y harías tu vida, como la has hecho. Tenías muchas pretendientas en el pueblo, y te sería fácil encontrar el amor en otra mujer. Sé que Yvonne se alegró mucho cuando me fui.... – dijo con tono irónico. Yo también soñaba con verte aparecer detrás de mi puerta, demostrándome que lo nuestro era puro y verdadero, pero tampoco lo hiciste.

Pierre cambió el gesto y se puso algo tenso.

- Mi historia con Yvonne no comenzó hasta hace cinco años. Desde que te fuiste, todo fue diferente y no volví a ser el mismo de antes. Tuve mis flirteos, años después, pero no salí en serio con otra mujer. Ninguna me llenaba lo suficiente, ninguna me hacía reír como tú, ninguna me hacía sentir tan bien como tú.

Esas palabras conmovieron a Celia y sus ojos comenzaron a ponerse vidriosos, controlando con los dedos dejar caer alguna lágrima.

Pierre mientras tanto, la acariciaba el brazo, y la pedía disculpas, creyendo haberla hecho sentir mal.

- ¡Estas niñas acaban conmigo! – exclamó Yvonne uniéndose a Celia y a Pierre.

Celia, enseguida reprimió sus ganas de desahogarse, y secó sus lágrimas disimuladamente para no levantar sospechas innecesarias en su amiga.

Sophie, que la seguía observando, sin pestañear ni un segundo, se levantó de su balancín, y llegó muy oportunamente a rescatar a su nieta, de una

situación bastante incómoda.

- Allez ma chérie, que ya está preparada la barbacoa, y Philippe nos está llamando desde hace un rato – dijo Sophie a la vez que empujaba a Celia con complicidad y la separaba de ellos.

- Merci grand-mère – sonrió Celia y la dedicó un guiño.

- Ay hija mía, son demasiadas emociones para ti, en tan poco tiempo, y aun esto acaba de empezar... - insinuó Sophie suspirando, y mostrando naturalidad.

Durante unas horas, estuvieron todos juntos, junto a la barbacoa, comiendo, charlando, y pasando un rato muy agradable. Celia aprovechó para contarles las experiencias de su viaje, y les habló de las personas tan interesantes que había conocido. François la escuchaba ensimismado y muy interesado en conocer sus impresiones sobre el viaje, sobre los sitios que había visitado, y por cómo había ido conociendo a esas personas de las que tan bien hablaba.

Después, incluso se animó a jugar con las niñas, que la demandaban toda su atención, al oírla hablar en español con su abuela, y pidiéndola que las enseñara algunas palabras. Lejos de distraer la atención de sus padres, que parecían estar algo enfadados, por los gestos que se dedicaban el uno al otro, Pierre no dejó ni un momento de observarla, con gesto muy serio, pero a la vez, muy feliz por verla de nuevo. Sintió algo muy especial, cuando la vio sonreír, mientras jugaba con su hija Chloe, y su mente se fue de repente al pasado. Miró hacia el Olmo, comprobando que aún desde lejos, todavía se veía muy marcada la C que él mismo había escrito, cuando tenía diecisiete años, expresando con ese “Je t’aime” sus sentimientos más sinceros por esa mujer, a la que amaba con locura, y deseando que esa huella perdurara en la naturaleza para siempre.

Yvonne y Pierre se marcharon sobre las nueve de la noche, y Celia les acompañó hasta la verja, agradeciendo de corazón el detalle que habían tenido ambos, por ir a verla y por el recibimiento tan cariñoso que había tenido. Las niñas se abrazaron fuertemente a ella y la dijeron “adiós” en un casi perfecto español. Yvonne abrazó a Celia con mucha efusividad y Pierre tuvo el impulso de darla un beso en la mejilla, algo que la sorprendió mucho y que no esperaba.

- Bienvenue belle dame – dijo Pierre al despedirse.
- Merci Monsieur.

A la mañana siguiente, Celia se levantó con un terrible dolor de cabeza. Había dormido muy mal, y se había desvelado un par de veces. Eran demasiadas emociones, y todas juntas eran muy complicadas de ordenar. Recordó que la noche anterior, ni siquiera había enviado el mensaje de audio a sus amigos, y lo grabó después de desayunar. Sophie la había preparado unas tortitas con chocolate y se estaba sintiendo tan mimada como cuando era pequeña.

Bonjour mes amis, perdonad que ayer no me acordé de vosotros, bueno aclaro..., no me acordé de grabar el mensaje porque vosotros siempre estáis en mi mente..., uy ha sonado cursi y un poco pelota..., lo sé, pero es verdad. Ayer fue un día muy raro para mí, creo que me voy a volver un poco loca, y tengo el corazón muy revolucionado. El pobre ha entrado en una fase crítica, o mejor dicho, ya está un poco más allá, en S.O.S., Houston tenemos un problema...., Sí Silvia, no te veo la cara pero intuyo que cuando oigas esto, y tú que eres más lista que Calixta, sabrás porque es el tema de gabinete de crisis...., ¡pues eso!, voy a ver como lo resuelvo. Por lo demás, muy feliz con mi abuela, me tiene muy consentida, la adoro y está estupenda. Mi primo Philippe, sigue como siempre, está guapísimo, es un encanto, de verdad; ¡Esther tú harías muy buena pareja con él!. Mi tío François me está sorprendiendo gratamente, está casi todo el tiempo conmigo y no paramos de charlar. Mi tía Sylvie, es como si no existiera, no me dirige la palabra, ni siente ni padece, deambula por la casa sin hablarme ni casi mirarme, y me da mucha pena, porque yo la tengo muchísimo cariño, es lo más cercano a mi madre que tengo, y físicamente se parecen ahora más que nunca. Espero que algún día de estos, pueda averiguar qué es lo que la pasa conmigo y me gustaría irme haciendo las paces con ella, no quiero quedarme con ningún rencor. Un beso, ¡os quiero!

Sophie se dispuso a regar las flores del jardín, con ayuda de la persona que la ayudaba en casa, Marie, una mujer encantadora y muy atenta en todo momento de su abuela.

Celia quiso despejarse un poco, y decidió dar un paseo para recordar cada uno de los rincones que tanto anhelaba. Hacía un día radiante, y el cielo estaba casi despejado. Se puso una sudadera rosa de manga larga, y

las zapatillas que le había regalado su padre, en su último cumpleaños.

Dejó los cascos en casa, esta vez no quería pasear escuchando música; solo quería disfrutar del sonido de la naturaleza, de los pájaros, de las personas que se cruzaban con ella en bicicleta, del increíble colorido que asomaba por los campos, del sonido del pequeño arroyo que llevaba agua aún.

Caminó durante más de una hora, y regresó con las ideas algo más claras. Ese paseo la ayudó a enfrentarse a una realidad, que en el fondo, tenía que asumir y aceptar sin más. La vida de las personas continua, el tiempo no se para, y cada uno tiene que elegir un camino diferente. Reflexionó sobre los sentimientos que la unían a Pierre, y supo, nada más verle, que sin duda alguna, había sido su gran y único amor. Esas mariposas que acariciaban su estómago, solo las había sentido con él, y se preguntaba cómo era de curioso el destino, que es capaz de ponerte de frente al amor verdadero, pero a la vez también te lo aleja a su conveniencia. En ese momento recordó a Ana, y su historia con Luis. Se sintió identificada con esos sentimientos, aunque en su caso, ella no había elegido a ninguna otra persona para suplir otras necesidades que también, a su modo, te pudieran hacer ser feliz. Pensó que quizás muchas personas, en algún momento de su vida, sí encuentran el verdadero amor, pero no siempre terminan siendo pareja y compartiendo un proyecto juntos.

Se dirigió hacia el viejo Olmo, tocó el tronco con mucha nostalgia, se sentó en el suelo, apoyando su espalda en él, respiró profundamente y cerró los ojos. Muchos recuerdos la vinieron a la cabeza, y no pudo reprimir el llanto, que el día anterior tuvo que contener. Llanto que se acrecentó mucho más, cuando al levantarse, acarició con sus manos, cada letra grabada, del mensaje de Pierre, una a una. En ese momento, sintió una punzada en el corazón, al comprobar que había una nueva palabra escrita, que no había visto el día anterior: "Je t'aime encore" (Aun te amo). Se veía de un color más claro en la corteza, evidencia de que ese mensaje era mucho más reciente que el anterior.

Celia no podía salir de su asombro, y se quedó bloqueada. Quiso coger el móvil para hacerle una foto, pero recordó que se lo había dejado en la habitación. Si el día anterior su corazón estaba en crisis, ahora ya se encontraba al borde del infarto de emociones, y el dolor de cabeza volvió a

reaparecer nuevamente, esta vez, mucho más intenso. En cuestión de minutos eran tantas las preguntas que se hacía, que no lograba encajar el puzzle de sentimientos. Su gran amor, el hombre al que más había querido, allí estaba presente de nuevo, recordándola lo mucho que sentía por ella todavía.

Se estaba volviendo loca, y decidió volver a casa, y alejarse de ese rincón, tan importante para ella, que tanto la desestabilizaba.

François la vio llegar con la cara un poco desencajada, y la preguntó si se encontraba bien. Celia le sonrió y quitando importancia al tema, le dijo que había dado un paseo muy agradable, y que estaba muy feliz.

Subió a su habitación, y se tumbó en la cama mirando fijamente al techo. Necesitaba ese momento de soledad para pensar seriamente en ese hombre, que en un solo día, había cambiado por completo sus pensamientos, y estaba haciendo muy frágil y vulnerable a su corazón. No sabía bien qué es lo que debía hacer, y menos aun lo que quería hacer, pero lo que sí tenía claro, es que aún seguía amando a Pierre y se había auto engañado durante años, pensando que le había olvidado.

Sophie subía las escaleras agotada, y con el paso lento y sofocado. Llamó a la puerta de la habitación, un poco preocupada por la tardanza de Celia, al bajar a comer. Habían pasado ya dos horas, y la echaban en falta.

- Cariño, ¿te encuentras bien?

- Sí, estoy muy bien, no te preocupes. Me dolía la cabeza, y me he debido quedar dormida. Bajo ahora mismo.

A los cinco minutos, se unió a la mesa, bajo la atenta mirada de su tía, que recriminaba en bajo su tardanza en llegar a la mesa. Eran las únicas palabras que la había dedicado en esos días.

- Lo siento, me he quedado dormida, y ni me di cuenta de la hora - se excusó Celia.

François había estado haciendo pan esa mañana, y le había preparado unos bollitos a Celia y a Philippe.

- Está buenísimo tío, ¡qué sabor!, ¿cuándo has aprendido a hacer pan? – preguntó Celia

François sonrió y cogió también un trozo de bollo.

- Mi padre fue panadero en Colmar, durante muchos años, y yo he aprendido desde pequeño, estando con él. Ya hago pocas veces pan, es una elaboración que lleva bastante tiempo, y aunque está muy bueno, ya no me merece la pena dedicar tantas horas. Pero hoy era una ocasión especial, y quería que lo probaras.

- Pues un acierto, ¡sí señor, muy rico!

- Esta tarde tenemos que ir a hacer algunas compras al centro, ¿te apetece venirte con nosotros? – preguntó François.

- Sí, vale, ¡me parece una idea perfecta! – dijo Celia mirando a Sylvie y buscando su aprobación.

- Abuela, te vienes también, ¿verdad?

- No hija, ya no estoy para esos trotes. Además, conmigo tardaríais mucho tiempo en llegar a los sitios. Hoy me duele mucho la cadera y prefiero descansar.

Ya en el coche, Sylvie hizo varios intentos de buscar la mirada de Celia, y esta se ilusionó al percibir un posible acercamiento por parte de su tía, algo que le agradó enormemente.

Celia disfrutó paseando por las calles de Colmar. Estaba entusiasmada, y recordaba perfectamente cada rincón de la ciudad. Al llegar a la pequeña Venecia, se paró un minuto, y se quedó pensativa, contemplando el paso de las barcas y el color tan especial con el que lucían las casas de madera, alrededor del río.

- Me encanta, esto me encanta – exclamó en alto.

- Me alegro mucho que estés bien – intervino Sylvie mirando orgullosa a su sobrina.

- Gracias tía – contestó Celia muy incrédula por la mención que había tenido hacía ella.

François había estado hablando con Sylvie esa misma mañana. La recriminó el comportamiento tan frío y distante que estaba teniendo con su

sobrina, una niña por la que siempre había sentido debilidad.

- No entiendo porque te comportas así con ella, es tu sobrina, y sé que la quieres, por eso no me gusta lo que haces. Ella no tiene la culpa de nada, no debes seguir cargando tu rencor hacia Celia. Sabes perfectamente lo que esa criatura ha sufrido con la muerte de tu hermana, y tú no has estado a la altura Sylvie, no sé ni cómo te mira a la cara. Tu madre y tú sois su única familia materna, y no es justo que siendo de tu sangre, la ignores y la prives de tu cariño - dijo con dureza François.

- No seas cruel y me hagas recordar todo lo que pasó, no me siento preparada para revivirlo de nuevo, ¿es que no lo entiendes? – dijo ella sollozando.

- Ya lo hemos hablado muchas veces, y no puedo vivir así, con tus continuos reproches. Es muy difícil Sylvie, no sé qué más puedo hacer. Ya te pedí perdón, ya luché por ti, y porque esto funcionara. No puedo cambiar el pasado, y aunque he cometido errores en mi vida, este para mí no lo ha sido.

Sylvie enmudeció al escuchar estas palabras de su marido, que aun cargadas de razón, la hicieron daño y quiso asimilar en soledad. Salió de la habitación y se marchó llorando al dormitorio.

François se sentía satisfecho con el acercamiento de Sylvie a Celia, y aprovechó para adelantarse, dejándolas solas, con el deseo de que pudieran hablar tranquilamente y Sylvie tuviera el valor de darle las explicaciones oportunas a su sobrina.

- Perdóname por haberme mostrado tan distante, creo que no te lo mereces – se disculpó Sylvie.

- No pasa nada, yo tampoco he estado muy cariñosa contigo, lo reconozco.

- Sé que estás enfadada conmigo, y tienes razón para estarlo. No he sido una buena hermana, y tampoco he estado a la altura de mi familia – hizo una pausa y tragó saliva Sylvie. A veces las cosas las hacemos más difíciles de lo que son, y las circunstancias nos obligan a comportarnos de una forma egoísta y equivocada. Aunque no lo demostré con hechos, siempre quise a mi hermana Celine, la adoraba y para mí ha sido mi otra mitad. Sufrí mucho cuando supe

que estaba enferma, y no tuve el valor suficiente para asistir a su entierro. Sé que os fallé, en el momento en el que más me necesitabais. Es algo que jamás me podré perdonar a mí misma.

Sylvie comenzó a emocionarse, y tuvo que hacer una breve pausa, a la par que buscaba la mirada cómplice de François, que iba aminorando el paso, al intuir que había llegado el momento. François se acercó a ellas y las animó a sentarse en una terraza, buscando un rincón íntimo y adecuado, para hablar con tranquilidad y franqueza, tratando de enterrar, por fin, el secreto que habían estado guardando durante diez años.

Celia estaba un poco sorprendida por el cambio de actitud tan repentino de ambos, y parecía intuir que algo no iba del todo bien, según los gestos de seriedad que mostraban. Se sentó en la mesa con mucha expectación y con ganas de escuchar atentamente, lo que presentía, que cambiaría algo muy importante en su vida.

- Celia, cariño, François y yo teníamos muchas ganas de hablar contigo sobre un tema que nos ha estado torturando desde hace años – comenzó hablando Sylvie con mucha valentía y decisión.

Celia miraba atónita a su tía y sintió un pellizco en el corazón, al escuchar de sus labios, la palabra cariño, que ya había casi olvidado... También se sorprendió al oír cómo le llamaba a su tío por su nombre propio, cuando en cada conversación, siempre le mencionaba como tu tío, y lo recalca, de una forma especial.

- Como sabes, tu madre y yo nacimos aquí en Colmar, y aquí tuvimos una infancia muy feliz. Nos llevábamos solo un año de diferencia y teníamos la misma pandilla de amigos. Seguramente tu madre te contaría algo sobre aquel adolescente por el que bebía los vientos y del que se enamoró perdidamente.

Celia se inclinó hacia atrás, cruzó las piernas, y sin quitar la mirada fija en los ojos de su tía, asintió con la cabeza tímidamente, ya que apenas sabía nada sobre esa historia. Su madre siempre había evitado hablar demasiado sobre ese chico, y ni siquiera supo cuál era su nombre; algo que ansiaba averiguar, y parecía estar acercándose a tener la primera de sus respuestas...

- Mi madre sí me habló de él muchas veces, pero nunca me reveló su nombre ni más detalles de esa historia – dijo Celia expectante de seguir escuchando.

- Ese chico se llamaba Armand François. Un joven inquieto, atrevido y soñador, con el que tu madre tuvo una breve relación. Armand solo me llamaba Celine, nadie más me ha llamado nunca con ese nombre – intervino François, emocionado, con los labios temblorosos y haciendo un gran esfuerzo por no perder el control de la situación.

Celia no podía dar crédito, aquello la había impactado tanto, que apenas podía contener la risa nerviosa que la escudaba de semejante noticia.

Sylvie permanecía seria y concentrada en cada una de las palabras que pronunciaba su marido, tratando de soportar el dolor que la producía, recordar ese episodio de su pasado.

- Yo tuve un cariño muy especial por tu madre, pero sentimentalmente, nunca pude corresponderla como a ella la hubiera gustado. Sufrí por ello, ya que sé que Celine me quería, y me quería muchísimo; pero no podía ignorar a mi corazón, y este ya estaba ocupado por alguien, que se encuentra sentada en esta mesa. Sylvie ha sido el amor de mi vida, me ha hecho un hombre muy feliz y me siento muy afortunado por haber formado una bonita familia con ella.

Celia miró a Sylvie y ésta bajó la mirada, muy emocionada y respirando profundamente.

François comenzó a carraspear y el movimiento constante de sus manos, delataban su nerviosismo.

- Después de nuestra breve relación, Celine tardó un año en regresar al pueblo – prosiguió François tragando saliva y algo tenso.

Celia observó a Sylvie, y vio como sus ojos se llenaban de lágrimas. Completamente descolocada, trataba de descifrar que es lo que pudo provocar el llanto repentino de su tía, que permanecía impasible, seria, con gesto triste y ni siquiera había intervenido en ese relato, en el que también era protagonista.

- Cuando regresó... - hizo una pausa François, mirando con complicidad a Sylvie – llegó con una preciosa niña bajo sus brazos – François miró a Celia y acarició su cara - Nos contó que estaba muy feliz, se había enamorado de un hombre maravilloso, con el que había tenido a su hija, y tenía planes de casarse en breve.

- Yo estaba encantada de ver a mi hermana tan contenta. Ella ya me había

hablado de Antonio, meses atrás, y verla nuevamente con ese brillo en sus ojos, me hizo sentir muy bien. A partir de ese día, volvimos a recuperar la relación cómplice, de hermanas, que siempre habíamos tenido, y nos sentimos más unidas que nunca - intervino Sylvie.

Celia estaba muy confusa. Trataba de encajar la relación entre las lágrimas de su tía y el nerviosismo de su tío, que no se correspondía para nada con el desarrollo de la historia, que la estaban contando. Intuía que algo se estaba perdiendo en el camino...

- Me da la impresión de que no me estáis contando toda la verdad y hay algo que no me cuadra en esta historia. Creo ser lo suficientemente madura para aceptar las cosas, y no veo necesario que nos andemos por las ramas. Supongo que algo tan importante, tarde o temprano lo tenía que saber... ¿François, me estás tratando de decir que eres mi padre? – intervino Celia con decisión y mucho aplomo.

Sylvie y François se cogieron de las manos fuertemente y se miraron a los ojos con gesto serio.

- Sí Celia, lo soy – dijo François muy emocionado.

- No lo supe hasta que cumpliste diecisiete años. Fue entonces cuando Celine me lo comunicó. Esa noticia supuso un impacto enorme para mí. Es algo que no la pude perdonar a tu madre. Me privó de asumir una responsabilidad que me correspondía y de la que nunca hubiera querido desligarme. Sabes que siempre has sido muy especial para mí, y aun sin saber que eras mi hija, te he tratado como si lo fueras.

- Ella me pidió que no te lo dijera. Quería que cada uno de nosotros continuara su vida, sin que cambiara absolutamente nada. Me dijo que Antonio era tu verdadero padre, la persona que te había aceptado, aun sabiendo que no eras su hija biológica. Era un hombre bueno y cariñoso, que te había dado todo el amor incondicional que un padre puede dar a su hija.

- Yo tampoco lo supe Celia. Mi hermana jamás me lo había confesado antes. Lo tuvo en secreto durante todos esos años y ni siquiera mi madre lo sabe. Para mí fue una noticia que me desestabilizó tanto, que no supe afrontar con madurez. Reaccioné de una forma egoísta y me enfadé con el mundo, sin esforzarme por comprender que era injusto que François y mi hermana, pagaran los platos rotos por una historia del pasado, que ambos vivieron

libremente, fruto de unos sentimientos. Pero en ese momento, pensé en el dolor que me había causado el saber que mis hijos, tenían una hermana, en lugar de una prima, y me cegó la ira con Celine y François. Estaba tan dolida con mi hermana que la pedí que se marchara de casa al día siguiente.

Celia se quedó muy pensativa, y recordó perfectamente, la forma tan repentina que tuvieron de marcharse, aquella semana de verano. Solo llevaban tres días en casa de su abuela, cuando su madre, la pidió que hiciera la maleta, ya que regresaban a casa. Recordaba haber visto a su madre llorar desconsoladamente y al subir al coche, ni siquiera se despidió de su hermana, Nunca supo la razón, hasta ese momento...

- Cuando falleció Celine, no tuve el valor de ir al entierro. Jamás me lo podré perdonar. Me necesitabais y no estuve a la altura de una tía que debe proteger y estar al lado de sus sobrinos siempre, y más aún, en el momento más amargo de sus vidas. No estaba preparada para miraros a la cara, después de haberos fallado durante tanto tiempo. Me flagelaba a mí misma, repitiéndome día tras día, lo mala persona que era. Fui una cobarde, y en eso no me parecía nada a mi hermana, ni a ti, que has heredado la fortaleza, la valentía y el coraje de tu madre. Pedí a François que fuera en mi nombre, pero que no te dijera nada, ya que no era el mejor momento. No queríamos hacerte daño. Sé que sufriste mucho con la enfermedad de tu madre, y también sé que fuiste un gran pilar para Antonio. Él te ama con locura, y no quisimos que nada pudiera cambiar vuestra relación – prosiguió Sylvie con la voz temblorosa.

- Perdónanos Celia, nos equivocamos, y no debimos ocultarte la verdad tantos años después. Aunque no hayamos estado juntas, yo te quiero cariño, te quiero mucho, y a Pablo también. Sois mi sangre y el mejor legado que me ha podido dejar mi hermana. No te imaginas cuánto lo siento – se lamentó Sylvie, con lágrimas en los ojos.

- Yo no encuentro las palabras adecuadas para expresarte, cuánto lamento que esta noticia pueda ser dolorosa para ti, y verte triste, es lo último que querría, cielo – dijo François, retirándola el pelo de la cara a Celia - para mí eres especial, y aunque no he pasado más tiempo contigo, siempre has ocupado un lugar muy grande en mi corazón.

Celia se quedó con la mirada perdida, encajando la noticia con tristeza. Emociones y sentimientos encontrados que no era capaz de ordenar con

claridad. La primera imagen que le vino a la cabeza, fue la de su madre, cogiendo esa rosa blanca, y suspirando con nostalgia, el nombre de Armand. Recordó su “perdóname cariño” y esas palabras, ahora, arañaban su corazón con más fuerza. Luego visualizó la cara de su padre, ese hombre al que adoraba, por encima de todo, y con el que deseaba tener una conversación larga y tendida. Se sintió desilusionada al pensar en él, y no comprendía por qué se lo había ocultado también. No sabía si le apetecía más llorar o reírse de forma nerviosa, como solía hacer en ocasiones difíciles. No sabía si marcharse de allí o abrazar a François y a Sylvie. No sabía si llamar a su padre para reprocharle... Se encontraba muy confusa, pero lo que sí tenía claro es que una vez más, la vida la estaba mostrando el prisma con las diferentes formas de querer y de amar a las personas...

Quizás nunca encontraría la respuesta a por qué su madre quiso ocultarlo a su familia, durante tantos años, pero fuera lo que fuera, aquello ya no importaba, lo importante era el presente y tenía que aceptar las cosas tal y como venían, con la madurez que siempre había demostrado.

Celia se levantó de la mesa, y se dirigió al puente más cercano, apoyando sus brazos en la barandilla, y con la mirada fija hacia el río. En ese instante no pudo contener más la emoción, y comenzó a llorar, con un llanto incontrolable, que la estaba ahogando por dentro y necesitaba sacar, en soledad. Sylvie y François la observaban en silencio, muy afectados, sin querer romper ese momento, comprendiendo perfectamente la reacción de Celia.

A los pocos minutos, Celia se acercó a François y le abrazó fuertemente, hecho que le sorprendió y le emocionó. Después miró a su tía, y también la regaló un abrazo y un beso, que Sylvie la devolvió con mucho cariño.

Regresaron a casa, cerca de las nueve de la noche, y Celia subió directamente a su habitación para buscar un momento de intimidad. Necesitaba estar sola.

Sophie la vio llegar y notó que algo no iba bien con su nieta. Intentó acercarse a ella, con su paso lento, pero no llegó a tiempo y observó cómo Celia, algo evasiva, subía rápidamente por las escaleras.

- chérie, tout va bien?
- Sí abuela, perfectamente, voy a pegarme una ducha que hace mucho calor – la gritó Celia desde la puerta de la habitación.

Esa noche, cenaron como todos los días, y mostrando una completa naturalidad. Hubo varias miradas cómplices entre Sylvie y Celia, que Sophie no pasó por alto y la hizo sonreír, sintiéndose muy feliz.

Al día siguiente, Celia ya tenía que regresar a casa, por lo que Sophie decidió aprovechar todo el tiempo posible con su nieta, y mimarla un poco más esas últimas horas.

- Cariño, me da mucha pena que te vayas, se me ha hecho muy corto el tiempo, y te voy a echar tanto de menos... – dijo Sophie emocionada. ¿Volverás pronto?

- Sí, claro que sí, no te preocupes, no pasará tanto tiempo, te lo prometo – contestó Celia dándole un abrazo y un beso muy sonoro en la frente.

- No cambies nunca, sigue creyendo en lo que haces, y déjate llevar por el corazón. Aunque el pasado te pueda hacer algún guiño, y haya algo que no comprendas o no aceptes, igualmente forma parte de tu vida, y confío que sabrás afrontarlo. Perdona y no guardes rencor. Sigue siendo esa mujer tan maravillosa que eres y no permitas que nada ni nadie pueda hacer cambiar tu rumbo – dijo Sophie muy segura.

Celia se sorprendió con la reflexión de su abuela, y se dio cuenta de que su tía la había subestimado demasiado. Sin duda, Sophie conocía toda la verdad. Supo desde el principio, que Celia era hija de François, incluso antes de recibir la carta de su hija Celine, seis meses después de marcharse de Colmar, cuando ya se encontraba embarazada de Celia. En la carta, su hija Celine, la rogaba que no contara nada, ya que sería ella la que lo hiciera, años después.

- ¡Qué gran mujer eres abuela! – exclamó Celia, abrazándose fuertemente a ella.

Al día siguiente, se levantó muy temprano. Apenas había pegado ojo, y tenía el corazón encogido, por un lado, pensaba en la despedida y por el otro, visualizaba el esperado reencuentro con su padre y su hermano Pablo.

Ya tenía la maleta hecha, y se disponía a bajarla por las escaleras, cuando escuchó a su primo Pierre hablando con alguien en el jardín. Se dio la vuelta y se asomó por la ventana, ya que la voz le era muy familiar.

Retiró las cortinas, y al ver a Pierre mirando hacia la ventana, las soltó

bruscamente y se sentó en la cama, escuchando los latidos de su corazón, que palpitaban a mil por hora.

Bajó la maleta, y enseguida llegó Philippe para ayudarla, mientras la anunciaba la llegada de Pierre.

- ¿Has madrugado mucho hoy? – exclamó Celia, mirando muy sorprendida a Pierre, y en voz baja, para no despertar a su tía.

- Me dijo Philippe que te marchabas hoy, y quería despedirme de ti. Apenas hemos tenido tiempo de hablar, y quería pedirte un último paseo, ¿te apetece?

- Sí, me apetece mucho..., pero dame cinco minutos que al menos me tome el café y pruebe esos croissants de mi abuela, ¡que huelen que alimentan!

- ¿Has desayunado ya? – preguntó Celia.

- Sí, gracias, tranquila, disfruta del desayuno, que yo puedo esperar.

Pierre no la quitaba los ojos de encima, mientras ella saboreaba lentamente el croissant con gestos de aprobación y cerrando los ojos.

Celia estaba algo nerviosa; la visita inesperada de Pierre la había ilusionado bastante y después de un día complicado y lleno de emociones, al menos esperaba despedirse de allí, con un mejor sabor de boca.

- Hala, ¡cuando quieras! – exclamó Celia con mucho entusiasmo.

Salieron del jardín en silencio, y pasearon durante unos segundos, sin apenas mediar palabra, hasta que Pierre se decidió a iniciar la conversación.

- ¿Cómo estás, te encuentras bien?

Celia se sorprendió con la pregunta, y no sabía muy bien si se estaba refiriendo a algo en concreto o simplemente era una pregunta formal y educada.

- Sí, ¡muy bien!, feliz de haber estado aquí. Ha sido más intenso de lo que esperaba... - dijo con cierta ironía.

- Intenso, ¿a qué te refieres?

- Bueno...., a veces la vida te da sorpresas y es difícil aceptar que todo cambia cuando menos lo esperas; cuando crees que lo único verdadero es tu pasado, llega el destino y te da la vuelta a todo, sin previo aviso – contestó

Celia muy reflexiva.

- Sí, el destino tiene ese gran poder de cambiarlo todo - contestó Pierre creyendo intuir a lo que se refería Celia.

- ¿Y tú, eres feliz?

Pierre se sorprendió por la pregunta tan directa, pero no dudó ni un segundo en contestar.

- No tanto como lo fui hace diez años.

Celia se paró bruscamente, al sentir su mano, apretando fuertemente su cintura. Se estremeció y se giró hacia él, encontrando su mirada fijamente clavada en ella.

- Te he echado muchísimo de menos Celia, me arrepiento de no haberte buscado en España, al ver que no regresabas. Sé que lo que vivimos era de verdad, y jamás he sido tan feliz al lado de alguien, como lo fui contigo. Fui un cobarde, y no pensé jamás que me sentiría como ahora mismo me estoy sintiendo; sin poder controlar un corazón acelerado que vuelve a palpar por la mujer de mi vida.

Pierre la apretó hacia él con fuerza, y subió la barbilla de Celia, que miraba hacia abajo con timidez, y con emoción. Acercó sus labios lentamente hacia ella y se dejó llevar por el impulso apasionado de volver a saborear esa boca que tanto deseaba.

Celia le respondió de la misma manera, y estrechó sus dedos con los de Pierre, fundiéndose en un fuerte abrazo del que ninguno de los dos se quería despegar.

- Yo también te he echado mucho de menos, y he sido una cobarde por no creer lo suficiente en ti, me arrepiento de no haberlo intentado, no te imaginas cuánto me arrepiento....., tomé la vía más fácil, que era huir de este gran amor, por miedo, ahora sé que fue por miedo Pierre, no hay ninguna otra razón – se sinceró Celia.

- Tengo que irme, se me hace tarde – dijo con voz temblorosa Celia.

- ¿Me puedes hacer un favor? – preguntó Pierre.

- Dime.

- No olvides nunca que te he querido muchísimo y que aun te sigo queriendo. Por favor, sé muy feliz.

- No lo haré, lo mismo te deseo a ti – dijo Celia mientras le besaba los labios de nuevo - cuídate mucho por favor – dijo Celia emocionada.

Pierre se quedó mirando cómo ella, con paso apresurado, se alejaba de él, sin girar la vista atrás. Con los ojos llenos de lágrimas, se acercó al viejo olmo, y vio como debajo de su mensaje, aparecía marcada una inicial “P” y dentro dos palabras: “pour toujours” (para siempre). Muy sorprendido, tocó las letras una a una, y se marchó.

Celia llegó a casa con el corazón encogido por aquella emoción que había removido el baúl de sus sentimientos, de tal manera, que dudaba de si era el momento de tomar alguna decisión determinante en su vida, o por el contrario, debía emprender rumbo de vuelta a casa. Fueron los minutos más cruciales, que experimentó a nivel emocional, y no era capaz de ordenar tantas emociones juntas en su cabeza. Esta entraba en conflicto grave con su corazón, y a pesar de tener una gran habilidad de auto control, en ese momento, no tuvo fuerzas para pensar con claridad y la situación la superó completamente.

Sophie la esperaba en la puerta de la verja, y se abrazó a ella, al verla llegar tan abatida y con la cara desencajada.

- Cariño, no quiero verte sufrir. Eres fuerte mi vida, date el tiempo que necesitas, y solo así podrás encontrar tus respuestas, no te precipites y simplemente escucha a tu corazón. Todo saldrá bien, no tengo ninguna duda. Je t’aime beaucoup chérie – dijo Sophie con bastante emoción contenida.

François y Sylvie la miraban con tristeza, y se sentían culpables por ver la carga sentimental que llevaba Celia, en su viaje de regreso, y la admiraban por ver la entereza que mostraba, tratando de no perder nunca su sonrisa, una sonrisa que como decía Pierre, desprendía luz, aun estando triste...

- Qué tengas buen viaje cielo, y aquí estaré para lo que necesites, nunca lo olvides. Aunque el tiempo y la distancia nos separen, jamás podrán romper el vínculo que nos une – dijo François con la voz quebrada. Si me lo permites, quisiera seguir en contacto continuo contigo y saber de ti.

- Claro que sí, yo tampoco quiero perder el contacto.

- Da un beso muy grande a Pablo, y a Antonio de mi parte, y por favor,

perdóname cariño por hacer las cosas tan mal. A partir de ahora, no dudes, que me esforzaré por ser una mejor tía y estaré mucho más pendiente de vosotros – exclamó Sylvie muy compungida.

Ambas se fundieron en un gran abrazo.

Philippe ya tenía la maleta guardada en el maletero, y se encontraba dentro del coche, dispuesto a llevar a Celia al aeropuerto de Mulhouse.

Celia miró hacia atrás y les lanzó un beso muy sonoro a todos, disimulando la tristeza que sentía. Se metió en el coche, y estuvo en silencio durante todo el trayecto, hecho que Philippe respetó y entendió perfectamente, sin querer romper ese momento tan suyo.

- ¡Cuídate mucho y qué tengas buen viaje Celia! – se despidió Philippe, dándole un fuerte abrazo, sin querer comentar nada más al respecto, y manteniendo su postura inicial. Hecho que Celia agradeció enormemente. Saber que eran hermanos, para él tampoco fue nada fácil, y prefirió seguir tratándola como su prima. Era algo que aún tenía que asimilar. Sus padres se lo habían comunicado días antes de llegar Celia.

Eran las dos de la tarde, cuando Celia aterrizaba en el aeropuerto. Se disponía a recoger su maleta, y mientras miraba la cinta en movimiento, su corazón parecía que se le iba a salir, de lo fuerte que palpitaba. Sus manos comenzaron a sudar y las piernas la flaqueaban. Le había dado tiempo a pensar durante el vuelo, pero estaba muy confundida; encajar aquellas respuestas, le habían supuesto un trabajo muy difícil y todavía no era consciente de la realidad. Solo pensaba en ese reencuentro con su padre, sabiendo que él sí sabía que ella ya conocía la verdadera historia de su pasado. Eso la ponía aún más nerviosa y no tenía muy clara cómo sería su reacción.

Recogió su maleta, y se dirigió hacia la salida, con una mezcla de alegría e incertidumbre.

- ¡Celia, Celia! – gritaba Pablo detrás de la puerta de llegadas.

Celia sonrió a su hermano, y soltó la maleta en el suelo, acelerando el paso y con unas ganas tremendas de abrazarle y darle muchos besos.

Antonio observaba la escena con gesto serio, pero a la vez, nervioso y muy emocionado.

Celia se giró y se dejó llevar por el corazón, sin pensar en nada más. Se abrazó fuertemente a su padre, sin dejar de llorar y sintiendo el consuelo de los brazos de Antonio, que apenas la dejaban respirar, mientras la repetía una y otra vez, ¡Te quiero hija mía, cuánto te he echado de menos!

- Yo también papá, y aunque tendremos tiempo de hablar, largo y tendido, solo quiero decirte una cosa. Nada, absolutamente nada, va a cambiar el amor que tengo hacia ti y hacia mi hermano. Somos una gran familia, y el pasado ya no importa. Las cosas las hicisteis como pensasteis que eran correctas, y en la vida las grandes decisiones, nunca son fáciles. Me hubiera gustado haberlo sabido antes, y posiblemente es lo único que te reprocharía a ti y a mamá, pero no tengo ningún rencor, ni tengo más que perdonar.

- Gracias hija, otra vez más sigo aprendiendo de ti. Esa capacidad que tienes para reaccionar ante hechos tan importantes, me abruma y me hace sentirme mucho más orgulloso de ti, de lo que siempre lo he estado. Me enamoré de tu madre y me enamoré de ti, al ver tu carita de ángel, nada más nacer. Siempre tuve claro que te reconocería como mi hija, y jamás me arrepentiré de ello. Perdóname por no habértelo contado antes, pero quise respetar ese juramento a tu madre.

Pablo los miraba con atención y comenzó a llorar desconsoladamente. Su padre, días antes, le había contado toda la verdad a su hijo, y las palabras que se estaban cruzando Celia y él, le llegaron a lo más hondo del corazón. A pesar de sus once años, tuvo una reacción muy madura para su edad y sorprendió a los dos, al reaccionar ante esa situación, de una forma tan natural.

- Vamos a casa, papá – pidió Celia suspirando y sonándose la nariz, con un pañuelo que le había bordado su abuela, mientras cogía a Pablo de los hombros y le llevaba de su lado.

Hoy le agradezco a la vida, que me haya dado la sorpresa de cruzarme contigo

¡No te imaginas lo importante que sería para mí!, si dedicas este último minuto para dejar tu comentario sobre la historia.

Agradecimientos

Gracias Carlos Vegas, por tu gran aportación creativa

Gracias Isa, Inma, Marga, Carol, Cris, Azaida, Raquel y Alicia, por la ilusión que me habéis transmitido desde el principio.

Gracias a todos los que no he nombrado, pero sois igual de importantes, y siento vuestro gran apoyo.

GRACIAS